



COLECCION ABEJA

Volumen número 2

TEÓFILO GAUTIER

**LA MAJA Y
EL TORERO**

ILUSTRACIONES

DE

RAFAEL ROMERO CALVET

*Tercera edición
de dos mil ejemplares*

19



22

JIMÉNEZ-FRAUD, EDITOR

Diego de León, 5. - Madrid

LA MAJA Y EL TORERO

POR

TEÓFILO GAUTIER

(1811-1872)

COLECCIÓN ABEJA

- 1.—*El tulipán negro*, de A. DUMAS (con un retrato del autor).
- 2.—*La maja y el torero*, de T. GAUTIER (con ilustraciones de Romero Calvet).
- 3.—*Aventuras de un mayorazgo escocés*, de R. L. STEVENSON (con un retrato del autor).
- 4.—*Emelina*, del CONDE DE GOBINEAU (con ilustraciones de Alicia Rey Colaço).

C O L E C C I Ó N Á B E J A

T. GAUTIER

LA MAJA Y EL
TORERO

TRADUCCIÓN DE
JUAN DE MÁLAGA

Ilustraciones
de
R. Romero Calvet



Jiménez Fraud, editor
Diego de León, 5. — Madrid

ES PROPIEDAD

*Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

IMPRESA CLÁSICA ESPAÑOLA. MADRID

LA MAJA Y EL
TORERO



I

UN DÍA DE TOROS EN MADRID

Un lunes de junio—*día de toros*, como dicen en España—del año 184..., un joven de buena catadura, pero asaz malhumorado a lo que parecía, dirigíase, en la muy noble y muy heroica villa de Madrid, a una casa de la calle de San Bernardo.

Escapábase por una de las ventanas de la tal casa un tecloteo de piano que aumentó, por sensible modo, el disgusto que en el rostro del mancebo se traslucía; detúvose, como si dudara entrar, ante la puerta; tomó, no obstante, una determinación violenta, y, sobreponiéndose a su repugnancia, levantó el

aldabón, y al golpetazo de éste repuso en la escalera el ruido del torpemente apresurado y pesado andar del gallego que se disponía a abrir.

Hubiérase podido suponer que un desagradable asunto—el convenir un préstamo usurario, el pagar una deuda, el sufrir la reprimenda de algún viejo y gruñón pariente—ponía aquella nube en la, por naturaleza, regocijada fisonomía de don Andrés de Salcedo.

No era nada de eso.

Don Andrés de Salcedo, al carecer de deudas, no tenía para qué recurrir a los préstamos, y como todos sus parientes habían muerto, ni aguardaba herencia ni tenía por qué temer las amonestaciones de ninguna esquinada tía ni de ningún tío refunfuñón.

Iba don Andrés sencillamente—aunque ello no resulte muy elogioso para su galantería—a hacerle la visita cotidiana a doña Feliciano Vázquez de los Ríos.

Doña Feliciano Vázquez de los Ríos era una joven de buena familia, bastante bonita y suficientemente rica, con la que, a vuelta de poco, debía casarse don Andrés.

No era éste motivo, en verdad, para que la frente de un joven de veinticuatro años se ensombreciera, y la perspectiva de una hora o dos en compañía de una novia «que apenas

si contaba diez y seis abriles», no debía ofrecer a la imaginación nada de espantoso.

Como el malhumoramiento no es incompatible con la coquetería, Andrés, que había tirado su puro al pie de la escalera, sacudió, al subir, las blancas cenizas que ensuciaban las solapas de su traje, se alisó el cabello y se retorció el bigote, al par que desarrugaba el contrariado gesto, dejando asomar a sus labios la más agradable de las sonrisas.

—¡Con tal que—dijo a punto de franquear el umbral de la habitación—no se le ocurra la idea de hacerme repetir con ella ese execrable dúo de Bellini que nunca acaba y que es preciso repetir veinte veces! Perderé el principio de la corrida y no veré el mohín del alguacil en el momento de darle suelta al toro.

Tal era el temor—bien fundado, en verdad—que atosigaba a don Andrés.

Feliciano, sentada en un taburete y ligeramente inclinada, descifraba la formidable partitura abierta por el temido pasaje; separados los dedos y los brazos formando ángulo con uno y otro lado del talle, golpeaba las teclas y, con perseverancia digna de mejor suerte, volvía de nuevo a un pasaje difícil.

Y de tal modo se abstraía en su trabajo, que no se dió cuenta de la entrada de don Andrés,

a quien la sirvienta, como asiduo de la casa y futuro de su ama que era, dejó pasar sin anunciarlo.

Andrés, amortiguados sus pasos por la estera de junco de Manila que cubría las losas del piso, avanzó hasta en medio del aposento sin llamar la atención de la joven.

Mientras doña Feliciana anda a la greña con su piano y en tanto don Andrés, de pie tras ella, permanece indeciso entre interrumpir aquella íntima algarabía o descubrir su presencia por medio de una discreta tos, acaso no resulte fuera de propósito lanzar una ojeada al paraje donde la escena se desarrolla.

Las paredes, de un color liso, aparecían pintadas al temple; imitadas molduras y fingidos marcos a la grisalla circundaban ventanas y puertas; algunos grabados en negro, traídos de París—*Souvenirs et Regrets, les Petits Braconniers, Don Juan y Haydée, Mina y Brenda*—colgaban, con la más perfecta simetría, de verdes cordones de seda. Canapés de crin negro, un juego de sillas con los espaldares en forma de lira, una cómoda y una mesa de caoba, con cabezas de esfinge a la cadeneta, como adorno, recuerdos de la conquista de Egipto; un reloj que representaba a la Esmeralda haciéndole es-

cribir a su cabrita el nombre de Febus, con dos candelabros, bajo urnas, a los lados, completaban aquel moblaje de buen gusto.

Colgaduras de muselina suiza con ramajes, pretenciosamente recogidas y realizadas por toda suerte de estampados, cubrían las ventanas y reproducían de una manera desastrosamente exacta los dibujos que los tapiceros parisinos publican en los periódicos de modas o en litografiados catálogos.

Tales cortinas—hay que decirlo—excitaban la admiración y envidia generales.

Sería injusto pasar en silencio una muchedumbre de perritos de cristal labrado, grupos de porcelana moderna, afiligranadas canastillas con flores de esmalte, pisapapeles de alabastro y cajitas de Spa avaloradas por sus estampaciones en color, que llenaban los anaqueles, brillantes superfluidades destinadas a descubrir la pasión de Feliciano por las artes.

Porque Feliciano Vázquez había sido educada a la francesa y en el más profundo respeto a la moda del día; de aquí que, a instancias suyas, todos los antiguos muebles fueran relegados al granero, con harto pesar de don Jerónimo Vázquez, su padre, hombre de buen sentido, pero débil.

Las arañas de diez brazos, las lámparas de cuatro mecheros, los sillones de piel de

Rusia, las adamascadas colgaduras, las alfombras persas, los chinescos biombos, los relojes de caja, los muebles de rojo terciopelo, los taraceados gabinetes, los ennegrecidos cuadros de Orrente y de Menéndez, las enormes camas, las macizas mesas de nogal, los aparadores de cuatro puertas, los armarios de doce cajones, los floreros monumentales: todo el antiguo lujo español, en una palabra, vióse obligado a ceder su puesto a aquella elegancia de tercer orden que entusiasma a las almas ingenuas entrecogidas por las ideas civilizadoras y que rechazaría una doncella de servicio inglesa.

Doña Feliciana vestía a la moda de hace dos años, y no hay para qué decir que no había nada de español en su tocado, pues poseía, en muy subido punto, ese supremo horror por todo lo pintoresco y característico que distingue a las mujeres de buen tono: su traje, de color indeciso, estaba salpicado de casi invisibles ramitos; la tela le fué traída de Inglaterra y pasada de matute por los osados contrabandistas de Gibraltar; la más pacata y pudibunda burguesa no hubiera escogido otra para su hija. Una esclavina guarnecida de encajes encubría púdicamente los tímidos encantos que el descote de la blusa, recomendada por el figurín de moda, hubiera

podido dejar al descubierto. Un angosto brodequín se ajustaba a un pie que, por lo menudo y bien formado, no desmentía su origen.

Tal era, en resumen, el único rastro de su estirpe que conservara doña Feliciano; por lo demás, se la hubiera creído alemana o francesa norteña; sus ojos azules, sus rubios cabellos, su cutis uniformemente sonrosado, estaban en desacuerdo con la idea—producto de novelas y álbumes—que se forma uno de la española. Jamás usaba mantilla ni ocultaba arma alguna en la liga. El fandango y la cachucha éranle desconocidos, pero sobresalía en la contradanza, el rigodón y el vals; jamás iba a las corridas de toros, espectáculo que reputaba de bárbaro; por contra, no dejaba de asistir al teatro del Príncipe para presenciar los vodeviles traducidos de Scribe, ni al del Circo para seguir las audiciones de los cantantes italianos. Por la tarde íbase a dar un paseo en calesa por el Prado, tocada con un sombrero traído directamente de París.

Como se ve, doña Feliciano Vázquez de los Ríos era, por dondequiera que se la mirase, una joven de todo punto conveniente.

Tal se decía don Andrés; solamente que no osaba añadirse para sus adentros la coletilla de esta opinión: de todo punto conveniente, pero aburrida de todo punto.

¿Por qué—habrá quien se pregunte—hacía le la corte don Andrés, con miras matrimoniales, a una mujer que tan por lo mediano le placía? ¿Era por avaricia? No; la muy apetitosa dote de Feliciano no podía ser, en modo alguno, una atracción para Andrés de Salcedo, cuya fortuna era tan importante, por lo menos, como aquélla; el tal matrimonio fué cosa acordada por los parientes de los dos jóvenes que, por su parte, dejáronse llevar sin objeción; la fortuna, el nacimiento, la edad, la intimidad de las relaciones, la amistad contraída desde la infancia, todo se puso de acuerdo para emparejarlos. Andrés habíase acostumbrado a considerar a Feliciano como a su mujer. Además, al entrar en la casa propia antojábasele penetrar en la de ella, y ¿qué puede ocurrírsele a un marido en su casa si no es escabullirse? Hallaba, por otra parte, en doña Feliciano todas las cualidades esenciales: era bonita, esbelta y rubia; hablaba francés e inglés, y hacía el te a la perfección, si bien es cierto que no le era dado sufrir esa horrible mixtura. Asimismo, danzaba y tocaba, ¡ay!, el piano y manejaba muy limpiamente la acuarela. El hombre más exigente—en verdad sea dicho—no hubiera podido pedir más.

—Ah, es usted, Andrés—dijo, sin volver—

se, Feliciano, que había reconocido la presencia de su futuro por el crujir de los zapatos.

A nadie le extrañe que una señorita tan bien educada como Feliciano se dirija a un joven llamándole por el nombre de pila: tal es la costumbre en España, al cabo de algún tiempo de intimidad, sin que ello tenga la trascendencia amorosa ni comprometa a tanto como entre nosotros.

—Llega usted muy a tiempo, pues me disponía a ensayar el dúo que debemos cantar esta noche en la tertulia de la marquesa de Benavides.

—Me parece que estoy un poco acatarrado—repuso Andrés. Y como para justificar su aserto, trató de toser; pero su tos no tenía nada de convincente, y doña Feliciano, sin hacer caso de la excusa, le dijo con tono bastante inhumano:

—Eso no será nada; debíamos ensayarlo nuevamente para mejor asegurar el éxito. ¿Quiere usted ocupar mi puesto ante el piano y hacerme el favor de acompañarme?

El pobre muchacho lanzó una melancólica mirada al reloj; eran ya las cuatro, y, sin poder contener un suspiro, dejó caer sus desesperadas manos sobre el teclado de marfil.

Acabado el dúo sin grandes tropiezos, An-

drés dirigió nuevamente al reloj, en el que la Esmeralda proseguía instruyendo a su cabra, una ojeada furtiva, cogida al vuelo por Feliciano.

—Parece interesarle mucho la hora hoy— dijole—; sus ojos no se apartan de la esfera.

—Es una mirada vaga y maquinal... ¿Qué se me importa a mí la hora cuando estoy junto a usted?

E inclinóse galantemente para depositar un respetuoso beso en la mano de Feliciano.

—Los demás días de la semana estoy persuadida de que le es en absoluto indiferente la marcha de las manecillas del reloj, pero los lunes es otra cosa...

—¿Y por qué, alma de mi vida? Nunca el tiempo se desliza tan rápidamente, sobre todo, cuando se tiene la dicha de dedicarse a la música con usted.

—El lunes es día de toros, y, mi querido don Andrés, no trate de negarlo, le sería más agradable, en este momento, estar en la puerta de Alcalá que sentado ante mi piano. ¿Es, pues, incorregible su pasión por ese horroroso placer? Cuando estemos casados, ya sabré encaminarle hacia más civilizados y humanos sentimientos.

—No me había hecho el propósito de ir por allí... sin embargo, confieso, si esto no

le molesta, que ayer estuve en el Arroyo del Abroñigal y había allí, entre otros, cuatro toros de Gaviria..., magníficos animales, de enorme papada, de finas y enjutas piernas, de cuernos en forma de media luna, y tan bravos, tan salvajes, que hirieron a uno de los dos mansos conductores. ¡Oh! ¡Qué suertes más hermosas van a presenciarse dentro de un momento en la plaza si los toreros se sienten con arrestos y no les tiembla el pulso!—exclamó inpetuosamente Andrés, entrecogido por su entusiasmo de aficionado.

Feliciano, que había escuchado aquella retahíla con aire supremamente desdeñoso, le dijo a don Andrés:

—Usted será siempre un salvaje disfrazado; va usted a atacarme a los nervios con su descripción de animales feroces y sus historias de despanzurramientos... y todos esos horrores me los dice con un aire de júbilo como si fueran las más bellas cosas del mundo.

El pobre Andrés bajó la cabeza; como todos sus compatriotas, él había leído las estúpidas y filantrópicas diatribas que los pusilánimes y las almas apocadas han lanzado contra las corridas de toros, una de las más altas diversiones que el hombre haya podido contemplar, y sentíase un poco romano de la decadencia, un poco sanguinario, un poco feroz,

un poco caníbal; pero, no obstante esto, hubiera dado, de muy buen talante, cuantos duros contenía su bolsa a quien le hubiese proporcionado los medios de retirarse hábilmente y de llegar a punto para ver el principio de la corrida.

—Vamos, mi querido Andrés—dijo Feliciano con una sonrisa medio irónica—, no tengo la pretensión de luchar contra esos terribles toros de Gaviria; no quiero privarle de un tan gran placer, pues no ignoro que, aunque su cuerpo está aquí, su alma se encuentra en la plaza. Váyase; soy clemente y le dejo en libertad, a condición de que se presente temprano en casa de la marquesa de Benavides.

Por un sentimiento de delicadeza, que probaba su ingénita bondad, Andrés no quiso aprovecharse al punto del permiso otorgado por Feliciano; charló aún algunos minutos, y salió con lentitud y como retenido, a pesar suyo, por el encanto de la conversación.

Anduvo mesuradamente hasta que torció por la esquina de la calle Ancha de San Bernardo para dar en la de la Luna; entonces, seguro de no estar al alcance del balcón de su novia, emprendió una marcha que le puso a poco en la calle del Desengaño.

Un extranjero hubiera observado con ex-

trañeza que todos los transeuntes seguían una misma dirección: todos iban, ninguno volvía.

Tal fenómeno en la circulación lo ofrece la ciudad cada lunes, de cuatro a cinco.

A vuelta de algunos minutos, Andrés se halló próximo a la fuente que señala la confluencia de la Red de San Luis, la calle de Fuencarral y la de Hortaleza.

El joven seguía avanzando, y la calle del Caballero de Gracia traspuesta, salió a la de Alcalá, esa calle magnífica, que se ensancha camino de la puerta de la villa, tal como un río en las proximidades de la mar, y como si se engrandeciese con las afluentes que en ella desembocan.

A pesar de su enorme anchura, dicha hermosa calle, que París y Londres le envidiarían a Madrid, y cuya pendiente, con edificios de resplandeciente blancura a los lados, se destaca sobre un fondo azul, estaba llena, hasta los bordes, por una muchedumbre compacta, abigarrada, hormigueante y cada vez más numerosa.

Peatones, jinetes y carruajes, entre nubes de polvo, jocundos gritos y vociferaciones, se cruzaban, chocaban y se arremolinaban; los caleseros juraban como endemoniados; restallaban los látigos en los lomos de los reacios pencos; los cascabeles, colgando en

racimos de las testeras de las mulas, producían una algarabía ensordecedora; las dos palabras sacramentales de la lengua hispana iban de uno a otro grupo como volantes a golpe de raqueta.

De trecho en trecho y semejantes a cachalotes, aparecían en este humano océano carrozas de la época de Felipe IV, de empalidecidos dorados y mustios colores, arrastradas por cuatro bestias antediluvianas; berlinas—elegantísimas en tiempos de Manuel Godoy—hundíanse en sus debilitados muelles, más destrozadas que los cochecillos de los alrededores de París, reducidos a la inacción por la competencia de los ferrocarriles.

Por contra, y a modo de representantes de la época moderna, algunos ómnibus, arrastrados por seis u ocho mulas mantenidas a galope tendido por una lluvia de fustazos, hendían la muchedumbre, que reculaba des-pavorida, bajo los rechonchos y desmochados árboles que bordean la calle de Alcalá, desde la Cibeles hasta la puerta triunfal erigida en honor de Carlos III.

Jamás silla de posta alguna de cinco francos carrera, allá cuando las tales funcionaban, se ha deslizado con semejante velocidad. Los ómnibus madrileños—y ello explica

lo desmedido de su marcha—sólo funcionan dos horas por semana, una antes y otra después de la corrida: la necesidad de hacer varios viajes en poco tiempo pone a los conductores en el trance de avivar, a fuerza de trallazos, la marcha de las mulas, necesidad ésta, hay que decirlo, que se acopla perfectamente con su propensión.

Andrés avanzaba con ese ágil y pronto andar propio de los españoles, los primeros andarines del mundo, dándole, alegremente, vueltas en su bolsillo, entre algunos duros y pesetas, a su entrada de sombra, situada en las proximidades de la barrera, pues, despreciando la elegancia de los palcos, prefería apoyarse en las maromas destinadas a impedir que el toro saltara entre los espectadores, aun a riesgo de sentir en su codo el roce del abigarrado codo de la chaqueta de un campesino, y en sus cabellos el humo del cigarrillo de un manolo, y todo, porque desde ese sitio no se pierde un solo detalle de la lidia y se pueden apreciar las diversas suertes en todo su valor.

No obstante estar para casarse, don Andrés no dejaba, en modo alguno, de distraerse contemplando los lindos rostros más o menos velados por las mantillas de encajes, de terciopelo o de tupida seda. Y hasta si alguna belleza cruzaba, cubriéndose el rostro con

el abierto abanico, en guisa de quitasol, para resguardar el delicado cutis de las ásperas caricias de la brisa, avivaba el paso y, volviéndose tras ello sin afectación, contemplaba muy a sus anchas los rasgos que le fueran escamoteados.

Aquel día, don Andrés entregábase a su ocupación con más ahinco que de ordinario, no dejando pasar rostro alguno de lindas apariencias sin lanzarle su ojeada inquisidora: hubiérase dicho que, a través de aquella muchedumbre, buscaba a alguien.

Un novio no debía, en buena moral, darse por enterado de que en el mundo, aparte de su novia, existen otras mujeres; pero esta escrupulosa fidelidad es rara, fuera de las novelas, y don Andrés, sin ser descendiente de don Juan Tenorio, ni de don Juan de Mañara, no iba a la plaza de toros arrastrado por el solo atractivo de las grandes estocadas de los Lucas Blanco y del sobrino de Montes.

El lunes anterior había vislumbrado en la corrida, allá en los bancos del tendido, un rostro juvenil de una rara belleza y de una extraña expresión. Las líneas de aquel rostro habíanse grabado en su memoria con extraordinaria limpidez en el escaso tiempo que pudo dedicar a contemplarlas. No era aquel

sino un encuentro fortuito, sin otro rastro que el recuerdo de una pintura contemplada al pasar, puesto que ninguna palabra ni gesto alguno de inteligencia habían podido cruzarse entre Andrés y la joven manola—que de tal tenía talante—separados como estaban por varias filas de bancos. Andrés, por otra parte, no tenía motivo alguno para sospechar que la joven lo hubiese percibido ni observado su admiración. Clavados los ojos en el redondel, no se apartaron un momento del espectáculo, que parecía atraerle exclusivamente.

Era, pues, un incidente que debió olvidar en el mismo punto y hora de nacer. Sin embargo, la imagen de la joven en cuestión resurgía en su alma, a cada paso, con más claridad y ahincamiento de los que eran menester.

Por la tarde, sin darse cuenta de ello, indudablemente, prolongaba su paseo, circunscrito, por lo general, al salón del Prado, donde la gente de buen tono de Madrid se instala en alineadas sillas, más allá de la fuente de la Alcachofa, bajo las más umbrosas avenidas, frecuentadas por las manolas de la plaza del Avapiés. La vaga esperanza de tropezarse con su desconocida hacíaie infringir sus elegantes costumbres.

Además, había notado—síntoma significativo—que los rubios cabellos de Feliciano adquirían, a contraluz, matices nada agradables, muy a duras penas atenuados por los cosméticos—jamás, hasta entonces, hizo parecida observación—, y que sus ojos, de claruchas pestañas, carecían de expresión, a no ser la del contenido aburrimiento que conviene a una joven bien educada; y al pensar en las dulzuras que reservábale el himeneo, bostezaba involuntariamente.

A punto de atravesar Andrés bajo uno de los tres arcos de la puerta de Alcalá, un calesín hendía la muchedumbre entre un concierto de maldiciones y silbidos, pues en España el pueblo acoge de esta guisa a todo aquello que le perturba en medio de sus diversiones y parece atentar a la soberanía del peatón.

El tal calesín era de una extravagancia de las más regocijantes: su caja, asentada sobre dos ruedas escarlata, desaparecía bajo una porción de amercillos y atributos anacreónticos, tales como liras, tamboriles, caramillos, corazones atravesados por flechas, palomas arrullándose, y todo ello ejecutado en tiempos idos por un pincel más audaz que correcto.

La mula, rapada de medio cuerpo, al sacu-



dir su empenachada cabeza, hacía vibrar un turbión de campanillas y cascabeles. El guarnicionero había desatado su fantasía en los arreos, enriqueciéndola con caireles, trenzados, perendengues, borlas y fruslerías de todos los colores. Vista de lejos, sin las largas orejas que emergían de aquel brillante bati-burrillo, hubiérase creído que la mula de tal suerte aparejada era un ambulante ramo de flores.

Un calesero de huraño semblante, en mangas de camisa y con la zamarra de piel de Astracán pendiente del hombro, golpeaba con el mango de la fusta las huesosas ancas del animal que, doblándose por los corvejones, se lanzaba, camino adelante, con nuevo ímpetu.

Un calesín, en lunes, por la puerta de Alcalá, no es cosa que merezca ser particularmente descrita, ni que consiga atraer la atención, y si aquí se menciona especialmente al ya citado, débese ello a la agradable sorpresa que se produjo, a su vista, en el rostro de don Andrés.

Apenas si existe la costumbre de que un coche se dirija vacío a la plaza de toros; así, pues, en el tal calesín iban dos personas. Era la primera una anciana, baja y regordeta, vestida de negro, a la antigua usanza; su fal-

da, en demasía corta, como es uso entre las lugareñas de Castilla, dejaba asomar el amarillento reborde de un refajo; esta venerable criatura pertenecía a esa clase de mujeres que en España se llaman—según su nombre—la tía Pelona, la tía Blasa, así como entre nosotros, y en el medio tan bien descrito por Paul de Kock, se les dice la madre Michel, la madre Godichon. Su cara ancha, aplastada y lívida, fuera de las más vulgares, si sus ojos bituminosos y ampliamente aureolados de negro, y el poblado bozo que sombreaba las comisuras de su boca, no pusieran, realzándola, en la trivialidad de su catadura, un tilde huraño y salvaje digno de las dueñas de los pasados tiempos. Goya, el inimitable autor de los *Caprichos*, nos hubiera, con dos toques, grabado semejante fisonomía. Aunque se hallase muy lejos—dado que existiese alguna vez para ella—de la edad de los amores, no por eso dejaba menos de encarar los brazos, bajo la mantilla de sarga, orlada de terciopelo, con una cierta coquetería, ni de manejar, muy pretenciosamente, un enorme abanico de papel verde.

No es probable que fuera el talante de aquella amable compañera el que acertaba a poner una ráfaga de júbilo en el rostro de don Andrés.

Era la otra ocupante una joven de diez y seis a diez y ocho años, más bien lo primero que lo segundo; de entre la abundante mata de pelo, trenzada en guisa de pleita, emergía una peineta de concha, en cuyo alto reborde prendíase una sutil mantilla de tupida seda, marco de su rostro encantador, imperceptiblemente oliváceo en su palidez. Su pie, de pequeñez casi chinesca, avanzaba sobre la delantera del calesín, dejando al descubierto un precioso zapatito, con su correspondiente lazo, y el comienzo de una bien ajustada media de seda. Una de sus manos, finas y delicadas, aunque un poco curtidas, entreteníase con las puntas de su mantilla, haciendo brillar en la otra, que aprisionaba un pañuelo de batista, algunas sortijas de plata, joyas las más ricas de su manolesco tesoro; unos botones de azabache relucían en su manga y completaban este indumento rigurosamente español.

Andrés reconoció el delicioso rostro cuyo recuerdo perseguíale desde hacía ocho días.

Acelerando el paso, llegó ante la plaza de toros al mismo tiempo que el calesín; el calesero púsose de rodillas como para servir de estribo a la bella manola, que descendió apoyándose ligeramente, con la punta de los de-

dos, en el hombro de él; el descenso de la vieja, por contra, fué trabajoso, pero, al fin, operóse afortunadamente, y las dos mujeres, con Andrés a la zaga, se internaron por la escalera de madera que conduce a los tendidos.

El azar —por una galantería de buen gusto—había distribuído en tal forma los números de los asientos, que don Andrés hallóse, precisamente, sentado junto a la joven manola.





II

EN LA PLAZA

Mientras el público invadía la plaza tumultuosamente y ennegreciase el vasto graderío con una muchedumbre cada vez más compacta, los toreros, unos tras otros y por una puerta trasera, iban llegando al paraje que les sirve de antesala y en el que esperan la hora de la *función*.

Era el tal paraje una grande y blanqueada sala de un triste y desnudo aspecto. Ante una ennegrecida imagen de la Virgen, pendiente de la pared, relucen, con apagado fulgor, algunas velitas, pues, al igual de cuantos por su profesión se hallan en peligro de

muerte, los toreros son devotos o supersticiosos cuando menos; cada uno posee un amuleto en el que pone toda su confianza; ciertos augurios los abaten o los envalentonan, y saben—tal aseguran ellos—las corridas que les serán funestas. Sin embargo, un cirio, ofrecido y encendido con oportunidad, puede desviar la suerte y prevenir el peligro. Aquel día había encendidos hasta una docena de aquéllos, lo que demostraba cuán justa fué la observación que don Andrés hiciera, sobre la pujanza y bravura de los toros de Gaviria, a su prometida Feliciano, apreciadora poco ducha de semejantes méritos.

A poco, llegaron una docena de toreros, chulos, banderilleros y espadas, envueltos en sus capotes de satinada percalina. Todos, al pasar por delante de la Virgen, inclinaron, más o menos acentuadamente, la cabeza. Este deber cumplido, dirigiéronse a una mesa, de la que tomaron *la copa de fuego*—una copita con pie de madera y llena de lumbre—colocada allí para mayor comodidad de los fumadores de cigarrillos y puros, y comenzaron a lanzar bocanadas de humo, bien paseándose, bien sentados en los bancos de madera que corrían a lo largo de la pared.

Tan sólo uno cruzó por ante la reveren-

ciada imagen sin concederle aquella muestra de respeto, y sentóse aparte cruzando las nervudas piernas que antojáranse de mármol por el sedño abrigantado de las medias. Su pulgar y su índice, amarillos como el oro, escapábanse por entre el capote, oprimiendo un trozo de *papelito*, consumido en su mayor parte. El fuego rasábale la epidermis hasta el punto de quemar dedos que fueran más delicados, pero el torero no paraba mientes en tal cosa, señoreado, al parecer, por una idea absorbente.

Era un hombre de veinticinco a veintiocho años. Su tostado cutis, sus ojos de azabache, sus rizados cabellos, descubrían su origen andaluz. Debía de ser de Sevilla, esa negra pupila de la tierra, patria natural de los arriegados mozos, de los hombres de empuje y bien plantados, de los tocadores de guitarra, de los domadores de potros, de los que saben manejar la navaja y tienen el brazo firme y pronta la mano.

Hubiera sido difícil encontrar un cuerpo más robusto y de más proporcionados miembros. Su fuerza deteníase a punto de convertirse en pesadez. Estaba igualmente constituido para la lucha como para la corrida, y si pudiera suponerse en la naturaleza la expresa intención de hacer toreros, jamás a lo-

grara tan acabadamente como modelando a este Hércules de tan bien acordadas proporciones.

Por su entreabierto capote veíanse relucir en la penumbra algunos alamares de su chaquetilla—encarnado y plata—y la engarzada sortija que aprisionaba el nudo de la corbata; la piedra de este anillo era de grandísimo valor, y así ella como el resto de la indumentaria demostraban que su dueño pertenecía a la aristocracia del oficio. Su *moño*, de cintas nuevas, pendiente de la coleta, aparecía tras de su nuca a modo de rodete; su montera, del más precioso negro, desaparecía bajo los agremanes de seda del mismo color y anudábase bajo la barbilla, mediante unos barboquejos que no habían servido jamás; sus zapatillas, de una pequeñez extraordinaria, hubieran honrado al más hábil zapatero de París y servido para calzar los pies de una danzarina de la Ópera.

No obstante, Juancho—tal era su nombre—no tenía el aire abierto y franco que conviene a un guapo mozo bien trajeado y que va a hacerse aplaudir, en cuanto antes, por las mujeres. ¿Turbaba su serenidad la proximidad de la lucha?

Los peligros que los lidiadores corren en el redondel, y que son mucho menos grandes

de lo que se cree, no debían inquietar lo más mínimo a un mocetón tan bien dispuesto como Juancho. ¿Había visto en sueños a un toro infernal que llevara prendido de sus acerados y enrojecidos cuernos a un matador?

Nada de eso. Tal era la actitud de Juancho desde hacía un año, sobre todo; y aunque sin estar, precisamente, de malas con sus compañeros, no existía entre éstos y él esa despreocupada y alegre familiaridad que une a personas que corren juntas una misma suerte; no se oponía a las expansiones, pero no se entregaba a ninguna, y aunque andaluz, era, por lo general, taciturno. Sin embargo, a veces dijérase que intentaba desprenderse de su melancolía y se entregaba a los desordenados impulsos de un júbilo ficticio. Bebía—él, tan sobrio de ordinario—fuera de medida, promovía escándalos en las tabernas, bailaba endemoniadas cachuchas, acabando por armar absurdas grescas en las que salían a relucir, a vuelta de poco, los cuchillos; luego, pasado el arrechucho, caía nuevamente en su taciturnidad y en sus meditaciones.

Variadas charlas manteníanse a un tiempo mismo entre los grupos: se hablaba de amor, de política y, sobre todo, de toros.

— ¿Qué piensa su merced—decíale un torero a otro, empleando esas agradables y ceremoniosas fórmulas de la lengua española—del toro negro de Mazpule? ¿Desparrama la vista, como pretende Arjona?

— Es un burriciego; no hay que fiarse de él.

— Y el toro de Lizaso, ese berrendo, ya sabe, ¿de qué lado cree que cornea?

— No podría decirlo porque no lo he visto arremeter; ¿cuál es su opinión, Juancho?

— Que hiere con el derecho—repuso el interpelado como si despertara de un sueño y sin mirar al joven que estaba ante él.

— ¿Por qué?

— Porque agita incesantemente la oreja derecha, lo que es una señal casi infalible.

Dicho esto, Juancho llevóse a los labios el trozo de su *papelito*, que se deshizo en una pulgarada de blancas cenizas.

Aproximábase la hora de còmenzar la corrida; todos los toreros, a excepción de Juancho, se pusieron en pie; languidecía la conversación y se escuchaba el sordo golpe de la pica de los picadores, al arremeter contra la pared, a modo de prueba, para acostumar la mano y observar sus caballos. Arrojaron sus cigarrillos los que aun los conservaban; los *chulos* arreglaron con coque-

tería en sus brazos los pliegues de sus capotes de chillones colores, y se pusieron en fila. Reinaba el silencio, pues el de irrumpir en la plaza es siempre un momento solemne que torna meditabundo al más despreocupado.

Juancho, al fin, se puso en pie; arrojó su capa, que abatióse sobre el banco; cogió su muleta y su espada, y se unió al abigarrado grupo.

Había desaparecido de su frente todo resquemor; relucían sus ojos y las dilatadas aletas de su nariz aspiraban el aire con fuerza. Una singular expresión de audacia animaba sus ennoblecidos rasgos. Cimbreadbase y se contoneaba como preparándose para la lucha. Su talón se apoyaba enérgicamente en el suelo, y, bajo las mallas de seda, los nervios de su empeine estremecíanse como las cuerdas en el mango de una guitarra. Ponía en juego los resortes de su organismo para asegurarse a punto de servirse de ellos, tal como el soldado lo hace con su espada antes del combate.

Verdaderamente, el al Juancho era un estupendo mozo, y su indumentaria ponía maravillosamente de relieve su superioridad: una amplia faja de seda roja ceñía su esbelta cintura; los bordados de plata que deslizá-

banse a lo largo de su chaquetilla formaban en el cuello, en las mangas, en los bolsillos, en las vueltas, como estancados parajes en los que el arabesco redoblaba sus complicaciones y espesábase hasta el de punto hacer desaparecer la tela. Más que una chaquetilla encarnada con bordados de plata, era una chaquetilla de plata con toques encarnados. Eran tales y tantos las cadenetas, bolitas, filigranas, perifollos y ornamentos que relucían en los hombros, que dijéranse los brazos como surgidos de dos coronas. El calzón de raso, embellecido con pasamanerías y alamares, oprimía, sin embarazarlos, los músculos de acero y las formas de una robusta elegancia. Tal indumento era la obra maestra del granadino Zapata, ese Cardillac de los majescos vestidos que llora cuantas veces entrega un traje y ofrece por recobrarlo más dinero del que por hacerlo ha cobrado.

Los inteligentes no lo creían muy caro en diez mil reales. Llevado por Juancho, valía veinte mil.

Sonó la charanga por última vez; desaparecieron de la arena perros y muchachos; era llegado el instante. Los picadores, tras cubrir con una venda el ojo derecho de sus cabalgaduras para que no viesen la arremetida del toro, uniéronse a la comitiva, y la cuadri-

lla irrumpió ordenadamente en el redondel.

Juancho fué acogido con un murmullo de admiración a punto de dirigirse al palco de la reina para arrodillarse ante él. Dobló la rodilla de tan buen talante, con tan emparejada humildad y altivez, e irguióse tan suavemente, tan sin esfuerzo ni aspavientos, que los aficionados antiguos exclamaron: «Ni Pepe-Hillo, ni Romero, ni José Cándido, lo hubieran hecho mejor.»

El alguacil, a caballo y vestido de negro a modo de familiar del Santo Oficio, encaminábase, según costumbre, entre la rechifla de todos, a entregar la llave del toril al mozo del chiquero, y una vez su deber cumplido, lanzóse a la más vertiginosa carrera que le fué permitido, vacilando en la montura, perdiendo los estribos, abrazándose al cuello del caballo y proporcionando con todo esto al populacho el espectáculo del terror tan divertido siempre para los espectadores a salvo de todo peligro.

Andrés, completamente dichoso, gracias al encuentro que tuvo, no prestaba mucha atención a los preliminares de la corrida, hasta el punto de que ya había sido despanzurrado un jaco sin que él tuviera una sola mirada para el redondel.

Contemplaba a la joven que a su lado te-

nía con fijeza, que de notarla ella, de seguro la hubiese molestado, antojándosele más encantadora aún que la primera vez. La idealización, que se mezcla siempre al recuerdo y que con frecuencia produce decepciones cuando se halla uno nuevamente ante el objeto soñado, no había conseguido añadir nada a la belleza de la desconocida; preciso es confesar también que jamás tipo más perfecto de mujer española habíase sentado en las azulosas y graníticas gradas del circo madrileño.

El joven, como en éxtasis, admiraba aquel perfil de tan acusadas líneas; aquella fina y altiva nariz de aletas sonrosadas como el interior de una concha; aquellas macizas sienes en las que, bajo un leve y ambarino matiz, cruzábase una imperceptible redecilla de azules venas; aquella boca fresca como una flor, sabrosa como una fruta, entreabierta por leve sonrisa e iluminada por resplandor nacarino, y, sobre todo, aquellos ojos de donde las miradas fluían, en irresistibles efluvios, a través de las tupidas y negras pestañas.

Era, completamente, la pureza del tipo griego, mas alquitarado por la influencia árabe; la misma perfección con un toque más bravío; la misma gracia, aunque más rígida;

las cejas dibujaban su arco de ébano bajo el dorado mármol de la frente con tan firme pincelada, eran de un negro tan intensamente negro las pupilas y tan exuberantemente empuerperecidos los labios, que una semejante belleza hubiera puesto un no sé qué de alarmante en cualquier salón de París o Londres; pero en una corrida de toros y bajo el ardiente sol de España, hallábase perfectamente en su lugar.

La vieja, que no concedía a las peripecias de la lidia la misma atención que la joven, observaba los manejos de Andrés de reajo y con el gesto del dogo que olfatea al ladrón. Jubilosa, aquella fisonomía era fea; enfurruñada, repugnante; sus arrugas parecían ahondarse más, y la obscura aureola de en torno de sus ojos se ensanchaba recordando vagamente los círculos de pluma que rodean las pupilas de los mochuelós; su diente de jabalí apoyábase más fuertemente en su encallecido labio y algunos mohines nerviosos contraían su gesticulante faz.

Como Andrés persistía en su contemplación, la soterrada cólera de la vieja aumentaba por instantes; revolvíase en su asiento, agitaba descompasadamente su abanico, daba codazos con frecuencia a su hermosa vecina y dirigíale toda clase de preguntas, obligán-

dola de este modo a volver la cabeza; pero, bien porque no comprendiese, bien porque no quisiera comprender, respondía con dos o tres palabras, recobrando al punto su atenta y grave actitud.

— ¡Mala peste confunda a la vieja bruja!— decía en voz baja Andrés—. ¡Lástima grande que hayan abolido la Inquisición! Con semejante rostro la hubiesen paseado, sin más ni más, a horcajadas en un burro con el sambenito a cuestras y vestida con el azufrado sayal, pues es indudable que sale del seminario de Barahona y debe preparar a las jóvenes para la noche del sábado.

Juancho, a quien aun no le tocaba matar, manteníase desdeñosamente en medio de la plaza, tal y como si los toros fuesen para él borregos; apenas si hacía un leve esguince con el cuerpo y se apartaba dos o tres pasos cuando el furioso animal, fijándose en aquel hombre, trataba de lanzarse sobre él. Sus hermosos y relucientes ojos negros recorrían los palcos, antepechos y gradas, en los que estremecíanse como alas de mariposas enjambres de multicolores abanicos; creyérase que pretendía reconocer a alguien entre todos aquellos espectadores. Cuando sus ojos, que iban de acá para allá, se clavaron en el tendido donde la joven y la vieja apa-

recían sentadas, un jubiloso resplandor iluminó su atezado rostro e hizo un imperceptible movimiento de cabeza, especie de acordado saludo, como hacen a veces en escena los actores.

— Militona— dijo la vieja en voz baja—, Juancho nos ha visto; ten cuidado con lo que haces; ese joven te devora con la mirada, y Juancho es celoso.

—¿Y a mí qué me importa eso?—repuso en igual tono Militona.

—Ya sabes que es hombre capaz de darle una puñalada al primero que le desagrade.

—Yo no he mirado a ese señor, y además, ¿acaso no soy dueña de mí?

Al afirmar que no había mirado a Andrés, Militona no decía toda la verdad. Ciertamente que no lo había mirado—las mujeres no tienen necesidad de esto para ver—, pero hubiérale sido dado hacer la más minuciosa descripción de su persona.

Y debemos afirmar—como historiador verídico—que el don Andrés de Salcedo se le había antojado lo que en efecto era: un muy pulido mancebo.

Andrés, deseoso de entablar conversación con la joven, hizo señas a uno de esos vendedores de naranjas, frutas endulzadas, pastillas y demás golosinas por el estilo, que

deambulan por el pasillo de la plaza, ofreciendo en el extremo de una pértiga sus confituras y grajeas a aquellos espectadores que suponen tocados de rumbosa galantería. La vecina de Andrés era tan bonita, que uno de los vendedores en cuestión manteníase por los alrededores, contando de antemano con una venta forzada.

—Señorita, ¿quiere usted pastillas de éstas?—dijo Andrés a su bella vecina, sonriendo amablemente y presentándole el bote abierto.

La joven se volvió con viveza y miró a Andrés con sorprendida inquietud.

—Son de limón y de menta—añadió Andrés como para decidirla.

Militona, decidiéndose de pronto, hundió sus menudos dedos en el bote, sacando unas cuantas pastillas.

—Afortunadamente, Juancho está vuelto de espaldas—refunfuñó un hombre del pueblo que por allí se hallaba—; de lo contrario, esta tarde hubiera corrido la sangre.

—Y usted, señora, ¿quiere?—prosiguió Andrés con la más exquisita galantería, ofreciéndole el bote a la horrible vieja, a la que aquel rasgo de audacia desconcertó hasta el punto de tomar—tal era su turbación—todas las pastillas, sin dejar ni una.

No obstante, a punto de vaciar la bombonera en la palma de su mano, negra como la de una momia, arrojó un furtivo y asustado vistazo al redondel, lanzando un enorme suspiro.

En aquel momento tocaron a matar: érale llegado su turno a Juancho, que dirigióse al palco del Ayuntamiento, saludó y brindó, como es de rúbrica, lanzando, por último, al aire su montera con el más gentil de los empaques. Hízose el silencio repentinamente en el concurso, de ordinario tan tumultuoso: la angustia de la espera oprimía todos los pechos.

El toro que debía matar Juancho era de los más temibles; perdónanos, lector, si por hablarte de Andrés y Militona no te hemos contado detalladamente sus proezas: siete jamelgos tendidos, destripados y destacando sobre la arena, allí donde la agonía los había hecho caer, sus magras y cadavéricas siluetas, hablaban de su poderío y bravura. Los dos picadores habíanse retirado molidos, casi derrengados, en fuerza de caídas, y el *sobresaliente* aguardaba en el patio de caballos, a lomos de uno y enristrada la pica, pronto a reemplazar a los de tanda quedados fuera de combate.

Los chulos manteníanse prudentemente

próximos a la barrera, con el pie en el estribo que permite saltarla en caso de apuro, y el toro vencedor vagaba libremente por el redondel, lleno acá y allá de anchos charcos de sangre, a los que no se atrevían a llegar los monosabios, dando cornadas en la barrera y lanzando por el aire los caballos muertos que encontraba en su camino.

—Pavonéate, animalito— decía un aficionado del pueblo dirigiéndose al feroz animal—; aprovéchate bien, salta, brinca; de seguro no estarás tan contento dentro de un rato: Juancho te va a calmar.

En efecto, Juancho dirigíase al horrible bruto con ese firme y deliberado andar que hace retroceder a los propios leones.

El toro, asombrado de encontrarse aún a un enemigo, se detuvo, lanzó un sordo mugido, sacudió la baba de su hocico, escarbó con su pezuña la arena, humilló la cerviz dos o tres veces y reculó algunos pasos.

Juancho estaba soberbio: su rostro descubría su inmutable decisión; sus inmóviles ojos, cuyas pupilas rodeadas de blanco semejaban estrellas de azabache, despedían invisibles rayos que acribillaban al toro como aceradas flechas; sin darse cuenta de ello, hacíale experimentar ese influjo magnético de que se valía para acorrallar a los vacilan-

tes tigres en los rincones de la jaula el domador Van Amburg.

A cada avance del hombre respondía cejando la bestia feroz.

Ante aquel triunfo de la fuerza inteligente sobre la bruta, el pueblo, presa del entusiasmo, estalló en frenéticos transportes, aplaudiendo, vociferando, pateando descompasadamente; los aficionados agitaban en sus manos los cencerros y como a modo de patillos que llevan a la plaza para producir la mayor algarabía posible.

Los techos crujían bajo el entusiasmo del piso superior, y los desconchones desprendidos de aquél envolvíanse en nubes de blancuzcas partículas.

El torero de esta suerte aclamado, radiantes los ojos, jubiloso el corazón, alzó la cabeza hacia el sitio donde se hallaba Militona, como para ofrecerle, en guisa de homenaje, los bravos que en honor de él partían de todas partes.

El momento no era el más a propósito. Militona había dejado caer su abanico, y don Andrés, que habíase apresurado a recogerlo con esa solicitud para aprovecharse de las menores circunstancias que caracteriza a las gentes deseosas de añadir un eslabón más a la endeble cadena de un reciente co-

nocimiento, se lo devolvía, radiante de felicidad y con el más galante gesto del mundo.

La joven no pudo por menos que agradecer con una agradable sonrisa y una graciosa inclinación de cabeza la delicada atención del galán.

Aquella sonrisa fué cogida al vuelo por Juancho; palidieron sus labios, su rostro se puso lívido, ensangrentáronse sus ojos, se contrajo la mano que asía la muleta, y la punta de su estoque, dirigida al suelo, se clavó convulsivamente por tres o cuatro veces en la arena.

El toro, al verse libre de la fascinadora mirada, se aproximó a su enemigo, sin que a éste se le ocurriera ponerse en guardia.

El espacio que separaba al hombre del bruto disminuía horriblemente.

—¡He aquí a un buen mozo que no se achica!—dijeron algunos de más resistente emotividad.

—¡Juancho, ten cuidado!—decían otros más sensibles—¡Juancho de mi vida, Juancho de mi corazón, Juancho de mi alma, que el toro está casi encima de ti!

Por lo que a Militona hace, bien porque la costumbre de ver corridas hubiese embotado su sensibilidad, o porque tuviera confianza absoluta en la suprema habilidad de

Juancho, o porque le interesara muy por encima el que tan profundamente se turbaba ante ella, su rostro permaneció impassible y sereno; tan sólo sus mejillas se arrebolaron levemente y su seno elevó, con un más rápido palpitar, los encajes de su mantilla.

Las voces del público sacaron a Juancho de su inmovilidad; hizo un brusco esguince con el cuerpo y agitó los rojos pliegues de su muleta ante los ojos del toro.

El instinto de conservación y la vergüenza torera luchaban en lo íntimo del lidiador con el deseo de observar lo que Militona hacía; en aquel supremo momento, una mirada perdida, la más leve distracción, podían poner su vida en peligro.

¡Trance infernal aquél! ¡Sentirse celoso, ver junto a la mujer amada a un joven atento y agradable, y hallarse en medio de un circo presionado por las miradas de doce mil espectadores, y teniendo ante sí, a dos pulgadas del pecho, las ardorosas astas de un animal feroz, al que no puede matarse so pena de desprestigio, si no es por un sitio determinado y de una cierta manera!

El torero, dueño nuevamente de la situación, como se dice en la jerga taurina, afirmando sus pies en el suelo, dió varios pases por bajo para humillar la cabeza del toro.

—¿Qué podría decirle ese joven, ese tu-nante, a quien ella con tanto agrado son-reía?—pensaba Juancho, sin tener en cuenta que se hallaba ante un tan terrible enemigo. E involuntariamente alzó otra vez los ojos.

El toro, aprovechándose de este descuido, arremetió contra el hombre; éste, al verse en los cuernos, se hizo atrás de un salto, y con casi instintivo movimiento, hundió, a la aventura, el estoque, que penetró algunas pulgadas; mas, como penetrara por mal sitio, dió en hueso, y sacudido por el furioso asta-do, se desprendió de la herida, con un bor-botón de sangre, yendo a caer algunos pasos más allá. Juancho estaba desarmado y rebo-sante de vida el toro, pues el pinchazo aquél sólo había conseguido exasperar su furia. Los chulos, haciendo ondular sus capotes rosas y azules, acudieron al quite.

Militona palideció levemente; la vieja lan-zaba dolorosos ayes y gemía como un ca-chalote a punto de sucumbir.

El público, ante la inconcebible torpeza de Juancho, promovió una de esas escanda-losas algazaras en las que tanto sobresale el pueblo español: era un huracán de építe-tos ultrajantes, de gritos y de maldiciones. «¡Fuera! ¡Fuera!—gritaban por doquier—. ¡Perro! ¡Ladrón! ¡Asesino! ¡A presidio con

él! ¡A Ceuta! ¡Estropear de ese modo a un animal tan bravo! ¡Carnicero torpe! ¡Verdugo!», y, en fin, cuanto la exuberante imaginación meridional, de continuo tan extremosa, puede sugerir en trance parecido.

Mientras tanto, Juancho manteníase de pie bajo aquel diluvio de injurias, mordiéndose los labios y desgarrando con la mano que le quedaba libre las chorreras de encajes de su camisa. Su manga, abierta por el cuerno del toro, dejaba ver en su brazo una larga y violácea lista. Vaciló un momento y hubiérase creído que iba a caer sofocado por la violencia de la emoción; sin embargo, se rehizo inmediatamente; lanzóse, recogiendo, sobre el estoque, como si acariciara un proyecto; enderezó la torcida hoja con el pie, y se volvió de espaldas al sitio ocupado por Militona.

Los chulos, a la señal que les hizo, lleváronle el toro embebido en sus capotes, y esta vez, libre de toda preocupación, hundió el estoque en el morrillo del animal, como mandan los cánones y de manera que ni el mismísimo Montes de Chiclana hubiera desaprobado.

El estoque, hundido en las mismas péndolas, erguíase, con su empuñadura en forma de cruz, entre los cuernos del astado, y recordaba esos dibujos medioevales en los que

se ve a San Humberto de rodillas ante un ciervo con un crucifijo en la astada testa.

El toro arrodillóse pesadamente ante Juancho, como rindiéndole homenaje a su superioridad, y tras una breve convulsión, rodó con las cuatro patas por alto.

— ¡Juancho se ha desquitado brillantemente! ¡Qué gran estocada! Me gusta más que Arjona y el Chiclanero: ¿Qué opina usted, señorita?—dijo Andrés, completamente entusiasmado, a su vecina.

— ¡Por Dios, caballero, no me diga una palabra más!—repuso Militona vivamente, sin apenas despegar los labios y sin volver la cabeza.

Aquellas palabras fueron dichas con tan imperativo y suplicante tono a la vez, que Andrés vió claramente que no se trataba del «déjeme en paz» de una muchacha que desea ansiosamente que le continúen hablando.

No era el pudor de la joven el que le dictaba aquellas palabras; los intentos de Andrés para entablar conversación no eran mercedores en absoluto de un rigor tal; aparte de que las manolas, que son las grisetas de Madrid, no son, por lo común, y sin que esto sea ultrajarlas, de una tan hosca susceptibilidad.

Un verdadero espanto, el sentimiento de

un peligro que Andrés no podía vislumbrar, vibraban en aquella breve frase, deslizada a hurtadillas y que parecía por sí misma constituir un nuevo peligro.

—¿Será una princesa disfrazada?—se dijo Andrés, demasiado intrigado y sin saber el partido que debía seguir—. Si me callo, voy a tener facha de necio o, por lo menos, de don Juan de mala muerte; si persisto en hablar, acaso acarree a esta hermosa niña alguna escena desagradable. ¿Tendrá miedo de la dueña? No; puesto que esa amable lagartona ha devorado todas mis pastillas, resulta un poco cómplice; no es ella, no, la que atemoriza a mi princesa. ¿Andará por estos alrededores su padre, o algún hermano, o tal vez su marido, o algún celoso enamorado?

Ni uno de los que cercaban a Militona podía colocarse en ninguna de aquellas categorías: eran de talantes tan desvaídos y de tan vulgares rostros, que, evidentemente, nada tenían que ver con la bella manola.

Llegó el final de la corrida sin que Juancho mirara una vez siquiera a aquella parte del tendido; sus otros dos toros los despachó con maestría sin igual, por lo que fué tan furiosamente aplaudido como antes silbado.

Andrés, fuera porque no juzgase prudente reanudar la charla después de la frase en

cuestión, o porque el alarmado y suplicante tono le conmoviera, o porque no hallase fórmula hábil para conversar de nuevo, lo cierto fué que no dirigió una palabra más a Militona y que hasta se levantó algunos minutos antes de terminar la corrida.

Al atravesar las gradas para retirarse, díjole quedamente unas cuantas palabras a un rapaz de inteligente y viva fisonomía, y desapareció.

El pilluelo, cuando salió el público, tuvo buen cuidado de deslizarse entre la muchedumbre, sin afectación y con el más desembarazado aire del mundo, detrás de Militona y de la dueña. Dejó que entrambas se acomodaran en el calesín; luego, como si cediera a un galopinesco impulso, cuando giraron las escarlatas ruedas del coche, se sujetó a la trasera, de pies y manos, cantando a grito herido la canción popular de los toros de Puerto.

El coche se alejó, envuelto en un empolvado y ruidoso torbellino.

—Bueno—se dijo Andrés, que vió desde uno de los laterales del Prado, en donde ya se encontraba, pasar muy aprisa al calesín con el muchacho a la zaga—; esta noche conoceré la dirección de esa encantadora criatura, y que el dúo de Bellini me sea leve.



III

PRELUDIOS DE TRAGEDIA

El muchacho, una vez de vuelta, debía darle cuenta de su misión a don Andrés, que le aguardaba, fumándose un puro, en una avenida del Prado, por las cercanías del monumento a las víctimas del Dos de Mayo.

Mientras lanzaba bocanadas de humo, que esparcíanse en azulosas espirales, Andrés hacía su examen de conciencia y no podía por menos de reconocer que si no estaba enamorado de la bella manola, andaba, por lo menos, vivísimamente preocupado con ella. Aun cuando la belleza de la joven no hubiera bastado para encender el menos in-

flamable corazón, la especie de misterio que parecía desprenderse de su espanto cuando Andrés le dirigió la palabra después del accidente ocurrido a Juancho, era motivo suficiente para atraer la curiosidad de cualquier joven un poco atrevido: a los veinticinco años, sin ser un Don Quijote de la Mancha, siempre se está en disposición para defender a las princesas que se suponen cautivas.

A todo esto, ¿qué partido tomaría Feliciano, la señorita tan bien educada? Este punto preocupábale muchísimo a Andrés; mas, como se dijo, como su casamiento con ella no iba a tener lugar hasta pasados seis meses, tiempo tenía el liviano amorcillo que le señoreaba para llegar a término feliz, desbaratarse y desaparecer antes del término fatal; aparte de que nada más fácil que mantener oculta una intriga de este género, puesto que Feliciano y la joven vivían en esferas completamente distintas. Aquélla sería su postrer locura muchachil, ya que como tal se juzga en este mundo el encariñamiento con una muchacha atractiva y encantadora, mientras se ve como cosa razonable el unirse de por vida a una mujer fea, arisca y que nos desagrada; después se entregaría a una vida de eremita, de hombre prudente, de verdadero mártir conyugal.

Arregladas las cosas de esta suerte en su imaginación, Andrés abandonóse a los más agradables ensueños. Hallábase sujeto por doña Feliciana Vázquez de los Ríos a un régimen de buen tono y de diversiones que le agobiaba sobremanera, y del que no osaba protestar; le era preciso transigir con una muchedumbre de costumbres inglesas, con el te, con el piano, con el acicalarse y ponerse de punta en blanco, sin posibles atenuaciones; con las danzas de salón, con las conversaciones en torno de las modas recientes, con las arias italianas, cosas todas en desacuerdo con su idiosincrasia naturalmente libre y alegre. A pesar suyo, la antigua sangre española se le encabritaba al sentirse invadida por la civilización nortea.

Considerándose ya como amante feliz de la manola de los toros—¿qué hombre no es, íntimamente al menos, un poco fatuo?—, se veía en el cuartito de la joven desembarazado de su frac y comiéndose unos pastelitos, unas naranjas, unas frutas en dulce; todo ello rociado con vino de Peralta y de Pedro Jiménez, más o menos legítimos y traídos por la tía, de la taberna más próxima.

Tomando un papel de hilo, tintado de regaliz, la bella niña envolvía en la transparente hoja algunas hebras de tabaco cortadas

de un habano, y le ofrecía un cigarrillo liado con la más castiza perfección.

Luego, rechazando la mesa con el pie, descolgaba una guitarra, que ponía en manos de su galanteador, y un par de castañuelas de madera de granado, que ajustaba en los pulgares, apretando el cordón que los ata con sus menudos y nacarinos dientes, y comenzaba a bailar con ligereza y estilo admirables una de esas viejas danzas españolas, en las que la Arabia ha dejado su ardiente languidez y su misteriosa pasión, musitando con voz entrecortada alguna clásica seguidilla, extraña e incoherente, pero de una penetrante poesía.

En tanto que el joven se abandonaba a sus voluptuosos ensueños, con una tan buena fe que hasta fingía el repiqueteo de las castañuelas con los dedos, desaparecía rápidamente el sol y se alargaban las sombras. Aproximábase la hora de la comida—en Madrid, hoy día, las personas bien acomodadas comen a la misma hora que las de París y Londres—y no volvía el mensajero de Andrés; aun cuando la doncella viviese en el otro extremo de la corte, en la puerta de San Joaquín o San Jerimón, el golfo de marras hubiera tenido tiempo, y más que sobrado, para hacer dos veces el camino, si se tiene

en cuenta, sobre todo, que la primera parte de él lo hizo recolgado en la trasera del coche.

Semejante retraso asombró y contrarió vivamente a Andrés, que no sabía dónde encontrar a su emisario y que veía desgraciarse en sus comienzos una tan prometedor a aventura. ¿Cómo encontrar de nuevo la pista, una vez que se pierde, cuando no se dispone del más pequeño indicio, de un detalle, de un nombre siquiera, y hay que entregarse a la azarosa esperanza de un inusitado tropiezo?

—Acaso le haya ocurrido algún incidente que no acierto a descubrir; aguardemos algunos minutos—se dijo Andrés.

Valiéndonos de la ubicuidad concedida a los narradores, seguiremos al calesín en su rápida carrera. Primeramente había atravesado el Prado, hundiéndose después en la calle de San Juan, siempre con el emisario de Andrés suspendido de la trasera, e internándose a seguida en la de los Desamparados. En la mediación, aproximadamente, de esta calle, percatóse el calesero de la sobrecarga, dándole al infeliz Perico, con suma ligereza, un latigazo que, al cruzarle el rostro, le obligó a descolgarse.

Cuando, tras restregarse los ojos enlagrimados por el dolor, recobró nuevamente la

vista, el calesín hallábase ya en lo alto de la calle de la Fe y el ruido de sus ruedas se amortiguaba en el disparejo empedrado. Perico, corredor excelente como todos los españoles jóvenes, penetrado de la importancia de su misión, puso pies en polvorosa, y de seguro hubiera alcanzado al coche de seguir éste en línea recta; pero al final de la calle dobló una esquina y Perico le perdió de vista por un momento, y cuando a su vez dobló por donde aquél lo hiciera, el calesín había desaparecido, hundiéndose por ese entrecruzado de calles y callejuelas próximas a la plaza del Avapiés. ¿Había seguido por la calle del Povar o por la de Santa Inés, por la de las Damas o por la de San Lorenzo? He aquí lo que Perico no pudo acertar; las recorrió todas, esperando ver detenido al calesín ante alguna puerta; pero sus esperanzas fallaron, pues sólo vió al coche en la plaza que volvía vacío, con el cochero que, haciendo restallar la fusta a modo de pistoletazo y en guisa de irónica amenaza, apresurábase para ir en busca de nueva carga.

Despechado Perico por no haber podido realizar lo que Andrés le encargara, se paseó durante algún tiempo por las calles donde presumía que el calesín había dejado a sus dos parroquianas, pensando, con ese agudo

sentido que para las cosas de la pasión poseen los muchachos meridionales, que a una muchacha tan bonita no podía faltarle un galanteador ni dejar de asomarse a la ventana para verle llegar o de salir en su busca, dado que no apareciera, ya que los días de toros se consagran en Madrid a los paseos, a las jiras y a las diversiones. Semejante suposición no estaba desprovista de justeza; en efecto: muchos lindos rostros sonreían en el marco de las ventanas, y se asomaban a los balcones, mas ninguno era el de la manola en cuestión. Cansado de la lucha, descendió con rumbo al Prado para darle cuenta de su misión a don Andrés, y aunque no le llevaba la dirección precisa, estaba aproximadamente seguro, por lo menos, de que la hermosa vivía en una de las cuatro calles precitadas, y como éstas eran muy cortas, se hacía más hacedero el encontrarla por aquellos contornos que no por todo Madrid.

De detenerse algunos minutos más, hubiera visto pararse a un segundo calesín ante una casa de la calle del Povar, y a un hombre, cuidadosamente embozado en una capa hasta los ojos, saltar con presteza fuera del coche y perderse por el pasillo. Al movimiento que hizo, cayeron los embozos de la capa y descubrieron un relucir de caireles y unas

medias de seda, moteadas de sangre y ceñidas a unas piernas membrudas.

El lector, sin duda, habrá reconocido ya a Juancho. Él era, en efecto. Pero para Perico, desconocedor del vínculo que ligara a Militona con Juancho, la presencia de éste no era indicio que acertara a descubrirle el domicilio de la joven. Por otra parte, Juancho podía —y hasta era lo más verosímil— penetrar en su casa. Después de una corrida tan emocionante como aquélla, debía sentir necesidad de reposo y de aplicar algunas compresas en el rasguño del brazo, pues los cuernos de los toros son ponzoñosos, y de aquí que sus heridas sean de lenta curación.

Perico dirigióse con acelerado andar hacia el obelisco del Dos de Mayo, donde Andrés le había dado cita. Y allí fué otra. Andrés no estaba solo. Doña Feliciano, que salió para hacer alguna compra con una de sus amigas, a la que conducía de nuevo, vió desde el coche a su prometido paseando con nerviosa impaciencia; descendió la joven, y su amiga con ella, y, dirigiéndose a su novio, le preguntó si era el enjaretamiento de un soneto o de un madrigal el que le ponía en trance de discurrir de aquella suerte bajo el arbolado y a hora en que los mortales menos poéticos se entregan a la manducación.

El desgraciado mancebo, cogido en flagrante delito de incipiente intriga, no pudo por menos que ruborizarse un poco y balbució algunas banales galanterías, y si bien mostrábase sonriente, la procesión iba por dentro. Perico, sin saber qué hacer, daba embarazosas vueltas en torno de aquel grupo y, aunque muy niño, percatóse de que no era prudente dar a un joven la dirección de una manola delante de una señorita tan bien vestida a la francesa. Pero en su fuero interno asombrábase de que un caballero relacionado con tan bellas damas de sombrero se interesara por una manola de mantilla.

—¿Qué desea ese muchacho que mira con sus ojos grandes y negros como si quisiera tragarnos?

—Aguarda, sin duda, a que le arroje la colilla de este puro apagado—repuso Andrés, uniendo la acción a la palabra y haciendo una señal imperceptible que quería decir: «Vuelve cuando esté solo.»

Alejóse el golfo, hizo fuego con un eslabón que extrajo del bolsillo, y dió unas chupadas al habano con el regodeo del perfecto fumador.

Pero el suplicio de Andrés aun no había terminado. Feliciano, dándose un golpe en la frente con la mano, perfectamente enguan-

tada, le dijo, como si saliera de un sueño:

—¡Dios mío!, tan preocupada estoy con el dúo de Bellini, que se me olvidaba decirle que mi padre le aguarda para comer. Esta mañana quiso escribirle, diciéndoselo; pero como yo debía verle a usted por la tarde, le dije que no hacía falta. Es ya muy tarde—dijo, consultando un relojito tamaño como una uña—; suba al coche con nosotros, dejaremos a Rosa en su casa y regresaremos a la mía juntos.

Si se asombran de ver a una joven tan bien educada introducir en su coche a un joven, haremos observar que en el asiento delantero de la calesa iba sentada una institutriz inglesa, erguida como un palo, roja como una langosta y enfundada en un corsé descomunal y capaz de poner en fuga—tal era su vitola—amores y maledicencias.

No había modo de escurrirse; tras de haber ofrecido la mano a Feliciano y a su amiga para ayudarlas a subir, se acomodó en la delantera del carruaje, junto a miss Sara, furioso por no haber podido oír el relato de Perico, a quien creía perfectamente informado, y con la perspectiva de una inacabable velada musical.

Como suponemos que la descripción de una comida burguesa no ha de tener atracti-

vos para ustedes, nos lanzaremos en busca de Militona, con la esperanza de ser más afortunado que Perico en nuestras investigaciones.

Vivía, en efecto, Militona en una de las calles que el joven espía de Andrés sospechara. Decir el género arquitectónico al que pertenecía la casa donde ella, con muchas otras, habitaba, sería difícilísimo, a no ser que perteneciera al orden compuesto. El más desatado capricho había presidido en la apertura de los huecos, de una absoluta disparidad de tamaño. Dijérase que el constructor habíase propuesto una simetría al revés: hasta tal punto era heterogénea aquella desordenada fachada; los muros, desaplomados todos, combábanse y parecían hundirse bajo el propio peso; las eses y las ferradas cruces los contenían apenas, y sin las dos casas vecinas, un poco más sólidas, en que se apoyaba, hubiera venido a tierra, infaliblemente; las anchas desconchaduras del zócalo dejaban al descubierto el adobe de las paredes; y en la parte alta, de mejor aspecto, descubríanse rastros de antigua pintura rosa, que era como el rubor de aquella pobre casa, avergonzada de su miseria.

Junto a un tejado de desordenadas tejas, que recortaba en el azul del cielo un oscuro

festón, desdentado acá y allá, abríase un ventanuco, de marco recientemente encalado; a la derecha de él veíase una jaula con una codorniz, y otra, a la izquierda, de casi imperceptible tamaño, adornada con vidrios amarillentos y rojos, servía de celda y palacio a un grillo, pues los españoles, a quienes los árabes han dejado la afición por los ritmos persistentes, gustan mucho del entrecortado y monótono canto del grillo y de la codorniz. Una jarra de barro, suspendida por las asas de una cuerdecilla y cubierta de perlado sudor, refrescaba el agua a la naciente brisa del atardecer, dejando caer algunas gotas en dos tiestos de albahaca colocados debajo. Tal ventana era la del cuarto de Militona. Desde la calle, un observador hubiera adivinado que en el nido aquél vivía un pájaro juvenil; la juventud y la belleza ejercen su señorío hasta sobre las cosas inanimadas, en las que involuntariamente ponen el sello de su personalidad.

Si no les atemoriza la empresa de lanzarse con nosotros por esta escalera de encallecidos peldaños y lustrosa barandilla, seguiremos a Militona, que sube saltando por los desvencijados escalones con la agilidad propia de unas piernas de diez y ocho años; báñase ya en la luz de los pisos superiores, y

la tía Aldonza, mientras tanto, retenida en los oscuros limbos de los primeros tramos, lanza resoplidos, y con entrambas manos se recuelga desesperadamente de la grasienta maroma.

La hermosa muchacha, levantando una punta de la esterilla colocada ante una de esas puertas de pino con cuadraditos múltiples, tan comunes en Madrid, cogió la llave y abrió.

La pobreza de aquella habitación apenas si podía tentar a los ladrones, y de aquí que no exigiera muy complicada cerradura; ausente, Militona la dejaba abierta; pero, una vez dentro, la cerraba cuidadosamente: en tal punto, aquel reducido cuchitril encerraba un tesoro, si no para los ladrones, para los enamorados, al menos.

Una sencilla capa de cal cubría, a falta de papel y de pintura, las paredes; un descascarillado espejo, que reproducía muy imperfectamente el encantador semblante que lo consultaba; un San Antonio, de yeso, con dos floreros de cristal azul llenos de flores contrahechas; una mesa de pino, dos sillas y una camita cubierta por una colcha de muselina y festoneados volantes constituían el ajuar. No olvidemos algunas imágenes de la Virgen y de Santos, pintadas y doradas en vidrio con una

ingenuidad bizantina o rusa; un dibujo del Dos de Mayo, el entierro de Daoiz y Velarde, un picador a caballo, según Goya, más una pandereta que hacía juego con una guitarra; por una mezcla de lo sagrado y lo profano, de la que no se alarma la ardiente fe de los países verdaderamente católicos, entre aquellos dos instrumentos de alegría y placer elevábase una larga y rizada palma traída de la iglesia el Domingo de Ramos.

Tal era la habitación de Militona, y aunque sólo encerrase lo estrictamente necesario para la vida, no tenía el aspecto árido y frío de la miseria; iluminábala una jocunda luz; el vivo rojo de los ladrillos que cubrían el pavimento era agradable de ver; ni la más liviana sombra conseguía agarrarse, con sus garras de murciélago, en aquellos rincones de una blancura deslumbrante, y ni siquiera una araña tejía su tela entre las vigas del techo; todo era alegría y frescura y claridad en el recinto de aquellas cuatro paredes. Un tal albergue en Inglaterra hubiérase considerado como de la más exagerada desnudez; en España era casi el bienestar, y hasta más de lo que se necesitaba para ser tan dichoso como en un paraíso.

La vieja, al fin, había conseguido llegar a lo alto de la escalera; penetró en el apartado

y delicioso aposento, y desplomóse en una de las dos sillas, que hizo crujir, bajo su peso, de alarmante manera.

—Militona, hazme el favor de descolgar la jarra para que eche un trago; me ahogo, me muero de sed; el polvo de la plaza y esas malditas pastillas de menta han hecho arder mi gaznate.

—No era preciso comerlas a puñados, tía— repuso la muchacha sonriendo e inclinando la jarra en los labios de la vieja.

Aldonza bebió tres o cuatro tragos, pasóse el dorso de su mano por la boca, y se abanicó en silencio y apresuradamente.

—A propósito de pastillas— dijo tras de un suspiro—; ¡qué furiosas miradas nos lanzaba Juancho! Estoy segura que si marró con el toro fué porque ese apuesto señorito te hablaba; es celoso como un tigre el tal Juancho, y como haya podido encontrarle le habrá hecho pasar un mal rato. No daría ni un pitoche por la piel de ese mocito, pues corre el riesgo de ser cortada por uno de sus famosos tajos. ¿Te acuerdas de la hermosa señal que le hizo a ese Lucas que pretendió ofrecerte unas flores en la romería de San Isidro?

—Espero que Juancho no llegará a esos desagradables extremos; le rogué a ese joven que no me dirigiera la palabra, tan en

absoluto y de modo tan suplicante, que, a partir de aquel momento, no me dijo lo más mínimo; comprendió mi espanto y tuvo piedad de él. Pero ¡qué tiranía más horrible la de verse perseguida por ese cariño feroz!

—La culpa es tuya—dijo la vieja—: ¿por qué eres tan bonita?

Un golpe seco dado en la puerta por una mano de hierro, al parecer, interrumpió la charla de las dos mujeres.

La vieja se levantó y fué a mirar por el ventanillo, con reja y postigo, abierto en la puerta a la altura de un hombre, según el uso español.

En la abertura apareció la cara de Juancho, pálida bajo el bronceado matiz que el sol del redondel había puesto en ella.

Aldonza entreabrió la puerta y penetró Juancho. Su semblante traicionaba las violentas emociones que habíanle agitado durante la corrida; leíase en él una concentrada rabia; para aquella alma, señoreada por un tosco puntillo de honor, los *bravos* no conseguían borrar los silbidos; considerábase como deshonorado y en la obligación de acometer las más temerarias proezas para rehabilitarse ante la opinión pública y ante sus propios ojos.

Pero lo que le preocupaba sobre todo y

más fuera de sí le ponía era el no haber podido salir de la plaza lo bastante pronto para alcanzar al joven que tan galante mostróse, por lo que parecía, con Militona. ¿Dónde encontrarlo entonces? Sin duda había seguido a la joven, y hasta quizá le dirigiera la palabra.

Ante tal idea, su mano se fué maquinalmente a la cintura en busca del cuchillo.

Sentóse Juancho en la otra silla; Militona, apoyada en la ventana, deshacía el botón de un rojo clavel deshojado; la vieja se abanicaba para más comodidad; el más profundo silencio reinaba entre los tres personajes; la vieja, al fin, lo rompió.

—Juancho—dijo—, ¿le continúa doliendo el brazo?

—No—repuso el torero, clavando su profunda mirada en Militona.

—Será preciso ponerle compresas de agua y sal—prosiguió la vieja para mantener la conversación.

Pero Juancho se mantuvo en silencio, y, como dominado por una idea fija, le dijo a Militona:

—¿Quién era ese joven que estaba a su lado durante la corrida?

—No lo conozco; es la primera vez que lo he visto.

—Pero quería conocerlo,

—Me gusta la suposición. Y si así fuera, ¿qué?

—Pues que mataría a ese guapo mozo de botas charoladas, de guantes blancos y de frac.

—Juancho, habla usted como un insensato; ¿le he dado yo motivos para que esté celoso de mí? Usted, según dice, me ama; ¿qué culpa tengo yo? ¿Es que estoy obligada, porque a usted se le ha ocurrido hallarme bonita, a quererle sin más ni más?

—Cierto lo que dice; ella no está obligada a eso—dijo la vieja—; pero, no obstante, harían ustedes muy buena pareja. Jamás se habría apoyado una mano más delicada en un brazo más vigoroso, y de bailar juntos una cachucha en el jardín de las Delicias, sería cosa de encaramarse en las sillas para verlo.

—¿He coqueteado con usted, Juancho? ¿Le he atraído yo con miradas, sonrisas y afectados gestos?

—No—dijo el torero con voz profunda.

—Jamás le he hecho promesas ni jamás le he dado motivos para que conciba esperanzas; al contrario, de continuo le he dicho: «Olvideme». ¿Por qué, pues, atormentarme y ofenderme con esas violencias completamente injustificadas? ¿Será preciso que, por haberle agradado, no pueda deslizar una mirada que no sea una sentencia de muerte?

¿Es que ha de hacer usted siempre el vacío a mi alrededor? Ha dejado malparado a ese pobre Lucas, un buen muchacho que me entretenía y me hacía reír, y ha herido gravemente, no obstante ser su amigo, a Ginés, porque me rozó la mano; ¿se figura usted que con estas cosas ha de arreglarse su situación? Hoy mismo ha cometido usted más de un desatino en la plaza; mientras me espiaba, acercósele el toro, al que atravesó de mala manera.

—Pero si es, Militona, que te amo, que te amo con todas las fuerzas de mi alma, con todo el fuego de esta sangre que calcina mis venas; es que yo no veo otra cosa que tú en el mundo, y ni aun la cornada en el pecho, de un toro, me haría volver la cabeza cuando miras a otro hombre. Mis modales no son almirados, es verdad, pues me he pasado mi juventud luchando con bestias feroces; todos los días mato y me expongo a que me maten; yo no puedo tener la delicadeza de esos jovencitos melindrosos y estirados como mujeres que pierden el tiempo haciéndose rizar la cabellera y leyendo periódicos. ¡Al menos, si no eres mía, no serás de nadie! —añadió Juancho, tras una pausa, golpeando airadamente la mesa y como resumiendo con aquel puñetazo su monólogo interior.

Y esto dicho, se levantó bruscamente, gruñendo al salir:

—Ya sabré encontrarle y hundirle tres pulgadas de acero en el vientre.

Volvamos ahora junto a Andrés, que, lastimosamente colocado ante el piano, entonaba el dúo de Bellini, desafinando, con gran desesperación de Feliciano, a más y mejor. Jamás ningún sarao elegante habíale producido más enojo, y daba a todos los diablos a la marquesa de Benavides y a su tertulia.

El acabado y puro perfil de la joven manola, su pelo de azabache, sus árabes ojos, su encanto bravío, su pintoresca indumentaria, hacíanle, al recordarlos, divertirse muy poco junto a las señoronas, con tocados en forma de turbante, que llenaban el salón de la marquesa. Parecióle su novia decididamente fea, y salió completamente enamorado de Militona.

Cuando, de vuelta a su casa, descendía por la calle de Alcalá, sintió que alguien le tiraba de los faldones: era Perico, que, tras de inquirir nuevos datos, se apresuraba a darle cuenta de su misión, y acaso, también, a coger el duro prometido.

—Señorito—díjole el muchacho—, vive en la calle del Povar, en la tercera casa a la derecha. La he visto asomarse a la ventana hace poco para coger la jarra del agua.



IV

SERENATA Y DESAFÍO

—No consiste todo en conocer el nido de la paloma—se dijo don Andrés, despertando después de un sueño por el que más de una vez había atravesado la deliciosa visión de Militona—; es necesario, además, acercarse hasta ella. Mas ¿cómo conseguirlo? Apenas si se me ocurre otra cosa que ponerme al acecho frente a su casa y observar las entradas y salidas. Pero si me dirijo a ese barrio vestido como estoy; esto es, a la última moda de París, atraeré la atención, lo que sería un obstáculo para mi tarea. Llegará un momento en que tendrá que entrar o salir, pues su-

pongo que no habrá atiborrado su cuartito, para seis meses, de confites y avellanas; la abordaré al paso con alguna frase galantemente pergeñada, y veré si se muestra tan hostil a la conversación como en la plaza de toros. Vamos al Rastro a comprar lo que ha de transformarme de señorito en manolo; disfrazado así, no despertaré las sospechas de ningún celoso ni de ningún feroz hermano, y podré, como quien no hace la cosa, informarme cumplidamente de mi bella.

Con este proyecto en la cabeza levantóse Andrés, trasegó de prisa y corriendo una taza de chocolate a la española, y se encaminó al Rastro, que es algo así como un Temple madrileño, en el que se encuentra de todo menos lo nuevo. Sentíase completamente feliz y alegre, sin que se le ocurriera la idea de que la joven no le amara o bien amara a otro; pues tenía esa confianza, que raramente engaña, y que es un modo de simpática adivinación; el antiguo espíritu aventurero de los españoles surgía en él. Aquel disfrazarse le divertía, y aunque la princesa de sus sueños no fuese más que una manola, se las prometía muy felices viéndose pasear bajo la ventana de ella envuelto en su obscura capa; el peligro que el espanto de la joven hacía presentir quitábale a la conquista en cuestión lo que pudiera tener de vulgar.

Barajando en su cabeza esas mil y mil estratagemas que se suceden a porrillo, y sin que ninguna sirva para lo que se proponen, Andrés llegó al Rastro.

Es éste un curiosísimo paraje. Figúrense una elevada meseta, una especie de cerrillo rodeado de casucas mezquinas y malsanas en las que tienen asiento un sin número de industrias sospechosas.

Sobre el tal altozano, y en las calles adyacentes, se agrupan baratilleros de baja estofa, prenderos, traperos, vendedores de hierros viejos, de objetos rotos de cristal: en una palabra, de todo lo usado, sucio, descabalado e inservible. Las cosas manchadas y agujereadas, los fragmentos inconocibles, el trozo de poyete, la piedra del arroyo, encuentran allí compradores. Es un singular batiburrillo en el que, filosóficamente, se tropiezan y confunden los harapos de las diversas clases sociales: el viejo uniforme cortesano, al que se le han descosido los galones, se co-dea con la indumentaria lugareña de multicolores adornos; la faldilla de descascarilladas lentejuelas de la bailarina pende junto a la maltrecha y remendada sotana. Los estribos de picador revueltos con flores artificiales, con libros deshermanados, con cuadros negruzcos y amarillentos, con retratos que ya

no interesan a nadie. Rabelais y Balzac escribirían cuatro páginas enumerando todo aquello.

Sin embargo, adentrándose en la plaza, hay algunas tiendas un poco mejor aderezadas, en las que se encuentran trajes que, sin ser nuevos, están limpios y pueden usarlos personas que no pertenezcan al reino picaresco.

En una de tales tiendas penetró Andrés.

Eligió allí un traje de manolo de bastante buen ver y que, en sus principios, debió proporcionar a su dichoso poseedor más de una amorosa conquista en la Red de San Luis, la calle del Barquillo y la plaza de Santa Ana. Componíase aquel traje de un sombrero de aconada y truncada copa y de alas revueltas, en guisa de turbante, y revestidas de terciopelo por los bordes; de una chaquetilla de redondeado corte, color tabaco; de unos amplios pantalones, de una ancha faja de seda y de una capa de color obscuro; todo ello usado hasta el punto de haber perdido su brillo; pero que no carecía de una cierta elegancia.

Contemplóse Andrés en un enorme y biselado espejo de Venecia, llevado allí de no se sabe dónde, con su magnífico marco, y se halló muy a su gusto. En efecto, vestido de

aquel modo, tenía una catadura resuelta, erguida y en su punto para trastornar los sensibles corazones femeninos del Avapiés.

Una vez pagado y apartado el traje en cuestión, le dijo al tendero que volvería al anochecido para vestirse allí, pues no quería salir de su casa con semejante indumento.

De regreso pasó por la calle del Povar; reconoció al punto la ventana de blanco cerco y la jarra suspendida de que le habló Perico, mas nada parecía descubrirle que existiese alguien en el interior del cuarto: una cortina de muselina, corrida cuidadosamente, ensombrecía los cristales.

—Sin duda, ha salido para entregarse a algún trabajo y no volverá hasta el atardecer, pues debe ser costurera, cigarrera, bordadora o algo así—se dijo Andrés prosiguiendo su marcha.

Militona no había salido; inclinada sobre la mesa, ajustaba las diversas partes de un corpiño extendido bajo sus ojos. Aunque nada de misterioso hacía, el cerrojo de la puerta estaba echado, por el temor, sin duda, a que Juancho apareciera súbitamente, aparición más peligrosa entonces por la ausencia de la tía.

Sin dejar de trabajar, pensaba en el joven que tan cariciadoras y ardientes miradas tuvo

para ella, la víspera, en la plaza de toros, y que le dirigió algunas frases con acento que, dulcemente, repercutía aún en sus oídos.

—¡Con tal que no pretenda verme de nuevo! Y, sin embargo, me agradaría que lo intentase. Juancho trabaría con él horrible disputa y lo mataría, quizá, o lo heriría de muerte como a cuantos han pretendido agradarme; y aun cuando yo pudiera sustraerme a la tiranía de Juancho, que me ha seguido de Granada a Sevilla y de Sevilla a Madrid, y que es capaz de seguirme hasta el fin del mundo para impedir que sea mi corazón de otro, ya que no lo es suyo, ¿qué conseguiría con esto? Ese joven no es de mi esfera; por su indumentaria se ve que es noble y rico; sólo un pasajero capricho puede sentir por mi persona; indudablemente me ha olvidado ya.

Confesemos, pues a ello la verdad nos obliga, que, en tal punto, una nube cruzó por la frente de la joven y que una prolongada aspiración, que pudiera tomarse por un suspiro, levantó su oprimido pecho.

—Sin duda, debe tener alguna querida, alguna novia, joven, hermosa, elegante, con bellos sombreros y chales magníficos. ¡Qué bien estaría con su traje de afiligranados botones de plata, bordado con seda de color; con sus punteadas botas rondeñas y su sombreri-

to andaluz! ¡Qué esbelto talle el suyo si lo envolviera en una rica faja de seda de Gibraltar!—decíase Militona, prosiguiendo su monólogo, en el que, por un inocente subterfugio del corazón, revestía a Andrés con el traje que le aproximaba a ella.

En tal punto se hallaba de sus ensoñaciones cuando Aldonza, que vivía en la misma casa, llamó a la puerta.

—¿No sabes, hija?—díjole a Militona—; ese demonio de Juancho, en vez de cuidarse su brazo, se ha pasado la noche paseando por delante de tu ventana, para ver, indudablemente, si el joven de los toros rondaba por aquí: se le ha metido en la cabeza que le habías dado cita. ¿Qué te parece si hubiera sido verdad? ¡Vaya un lance agradable! En vista de todo esto, ¿por qué no te decides por ese pobre Juancho? ¡Así te dejará tranquila!

—No hablemos de eso; no soy responsable de un amor al que en modo alguno he dado motivos.

—Y no es—prosiguió la vieja—que el galán de la plaza no sea muy simpático y muy galante: me ofreció la caja de pastillas con mucha amabilidad y con todos los miramientos debidos a mi sexo; pero Juancho me da lástima y le tengo un miedo de todos los dia-

blos. Casi me tiene por tu ángel custodio, y sería capaz de considerarme culpable de tu preferencia por cualquier otra persona. Te vigila tan de cerca, que sería muy difícil ocultarle la menor cosa.

—Cualquiera creería, oyéndola a usted, que estoy ya de acuerdo con ese señor de quien apenas sé que cara tiene—repuso Militona ruborizándose levemente.

—Pues si tú lo has olvidado, él se acuerda de ti, estoy segura de ello; podría hacer tu retrato de memoria, pues no ha dejado de mirarte durante toda la corrida; como que se hubiera creído que estaba en éxtasis ante una Virgen.

Al oír tales cosas que confirmaban el amor de Andrés, Militona hundió la cabeza en su trabajo sin decir nada: una felicidad desconocida le ensanchaba el corazón.

Juancho hallábase muy lejos de experimentar semejante ternura de sentimientos; encerrado en su habitación, decorada con estofes y divisas de toros que había arrancado, con peligro de su vida, para ofrecérselas a Militona, que siempre las rechazó, entregábase a ese íntimo machaconeo propio de los amantes desgraciados; no podía comprender que Militona no le amase; aquella aversión parecía un problema insoluble que en vano

trataba de despejar. ¿No era él joven, guapo, fuerte, arrebatado y valeroso? ¿No le habían aplaudido mil y mil veces las más blancas manos españolas? ¿No se veían en sus trajes tantos adornos y bordados de oro como en los de los más galanes toreros? ¿No se vendía por doquier su retrato litografiado, estampado en los pañuelos, con una aureola de laudativas canciones, como el de los maestros del arte? ¿Quién, si se exceptua a Montes, estoqueaba con más bravura y hacía rodar al astado más pronto? Nadie. El oro, precio de su sangre, deshacía, como nieve, entre sus manos. ¿Qué le faltaba, pues? Y con la mejor buena fe del mundo intentaba encontrarse un defecto, sin conseguirlo. Sólo un cariño por otro podía explicar aquella antipatía, aquella frialdad, por lo menos. Y dábale a la busca y captura de aquel otro por doquier. El más insignificante motivo excitaba su celo y su rabia; él, que hacía recular a las feroces bestias, estrellábase ante el helado tesón de aquella muchacha. La idea de matarla para dar al traste con semejante hechizo, se le ocurrió más de una vez. Hacía un año, es decir, desde el día que vió a Militona, angustiábale aquel frenesí, pues su amor, como todas las fuertes pasiones, había adquirido su completo desarrollo de golpe y

porrazo: la inmensidad no es susceptible de crecimiento.

Para encontrar a Andrés—se dijo—era necesario frecuentar el salón del Prado, los teatros del Circo y del Príncipe, los cafés elegantes y los demás centros de reunión de la gente de postín; y aunque sentía por las costumbres burguesas un profundo desprecio y aunque, por lo común, vestía de majo, veíanse, sobre una silla, una levita, un pantalón negro y un bombín; los había adquirido por la mañana bajo los soportales de la calle Mayor, a la misma hora, precisamente, que Andrés hacía su compra en el Rastro: el uno para alcanzar el objeto de su odio, y el otro para conseguir el de su amor, se valían de la misma estratagema.

Feliciana, a quien don Andrés no dejó de visitar a la acostumbrada hora y con la exactitud de un amante criminal, le dirigió reproches amargos por las desafinaciones y distracciones innumerables que padeciera en casa de la anciana marquesa de Benavides. No valía la pena de haber repetido tan cuidadosamente aquel dúo y de haberlo cantado todos los días para tirarse una plancha, llegada la hora, en la fiesta solemne. Andrés se excusó como mejor pudo. Su inhabilidad había puesto más claramente de relieve el inva-

riable talento de Feliciano, que había estado de voz mejor que nunca, cantando su parte con perfección que envidiara la Ronconi del teatro del Circo, y como no le costó mucho trabajo calmarla, se separaron reconciliados por completo.

Juancho, llegada la noche, disfrazado con su traje a la moderna, con el que estaba desconocido, recorría con brusco y acelerado andar las avenidas del Prado, escudriñando el rostro de cuantos hombres veía, yendo, viniendo y tratando de hallarse en todas partes a la vez; penetró en todos los teatros, registrando con su mirada de águila los sillones de orquesta, los proscenios y los palcos; trasegó toda suerte de helados en los cafés; mezclóse a todos los grupos de politiquillos y de poetas que discutían sobre la recién estrenada obra, sin que le fuera dado encontrar a ningún joven que, ni por asomo, se pareciese al que con tan enternecido gesto le hablaba a Militona el día de la corrida, y ello ocurría así por la sencilla razón de que Andrés, disfrazado ya en casa del prendero, se bebía a aquella misma hora, y con la mayor parsimonia del mundo, un helado de limón en una horchatería, casi frontera a la casa de Militona, en la que había establecido su cuartel de observación, valiéndose de la ayuda de Pe-

rico. Por lo demás, Juancho hubiera cruzado ante él sin mirarle, pues de seguro no se le ocurriría la idea de buscar a su rival bajo la chaqueta y el sombrero calañés de un manolo. Militona, oculta en un ángulo de la ventana, no dudó un minuto: pero el amor es más clarividente que el odio. Presa de la más viva ansiedad se preguntaba por los proyectos del joven que de tal suerte se hacía firme en aquella tienda, llenándose de pavor ante la horrible escena a que, irremisiblemente, daría lugar un encuentro entre Juancho y él.

Andrés, acodado en la mesa, examinaba, con la atención del polizone que avizora un complot, las gentes que entraban en la casa. Se hundieron en ella mujeres, hombres, niños, gentes de todas las edades, en gran número, primero, pues en la casa aquélla vivían muchas familias; mas escasamente, después; echóse, poco a poco, la noche encima y ya sólo quedaban por entrar algunos rezagados. Militona no había aparecido aún.

Comenzaba Andrés a poner en tela de juicio la verosimilitud de los informes recibidos, cuando la obscura ventana se iluminó, demostrando así que el cuarto estaba habitado.

Tenía la certidumbre de que Militona se hallaba en su habitación, pero aquello no le servía de gran cosa; escribió con lápiz unas

cuantas palabras en un papel, y llamando a Perico, que rondaba por los alrededores, le dijo que lo pusiera en manos de la bella manola.

Perico, deslizándose en pos de un inquilino que en aquel momento entraba, aventuróse por la obscura escalera, y palpando las paredes acabó por encontrarse en el último rellano. La luz que se filtraba por las juntas de las maderas le descubrió la que debía ser puerta de Militona; llamó, suavemente, por dos veces, y la muchacha entreabrió el ventanillo, apoderóse de la esquelita y cerró de nuevo.

—¡Con tal que sepa leer!—dijo Andrés apurando la helada bebida y entregándole su importe al valenciano dueño de la horchatería.

Y levantándose, se echó a andar lentamente bajo la ventana.

He aquí lo que decía la esquila:

«Un hombre que no puede ni querría olvidarla, desea volverla a ver; pero, al intentar-lo, por las palabras que usted hubo de decirle en la plaza y porque ignora cuanto a usted se refiere, sentiría causarle algún perjuicio. El peligro que sólo a él se refiera no ha de detenerle. Apague la luz y arroje su respuesta por la ventana.»

Pasados unos minutos la lámpara ocultóse, la ventana se abrió, y Militona, cogiendo la jarra, dejó caer una maceta de albahaca, que fué a estrellarse con estrépito a unos cuantos pasos de don Andrés.

En la fosca tierra que se había desparado por el pavimento destacábase algo blanco: era la respuesta de Militona.

Andrés llamó a un sereno que por allí pasaba con el farol colgado del chuzo y le rogó que agachara la luz, al reflejo de la cual leyó lo que sigue, escrito con temblorosa mano y en gruesos y desordenados caracteres:

«Aléjese..., no tengo tiempo para escribirle con más extensión. Mañana, a las diez, me hallará en la iglesia de San Isidro. Pero, por favor, váyase: le va en ello la vida.»

— Gracias, buen hombre — dijo Andrés, poniendo un real en la mano del sereno —; puede continuar su camino.

La calle estaba completamente desierta, y retirábase Andrés con lentitud, cuando la aparición de un hombre embozado en una capa, bajo la que se distinguía, formando un ángulo agudo, el mástil de una guitarra, despertó su curiosidad y le hizo agazaparse en un oscuro rincón.

El hombre aquél echóse sobre los hombros los embozos de la capa, se afianzó la guita-

rra y arrancó a las cuerdas ese rítmico murmullo que da tono y sirve de acompañamiento a las melodías de las serenatas y seguidillas.

No cabía duda que aquellos ardientes preludios tenían por objeto despertar a la bella en cuyo honor se lanzaban; y como la ventana de Militona proseguía sin abrirse, el hombre, obligado a contentarse con un invisible auditorio, a pesar del dicho español, para el que no hay mujer alguna, por dormida que esté, que al escuchar un rasgueo de guitarra no asome a la ventana la cabeza, tras de varios carraspeos profundamente sonoros, comenzó a cantar las coplas siguientes con marcado acento andaluz:

Niña que tienes porte
de emperadora;
paloma con mirada
de fiero halcón,
aunque tú me aborreces,
yo quiero ahora
ampararme debajo
de tu balcón.

Con mi pie en el poyete,
quiero, serrana,
sacar a mi guitarra
de su mutismo,



para que resplandezcan
tras la ventana
tu lámpara y tu rostro
a un tiempo mismo.

No quiero que ninguna
guitarra vibre
por los contornos de estos
alrededores.
Soy dueño de tu calle.
La quiero libre
para mirarme, a solas,
con mis amores.

Y he de cortarle, niña,
las dos orejas
al rondador primero
que pretendiese
deslizar una copla
junto a tus rejas,
deslizar una copla,
fuese cual fuese.

En su funda mi faca
se desespera.
¡Vamos! ¿Quién por lo rojo
siente afición,
y encarinada quiere
ver su pechera,
y engarzarle un granate
como botón?

En las venas la sangre
mustia se abate,

pues la sangre se ha hecho
para la herida.
El tiempo es destemplado,
la lluvia bate.
¡Acudid pronto, mandrias,
a la guarida!

¡Bravucones, llegad!
llegad, bandidos,
a reñir, frente a frente,
la capa al brazo,
para que en vuestros rostros
de forajidos
pueda dejar la huella
de un navajazo!

¡Que se acerquen, bien solos,
bien a porrillo!
Con planta firme aguardo
sus decisiones.
Es necesario, niña,
para tu brillo,
que señale la jeta
de esos bocones.

Al arroyo que cierra
tu pasó altivo,
y humedecer podría
tus pies, un puente
tengo que levantarte,
por Cristo vivo,
con los huesos de todos
tus pretendientes.

Dime a quién acometo
con mi navaja,
para probarte lo hondo
de mi querer.
Si con sábanas tuyas
se me amortaja,
al mismísimo diablo
frente he de hacer.

¡Ventana ciega! ¡Puerta
sorda! ¡El bramido,
no obstante, de mi acento,
debes oír,
pues rujo a la manera
del toro herido,
excitando a los perros
con mi rugir!

Clava en tu puerta, al menos,
agudo clavo,
para que en él engarfie
mi corazón.
¿A qué, dentro del pecho,
tenerlo esclavo,
angustiado y rabioso
sin su ilusión?

— ¡Demonio! ¡Vaya unos versos feroces!
— pensó Andrés —. He aquí unas coplitas
que no tienen nada de insulsas. Veamos si
Militona, pues todo este nocturno alboroto es

para ella, se muestra sensible a estos versos elegíacos compuestos por Matamoros, don Espavento, Fracassa o Matasiete. Este es, sin duda, el terrible rondador que le inspira tanto miedo. Con menos se asustaría cualquiera.

Don Andrés, al sacar un poco la cabeza fuera de la sombra que le ocultaba, fué iluminado por un rayo de luna y denunciado a la vigilante mirada del torero.

— ¡Bien! Estoy denunciado — dijo Andrés—; no perdamos la serenidad.

Juancho, arrojando al suelo la guitarra, que resonó lúgubrementemente en su caída, se abalanzó sobre Andrés, cuyo rostro, bañado por la luz, reconoció inmediatamente.

—¿Qué hace usted por aquí a estas horas?
—le dijo con voz vibrante de cólera.

—Entretenerme agradablemente escuchando su serenata.

—Pues si la ha oído bien, no debe ignorar que le prohibo a todo el mundo permanecer en esta calle mientras canto.

—Es que yo, por naturaleza, soy muy desobediente — repuso Andrés con la más perfecta calma.

—Pues hoy cambiarás de carácter.

—Por nada del mundo: le tengo mucho apego a mis costumbres.

—¡Está bien! ¡Defiéndete o te mato como a un perro!—gritó Juancho, tirando de navaja y con la capa al brazo.

Imitóle Andrés, que se puso en guardia con una prontitud demostradora de su pericia en aquellos trotes—lo que sorprendió un tanto al torero—, aunque no era para sorprenderse, pues Andrés había recibido lecciones, durante una larga etapa, de uno de los más hábiles maestros sevillanos, de igual modo que los jóvenes elegantes de París en el manejo del bastón y en el arte de dar patadas, reducidos, uno y otro, a principios matemáticos por Lecour y Boucher.

Juancho giraba alrededor de su enemigo avanzando, como un escudo, su brazo izquierdo, defendido por los varios pliegues de la capa, y el brazo derecho echado atrás para hacer más fuerte y certera la cuchillada; alternativamente se erguía o se agazapaba en sus musculosas piernas como un gigante o como un enano; pero la punta de su navaja tropezaba siempre con la capa de Andrés, pronta a parar el golpe.

Tan pronto se retiraba con brusquedad como acometía con ímpetu, y, saltando de derecha a izquierda, blandía la afilada hoja como si se dispusiera a arrojarla a modo de dardo arrojadizo.

A tales ataques respondía, de cuando en cuando, Andrés con tan prontos y certeros golpes, que otro que no fuera Juancho no hubiese podido pararlos.

En verdad era aquél un hermoso combate, digno de ser presenciado por una multitud entendida; mas, por desgracia, todas las ventanas dormían, y la calle estaba completamente desierta.

¡Académicos de la playa sanluqueña, del Potro cordobés, del granadino Albaicín y del barrio de Triana, lástima grande que no les fuera dado juzgar aquellos certeros navajazos!

Los dos combatientes, aunque muy vigorosos, comenzaban a fatigarse; el sudor cubría sus sienes; sus pechos jadeaban como fuelles de fragua; sus pies afianzábanse más torpemente en el suelo, y sus saltos eran menos ágiles.

Juancho había sentido penetrar en su manga la punta del cuchillo de Andrés, con lo que acrecentóse su furor; hizo un supremo esfuerzo, aun a riesgo de perder la vida, y se lanzó como un tigre sobre su enemigo.

Andrés cayó de espaldas, abriendo, al caer, la mal cerrada puerta de la casa de Militona, ante la que tuvo lugar la lucha. Juancho se alejó con paso tranquilo.

El sereno, que pasaba por lo alto de la calle, gritó: «No hay novedad; las once y media; tiempo estrellado y sereno.»





EL NIDO DE LA PALOMA

V

Al oír la voz del sereno, Juancho se alejó sin averiguar si Andrés estaba muerto o solamente herido; creía haberle matado: tal era su seguridad en aquel golpe, por así decirlo, infalible. La lucha había sido leal, y de aquí que no sintiera remordimiento alguno; el sombrío placer de verse libre de su rival sobrepasó en él a toda otra consideración.

La ansiedad de Militona durante aquella lucha, cuyo sordo rumor le hizo asomarse a la ventana, no es posible describirla: quería gritar, pero su lengua se le pegaba al cielo de la boca; el terror oprimíale con su mano

de hierro la garganta; vacilante, desatinada, medio loca, descendió, a la ventura, por la escalera, o, más bien, se deslizó por la barandilla como un cuerpo inerte, y llegó en el preciso momento en que Andrés caía, abriendo, al caer, el mal cerrado postigo de la puerta.

Afortunadamente, Juancho no vió el desesperado y apasionado gesto de la joven al lanzarse sobre el cuerpo de Andrés; de verlo, en lugar de un homicidio hubiera cometido dos.

Puso la joven su mano en el corazón de Andrés, y parecióle percibir que latía débilmente; y como el sereno pasaba repitiendo su monótono estribillo, le pidió socorro. Acudió el honrado gallego, quien, acercando al rostro del herido su farol, dijo: «¡Toma! ¡Si es el joven a quien le presté mi linterna para que leyera una carta!» Y se inclinó para cerciorarse de si estaba muerto o vivo.

Aquel sereno de acusadísimas facciones, de ruda, pero bondadosa fisonomía; aquella muchacha de una blancura de cirio, y cuyas negras cejas hacían resaltar más profundamente aún su mortal palidez; aquel cuerpo inanimado, cuya cabeza descansaba en las rodillas de la joven, ofrecían un grupo capaz de tentar al pincel de Rembrant. La amari-

lenta luz del farol matizaba con extraños reflejos aquellos tres rostros, y ponía en el centro de la escena ese escintilante fulgir que al pintor holandés le gusta hacer brillar entre sus rojizas tinieblas; mas acaso hubiera sido menester un pincel más exacto y correcto que el suyo para reflejar la suprema belleza de Militona, que parecía una estatua del Dolor de hinojos ante una tumba.

—Respira aún—dijo el sereno tras algunos minutos de examen —; veamos la herida—. Y apartó las ropas de Andrés, que continuaba desvanecido. —He aquí un tremendo navajazo —exclamó con una especie de respetuoso asombro — dado de abajo arriba según las reglas del arte; está bien dirigido. Si no me equivoco, esto debe ser obra de una mano sevillana. He visto tantos navajazos, que me las doy de entendido. Pero, en fin, ¿qué vamos a hacer con este joven? No es fácil de transportar; aparte de que ¿adónde lo llevaríamos? No puede decirnos su dirección.

—Subámóse a mi cuarto—dijo Militona—; puesto que he sido la primera que ha llegado en su socorro..., me pertenece.

El sereno llamó en su ayuda, lanzando el grito de contraseña, a un compañero, y los dos, trabajosamente y con grandes precau-

ciones, treparon con su carga por la empinada escalera. Militona los seguía sosteniendo el cuerpo con su breve mano, y tratando de evitarle las sacudidas al pobre herido, que fué suavemente colocado en la virginal camita con colcha de festoneada muselina.

Uno de los serenos fué en busca de un cirujano, y el otro, mientras Militona hacía vendas e hilas, registraba los bolsillos de Andrés por si en ellos encontraba alguna carta o documento que sirviera para identificarlo; pero no halló nada. El trozo de papel que sirvió a Militona para prevenirle del peligro que corría se le cayó, en el ajetreo de la lucha, del bolsillo, y el aire se lo había llevado muy lejos; de modo que, en tanto el herido nó recobrará el conocimiento, ninguna indicación podía poner a los polizontes sobre la pista.

Militona declaró que había oído el rumor de una disputa; luego la caída de un hombre, y no dijo más. Aunque no sentía amor por Juancho, nunca lo hubiera denunciado por un crimen del que ella era la causa involuntaria. Las violencias del torero, por mucho que le horrorizasen, probaban una pasión sin límites, y, aunque no se comparta, el íntimo halago es siempre inevitable.

Llegó, por fin, el cirujano y vió la herida,

que no tenía nada de mortal por haber resbalado la hoja del cuchillo en una costilla. La fuerza del golpe y la rudeza de la lucha, con más la pérdida de sangre, desvanecieron a Andrés, que recobró el conocimiento apenas la sonda rozó los bordes de la herida. Lo primero que vió al abrir los ojos fué a Militona, que le alargaba una venda al cirujano. La tía Aldonza, que había llegado al ruido, manteníase de pie al otro lado de la cabecera, y mascullaba

Terminada la cura, el cirujano se retiró, afirmando que volvería al día siguiente.

Andrés, cuyas ideas comenzaban a aclararse, dirigía una mirada, vaga aún, en torno de cuanto había a su alrededor, asombrándose de hallarse en aquel blanco cuarto, sobre aquel casto lecho, entre un ángel y una bruja; su desvanecimiento ponía una laguna en su memoria, y no acertaba a explicarse cómo había pasado de la calle, en donde, poco ha, defendíase de la navaja de Juancho, al floreciente paraíso habitado por Militona.

—Ya te había dicho yo que Juancho haría una de las tuyas. ¡Qué miradas nos lanzaba! ¡Esto tenía que ocurrir! ¡Bonita situación la nuestra! ¡Y no digo nada cuando se entere de que has recogido en tu habitación a este joven!

— ¿Podía yo dejarle morir en mi puerta —repuso Militona—, yo que soy la causa de su desgracia? Además, Juancho no dirá nada; ya tendrá que hacer bastante si quiere escapar al castigo que merece.

—He aquí al enfermo que vuelve en sí— dijo la vieja; — mira, sus ojos se entreabren y sus mejillas se animan un poco.

—No pretenda hablar, el cirujano lo ha prohibido— dijo la doncella al ver que Andrés pretendía balbucir algunas palabras; y, con ese empaque vagamente autoritario propio de los enfermeros, puso su mano sobre los pálidos labios del joven.

Cuando la aurora, saludada por el canto de la codorniz y del grillo, deslizóse por el cuartito con su rosada claridad, alumbró una escena que hubiera hecho rugir de cólera a Juancho: Militona, que veló hasta el amanecer, junto a la cabecera del paciente, vencida por el cansancio y las emociones de la noche, habíase dormido y apoyado su cabeza, desvanecida por el sueño y sin darse cuenta, en un extremo de la almohada en que reposaba Andrés. Sus hermosos cabellos desatábanse y se extendían en negras ondas sobre la blancura de las sábanas, y Andrés, que no dormía, ensortijábase los dedos con uno de los bucles.

Cierto que la herida del joven y la presencia de la tía Aldonza, que roncaba en el otro extremo de la habitación hasta producir envidia al fuelle del órgano de la Catedral de Sevilla, impedían cualquier bajo pensamiento.

De figurarse Juancho que en vez de matar a su rival le había proporcionado el medio de introducirse en casa de Militona y de tenderse en aquel lecho que él no podía contemplar, él, hombre de acerado corazón y férreo brazo, sino pálido y tembloroso, y de pasar la noche en aquel cuarto, en el que apenas si era admitido de día, y ante el que erraba, irritado y gruñendo, a través de las sombras, hubiérase revolcado por tierra y desgarrado el pecho con las uñas.

Andrés, que pretendía acercarse a Militona, no contó, entre sus estratagemas, con semejante medio.

La joven, al despertar, anudóse, llena de vergüenza, sus cabellos, preguntándole al herido cómo se hallaba.

—Bien—repuso aquél clavando en la hermosa doncella una mirada rebosante de amor y reconocimiento.

Los criados de Andrés, vista la ausencia de éste, creyeron que estaría de cuchipanda o bien que se habría ido al campo, y apenas si se inquietaron.

Feliciano, por su parte, aguardó inútilmente la acostumbrada visita. Andrés no apareció, con lo que el piano se llevó un mal rato. Feliciano, a quien aquella ausencia llenó de contrariedad, golpeaba brusca y nerviosamente el teclado, pues en España dejar de ver a la novia a la hora que se acostumbra es una falta grave que acarrea los epítetos de pérfido y de ingrato. Y no es que Feliciano estuviese perdidamente enamorada de don Andrés: la pasión no estaba en su carácter y de fijo la tuviera por cosa inconveniente; mas tenía la costumbre de verle y, a título de futuro esposo, lo miraba ya como a cosa propia. Veinte veces fué del piano al balcón, burlando la moda inglesa que no permite que una mujer mire por la ventana, y se inclinó sobre la barandilla para descubrir si venía don Andrés.

—Sin duda, esta tarde lo veré en el Prado—se dijo Feliciano como para consolarse—y le echaré una buena reprimenda.

El Prado, a las siete de la tarde, en estío, es uno de los más hermosos paseos del mundo; y no es que sea imposible encontrar en otros sitios umbrías más frescas o lugares más pintorescos; pero en ninguna parte existe una más viva animación ni un más alegre ir y venir de gente.

El Prado va desde la puerta de Recoletos a la de Atocha; pero la parte frecuentada apenas si es otra que la comprendida entre la calle de Alcalá y la Carrera de San Jerónimo. Este paraje se denomina el Salón, nombre no muy apropiado, en verdad, para un paseo. Ringleras de achaparrados árboles, que se desmochan para que sus copas se abran, vierten su escasa sombra sobre los paseantes.

La calzada para los coches la bordean sendas hileras de sillas, como en el bulevar de Gand, y candeleros al estilo de los de la plaza de la Concordia, puestos en lugar de los preciosos soportes de hierro, de enrolladas y simétricas volutas, que hasta hace poco aún se usaban para los faroles.

Por la dicha calzada se pavonean los coches de Londres y de Bruselas, los tilburis, las calesas, los landós de blasonadas portezuelas y a veces, también, la señorial carroza española con sus cuatro lustrosas y bien cebadas mulas.

Los elegantes se inclinan en sus inglesas cabalgaduras o hacen piafar sus bonitas jacas andaluzas, de crines trenzadas de rojo, de arqueado cuello como el de las palomas y que ondulan, al andar, como las caderas de una danzarina árabe. De tiempo en tiempo,

pasa al galope un magnífico potro cordobés, negro como el ébano y digno de trasegar la bien cernida cebada en un pesebre de alabastro de las cuadras de los califas, o algún prodigio de belleza, una virgen de Murillo desprendida de su cuadro y entronizada en su coche, llevando, como aureola, un sombrero de Beaudrand.

Por el Salón, propiamente dicho, hormiguea una muchedumbre que se renueva sin cesar, un río humano, arremolinado y revuelto, lleno de corrientes opuestas, que se desliza entre dos murallones de gentes sentadas.

Las mantillas de blancos o negros encajes sirven de marco, con sus livianos pliegues, a los más encantadores rostros que nos sea dado ver. La fealdad es un raro accidente. En el Prado las feas son las bonitas; los abanicos se abren y cierran con rápido ruido, y los *abures*, lanzados al pasar, se acompañan de graciosas sonrisas o de leves gestos de mano; es algo así como el *foyer* de la Ópera en el Carnaval, como un baile de máscaras sin antifaces.

Del otro lado, por las avenidas que se extienden a lo largo del Parque de Artillería y el Museo de Pintura, apenas si deambulan algunos fumadores misántropos que prefie-

ren al calor y el tumulto de la muchedumbre la frescura y arrobamiento que la tarde proporciona.

Feliciana, que se paseaba en coche descubierto junto a don Jerónimo, su padre, buscaba inútilmente, con la mirada, entre los jóvenes jinetes a su novio, que no se presentó, según costumbre, a caracolear en torno del coche. Los que lo advirtieron asombráronse de ver la calesa de doña Feliciano Vázquez de los Ríos dar cuatro vueltas a lo largo del paseo sin la habitual escolta.

Al cabo de algún tiempo, Feliciano, visto que Andrés no iba a caballo, pensó que, acaso, se paseara a pie por el Salón, y le dijo a su padre que tenía deseos de andar.

A las tres o cuatro vueltas por el Salón y la avenida lateral, convenciéndose de la ausencia de Andrés.

Un joven inglés, recomendado a don Jerónimo, acercóse a saludarla y dió principio a una de esas fastidiosas conversaciones que sólo los habitantes de la Gran Bretaña tienen humor para seguir, con los más absurdos silbidos y entonaciones, a través de una lengua que no saben.

Feliciana, que entendía muy de corrido *El vicario de Wakefield*, acudía en socorro del joven insular con amabilidad encantadora,

prodigándole las más dulces sonrisas a sus horribles graznidos. En el teatro del Circo, adonde fueron después, le explicó la función y le fué nombrando a los ocupantes de los palcos... Y Andrés sin venir aún.

De vuelta en la casa, le dijo a su padre:
—Hoy no hemos visto a Andrés.

—Es verdad—dijo don Jerónimo—; voy a enviar un recado a su casa. Debe de estar enfermo.

El doméstico regresó al cabo de media hora y dijo:

—Don Andrés de Salcedo no ha aparecido por su casa desde ayer.





UN ARGOS DE MIL OJOS

VI

El día siguiente transcurrió sin que se tuvieran noticias de Andrés. Fueron a casa de todos sus amigos. Nadie le había visto desde hacía dos días.

Aquello comenzaba a parecer extraño. Pensóse en la posibilidad de un viaje imprevisto para asuntos de importancia. Los domésticos, interrogados por don Jerónimo, repusieron que su joven señor había salido la antevíspera, tras de comer como de costumbre y sin hacer preparativo alguno, y sin decir nada que hiciera pensar en una partida. Iba vestido con levita negra, chaleco amari-

llo de piqué inglés y pantalón blanco, como para pasear por el Prado.

Don Jerónimo, sumamente perplejo, dijo que era menester entrar en el cuarto de Andrés, por si se había dejado, sobre algún mueble, una carta que explicara su desaparición.

En el cuarto de Andrés no había más papeles que los de fumar.

¿Cómo explicarse aquella incomprensible ausencia? ¿Por un suicidio?

Andrés carecía de pesadumbres amorosas y de apuros metálicos, ya que estaba para casarse con la que amaba y puesto que disponía de cien mil reales de renta, perfectamente asegurados. Además, ¿cómo ahogarse en el Manzanares, durante el mes de junio, a menos de abrir allí un pozo?

¿Por una emboscada?

Andrés carecía de enemigos o, al menos, no se le conocían.

Su natural apacible y su moderación excluían la idea de una muerte en desafío o riña; de ocurrir así, hubiérase sabido inmediatamente, y, vivo o muerto, Andrés hubiera sido llevado a su casa.

En todo esto había algo misterioso que sólo a la policía le era dado esclarecer.

Don Jerónimo, con la ingenuidad de las

personas honradas, creía en la infalible y omnisciente condición de la policía y, como consecuencia, a ella recurrió.

La policía, personificada en el alcalde de barrio, calóse las gafas, consultó sus registros, sin que encontrara nada en ellos, a partir de la tarde de la desaparición, que pudiera referirse a Andrés. La noche había sido de las más tranquilas en la muy noble y muy heroica villa de Madrid: salvo algunos robos con fractura o escalo, tal cual zipizape en lugares de mal vivir y alguna que otra pelotera entre borrachos en los tabernáculos, todo se había deslizado como una seda.

—Hay, además—dijo el grave funcionario antes de cerrar su libro—un caso de tentativa de homicidio por los alrededores de la plaza del Avapiés.

—¡Oh, caballero!—repuso don Jerónimo completamente alarmado ya—, ¿puede proporcionarme algunos detalles?

—¿Cómo iba vestido don Andrés Salcedo cuando por última vez salió de su casa?—preguntó el policía con aire de profunda reflexión.

—Con una levita negra—repuso don Jerónimo lleno de ansiedad.

—¿Podría usted afirmar—prosiguió el alcalde— que la levita fuese negra precisa-

mente, y no azulada, verde bronce, color chocolate o café, por ejemplo? Esto del matiz es importantísimo.

—Era negra, estoy seguro de ello, lo juraría por mi honor. Sí, ante Dios y ante los hombres puedo afirmar que la levita de mi futuro yerno era de ese color... de buen tono, como dice mi hija Feliciana.

—Las respuestas de usted ponen de manifiesto lo esmerado de su educación—añadió el funcionario a modo de paréntesis—. Así, pues, está usted seguro de que la levita era negra.

—Sí, dignísimo funcionario, negra; tal es mi convicción, y por nada del mundo he de cambiarla.

—La víctima vestía una chaqueta o marsellés, como le dicen, color tabaco. En rigor, de noche, una levita negra podría confundirse con una chaqueta oscura—decíase el alcalde como si se consultara a sí mismo—. Don Jerónimo, ¿llegaría su memoria hasta el punto de recordar el chaleco que llevaba don Andrés el día en cuestión?

—Un chaleco amarillo de piqué inglés.

—El del herido era azul con botones afiligranados; el amarillo y el azul no se parecen mucho; la discordancia en esto es grande. ¿Quiere usted hacerme el favor, caballero, de decirme cómo era el pantalón?

—Blanco, caballero; de cutí de hilo, ajustado a las botas por unas trabillas. Conozco estos detalles por el ayuda de cámara de Andrés, que le ayudó a arreglarse el día fatal.

—Pues, según el sumario, llevaba pantalón ancho de paño gris y zapatos blancos de becerro, que no es lo mismo. Semejante indumentaria es la de un majo, la de un lechuguino de la clase popular, que habrá recibido ese mal golpe tras de alguna riña en honor de una doncella de poco más o menos. Con toda la buena voluntad del mundo no nos sería posible reconocer a don Andrés en ese personaje. He aquí, por otra parte, las señas del herido, cuidadosamente extractadas por el sereno: rostro ovalado, barbilla redonda, frente ordinaria, nariz mediana, sin rasgos particulares. ¿Reconoce usted en este retrato al señor de Salcedo?

—De ninguna manera—repuso convencidamente don Jerónimo... —Mas ¿cómo lograremos hallar a don Andrés?...

—No se inquiete; la policía no pierde de vista a los ciudadanos; ella lo ve todo, lo oye todo, se encuentra en todas partes; no se le escapa nada; Argos no tenía más que cien ojos; ella tiene mil que por nada del mundo se cierran. Daremos con don Andrés aunque se oculte en lo profundo de los in-

fiernos. Voy a poner en campaña a dos agentes, Argamasilla y Cavachuelo, los sabuesos más finos que hayan existido jamás, y a las veinticuatro horas sabremos a qué atenernos.

Don Jerónimo le dió las gracias, saludó y salió lleno de confianza. De vuelta en su casa, contóle la conversación sostenida con la policía a su hija, que ni por un momento tuvo la idea de que el manolo herido en la calle del Povar fuese su novio.

Feliciano lloraba la pérdida de su galán con la continencia propia en una señorita bien educada, pues no estaría bien que una muchacha aparentara echar de menos con excesiva viveza a un novio. De vez en vez, llevábase a los ojos el pañuelo, ribeteado de encajes, para enjugar una lágrima que, a duras penas, asomaba a sus párpados. Los abandonados dúos veíanse tirados sobre el cerrado piano: signo éste de gran postración moral en Feliciano. Don Jerónimo aguardaba con impaciencia a que transcurriesen las veinticuatro horas para ver la triunfante indagación de Covachuelo y Argamasilla.

Los dos agudos policías fueron primeramente a casa de Andrés e hicieron hablar hábilmente a los criados sobre las costumbres de su señor. De este modo se enteraron de que

don Andrés tomaba chocolate por la mañana, dormía la siesta al mediodía, vestíase hacia las tres, iba a casa de doña Feliciana Vázquez de los Ríos, comía a las seis y recogíase, para acostarse, hacia la media noche, tras el paseo o el espectáculo, lo que hizo reflexionar profundamente a los dos agentes. Se enteraron asimismo que, al salir de su casa, Andrés había descendido por la calle de Alcalá hasta la de Peligros: este precioso detalle se lo proporcionó un mozo de cuerda que se situaba habitualmente ante la puerta.

Dirigiéronse a la calle de Peligros, y lograron saber que el señor Salcedo había pasado por allí la antevíspera, efectivamente, a las seis y minutos; claras presunciones podían hacer sospechar que había seguido su camino por la calle de la Cruz.

Conseguido tan importante dato y fatigados por la violenta contención espiritual que para conseguirlo les fué necesaria, penetraron en una *ermita*, que es como en Madrid se llama a las tabernas, y pusieron a jugar a las cartas, apurando una botella de manzanilla. La partida duró hasta por la mañana.

Tras un breve sueño, reanudaron sus investigaciones, y consiguieron rehacer el camino seguido por Salcedo hasta los alrededores del Rastro; aquí perdieron la pista; nadie

acertaba a darles noticias de aquel joven con levita negra, chaleco de piqué amarillo y pantalones blancos. ¡Evaporación completa! Todos le habían visto ir; pero ninguno volver... No sabían qué pensar. Sin embargo, no era posible que hubieran escamoteado a Andrés en pleno día y en uno de los más populosos barrios madrileños; a menos que una trampa se abriera bajo sus pies y se cerrara al punto, no había modo de explicarse una semejante desaparición.

Vagaron largo tiempo por los alrededores del Rastro e interrogaron a algunos tenderos; pero con resultado negativo. Incluso estuvieron en la tienda donde Andrés se disfrazara; pero como los recibió la mujer y el que vendió el traje fué el marido, aquélla no pudo proporcionarles ningún dato; es más, como no comprendiera las ambiguas preguntas que le hicieron, y como le pareciera mala la catadura de entrambos, hasta los tomó por ladrones, aunque fuesen lo contrario precisamente, y les dió, muy malhumorada, con la puerta en las narices, y no sin cerciorarse de que nada se habían llevado.

Tal fué lo que dió de sí la jornada. Don Jerónimo fué de nuevo en busca de la policía, y se le dijo muy gravemente que se estaba sobre la pista de los culpables; pero que

era preciso no comprometerse por exceso de precipitación. El buen hombre, maravillado, repitió la respuesta políciaca a Feliciano, que elevó los ojos al cielo, lanzó un suspiro y no creyó excederse en tales circunstancias exclamando: «¡Pobre Andrés!»

Un hecho extraño vino a complicar aquel tenebroso asunto. Un *golfo* como de quince años llevó a casa de Andrés un paquete bastante abultado, retirándose inmediatamente tras de lanzar esta frase: «Para entregárselo al señor Salcedo.» Aquella frase, tan sencilla en las apariencias, se tuvo por infernal ironía cuando se abrió el paquete.

¿Adivinan lo que había en él? La levita negra, el chaleco de piqué amarillo, el pantalón blanco del infortunado Andrés y sus preciosas botas de tafílete rojo y charolada caña. Y llevaron el sarcasmo hasta el punto de enrollar, superpuestos y con sumo cuidado, sus guantes de París.

Ante este suceso extraño y sin ejemplo en los anales de la criminalidad, Argamasilla y Covachuelo, en su estupor, quedáronse de una pieza: el uno elevó los brazos al cielo, dejándolos caer el otro, con laxo gesto y descorazonado talante, a lo largo de las piernas; el primero dijo: ¡*O tempora!*; y el segundo: ¡*O mores!*

Y nadie se asombre de oír hablar latín a dos alguaciles: Argamasilla había estudiado Teología, y Covachuelo, Derecho; pero la desgracia los había perseguido. ¿Quién se ve libre de ella?

Enviar las prendas de la víctima a su domicilio, envueltas y atadas con excesivo esmero, ¿no era un refinamiento de rara perversidad? Unir la burla al crimen, ¡qué lindo tema para el discurso del fiscal!

El examen de las prendas enviadas dejó, no obstante, más perplejos a los dignos agentes.

El paño de la levita aparecía completamente intacto; ningún agujero, triangular o redondo, denunciador del paso de una cuchilla o de una bala, veíase en él. Acaso murió estrangulada la víctima. En tal supuesto, debió haber lucha; el chaleco y el pantalón no estarían tan impecables y sí ajados, retorcidos, desgarrados, pues no se podía suponer que Andrés de Salcedo se desnudara por sí mismo y cuidadosamente antes de la perpetración del crimen, para entregarse completamente en cueros, y conservar las ropas de este modo, al puñal de los asesinos, ¡hubiera sido una idiotez!

Verdaderamente, había motivos con todo aquello para que se estrellaran cabezas más

firmes que las de Covachuelo y Argamasilla.

Covachuelo, que era, de los dos, el de más sentido lógico, tras de permanecer durante un cuarto de hora con la cabeza entre las manos, para evitar que lo intenso de la meditación pusiera en trance de estallar a su pensadora frente, expuso esta idea magnífica:

—Si don Andrés de Salcedo no está muerto, está vivo; pues sólo de estas dos maneras puede existir el hombre: yo, al menos, no conozco otra.

Argamasilla, a modo de adhesión, hizo un movimiento con la cabeza.

—Si vive, de lo que estoy persuadido, no debe ir por ahí sin vestimenta, *more ferarum*. Al salir de su casa no llevaba ningún paquete, y, como su traje está aquí, debe haber comprado otro necesariamente, pues no es supponible que, en una civilización tan avanzada como la nuestra, un hombre se contente con el traje de Adán.

A Argamasilla se le salían los ojos de las órbitas: tal era de profunda la atención con que escuchaba el razonamiento de Covachuelo.

—No creo que don Andrés tuviese preparada de antemano la indumentaria que había de servirle más tarde en la casa del barrio en donde sus huellas desaparecen para nosotros;

las prendas en cuestión debe haberlas comprado en casa de cualquier prendero, enviando después las que llevaba puestas a su domicilio.

—Eres un genio, un dios —dijo Argamasilla estrechando cordialmente a Covachuelo—; permíteme que te abrace; a partir de hoy no me mires ya como a tu amigo, sino como a tu siervo, a tu perro, a tu esclavo. Dispón de mí como quieras, gran hombre, que yo te seguiré a todas partes. ¡Ah! Si fuera justo el gobierno, en lugar de ser un simple agente de policía, serías gobernador de cualquiera de las más importantes ciudades del reino. ¡Pero los gobiernos jamás son justos!

—Vamos a indagar en todas las prenderías y tiendas de ropas hechas; examinaremos los libros de venta, y de este modo nos será dado conocer la nueva indumentaria del señor Salcedo. Si al portero se le hubiera ocurrido la idea de detener o hacer detener al muchacho portador del paquete, hubiéramos sabido por él quién lo enviaba y de dónde venía. Pero las personas que no son del oficio no piensan nada, y nadie podía prever este incidente. En marcha, pues, Argamasilla: vete en busca de los sastres de la calle Mayor, mientras yo me las entiendo con los prenderos del Rastro.

Al cabo de algunas horas los dos amigos

participaban al alcalde el resultado de sus investigaciones.

Argamasilla contó minuciosa y compendiosamente cuanto dieron de sí sus pesquisas. Un individuo, con traje de majo, y muy agitado, al parecer, había adquirido y pagado sin regatear lo más mínimo —signo éste de una gran preocupación moral— un frac y un pantalón negros, en casa de uno de los principales sastres establecidos bajo los porches de la calle Mayor.

Covachuelo dijo que un prendero del Rastro había vendido una chaqueta, un chaleco y una faja de manolo a un hombre con levita negra y pantalón blanco, que, según toda probabilidad, no era otro que el mismísimo don Andrés.

Uno y otro habíanse desnudado en la trastienda, y de ella salieron con sus nuevos trajes, que eran disfraces, sin duda alguna, dada la clase social a que parecían pertenecer los que los llevaban. ¿Con qué objeto, el mismo día y casi a la misma hora, un hombre de mundo se había puesto una chaqueta de majo, y un majo el frac de un hombre de mundo? He aquí lo que la escasa mentalidad de unos agentes subalternos como los pobres Covachuelo y Argamasilla no acertaría a decidir; pero que infaliblemente sería adivinado por

la fina perspicacia del funcionario ante el que tenían el honor de hablar.

Ellos, por su parte, y salvo mejor parecer, pensaban que aquella misteriosa desaparición, que aquella singular coincidencia de trastrueque en los vestidos, que aquellas prendas enviadas a guisa de desafío, que todas aquellas cosas de inexplicable rareza, debían referirse a alguna gran conspiración que tuviera por finalidad poner en el trono a Espartero o al conde de Montemolín. Con aquella engañadora vestimenta habían partido, sin duda, los culpables, para reunirse, en Aragón o Cataluña, a algún núcleo carlista o a alguna guerrilla disuelta, que pretendiera reorganizarse. España se veía sobre un volcán; pero de concedérseles una gratificación, ellos dos, Argamasilla y Covachuelo, se encargaban de extinguir aquel volcán y de impedir que los culpables se reunieran con sus cómplices, comprometiéndose a entregar, en el término de ocho días, la lista de los conjurados y los planes del complot.

El alcalde, tras de escuchar con toda la atención que se merecía aquel notable informe, dijo a los dos agentes:

—¿Saben ustedes algo del camino seguido por esos dos individuos después de su recíproco cambio de traje?

—El majo, vestido de hombre de mundo, se fué a pasear por el salón del Prado, estuvo en el teatro del Circo y tomó un sorbete en el café de la Bolsa —repuso Argamasilla.

—El hombre de mundo, vestido de majo, ha dado varias vueltas por la plaza del Avapiés y calles contiguas, callejeando y atisbando a las manolas en las ventanas; después, se ha bebido un limón granizado, en una horchatería de chufas —declaró Covachuelo.

—Cada uno ha procedido, ¡disimulación profunda!, ¡diabólica habilidad!, con arreglo a su indumentaria —dijo el alcalde—: el uno quería mezclarse al pueblo y sondear los sentimientos de la clase baja; el otro, asegurar a la alta de la simpatía y de la cooperación populares. ¡Pero nosotros estamos aquí ojo avizor! ¡Y les cogemos con las manos en la masa, señores conspiradores, carlistas o ayacuchos, progresistas o retrógrados! ¡Ah! ¡Ah! Argos tenía cien ojos: pero la policía tiene mil siempre abiertos.

Esta frase era el estribillo de aquella digna persona, su caballo de batalla, su Lilla Burello. Antojabásele, y con razón, que reemplazaba muy pomposamente cualquier idea, cuando la idea no se le ocurría.

—Argamasilla y Covachuelo, serán ustedes

gratificados. Pero ¿no saben ustedes qué ha sido de esos dos criminales, pues lo son, después de las idas y venidas a que les han obligado sus funestos proyectos?

—Lo ignoramos, pues como no hemos podido añadir a nuestras anteriores pesquisas más que testimonios oculares y poco detallados, hemos perdido las huellas a partir de la noche.

—¡Diantre! ¡Qué fastidio!—repuso el alcalde.

—¡Oh! ¡Ya lo encontraremos otra vez! —exclamaron los dos amigos con entusiasmo.

Don Jerónimo volvió de nuevo en busca de noticias.

El funcionario lo recibió con demasiada sequedad, y como don Jerónimo Vázquez se confundiera en excusas y demandara perdón por haberse mostrado, sin duda, inoportuno, le dijo:

—No debiera usted interesarse tan ostensiblemente por don Andrés de Salcedo, pues se halla comprometido en una vasta conspiración, cuyas ramificaciones estamos a punto de descubrir.

—¡Andrés conspira! —exclamó don Jerónimo—. ¡Él!

—Él—repuso de manera concluyente el jefe de policía.

—¡Un muchacho tan apacible, tan sosegado, tan alegre, tan inofensivo!

—Fingía esa apacibilidad, así como Bruto remedaba la locura, para ocultar su juego y desviar la atención. Nosotros, viejos zorros, conocemos la artimaña. Lo mejor que pudiera ocurrirle sería que no se le encontrase. Deséelo por él.

El pobre don Jerónimo retiróse corridísimo y muy avergonzado de su escasa perspicacia. Él, que había conocido a Andrés desde niño y que, pequeñuelo aún, lo tuvo en sus rodillas, no sospechaba por nada del mundo que había amparado en su casa a un conspirador de tan peligrosa especie. Aterrorizado, admirábase de la tremenda sagacidad de la policía, que, en tan poco tiempo, supo descubrir un secreto, que nunca sospechó él, que, no obstante, veía diariamente al criminal, y lo desconocía hasta el punto de pretender convertirlo en su yerno.

El asombro de Feliciano llegó al límite cuando supo que había sido cortejada con tanta asiduidad por el jefe de un complot carlista de inmensas ramificaciones. ¡Qué fuerza de alma era necesario que tuviese don Andrés para no dejar transparentar lo más mínimo de sus altas preocupaciones políticas y repetir con tanta flema los dúos de Bellini!

¡Fíense, tras de esto, de los talantes sosegados, de los rostros apacibles, de los ojos serenos, de las bocas sonrientes! ¡Quién hubiese dicho que Andrés, que sólo con las corridas de toros se entusiasmaba y que parecía no tener otra opinión que la de preferir Sevilla a Rodríguez y el Chiclanero a Arjona, ocultaba, bajo su aparente frivolidad, tan vastos pensamientos!

Los dos agentes entregáronse a nuevas pesquisas y descubrieron que el joven herido, y que Militona recogió, era el mismo que había comprado las prendas en el Rastro. La declaración del sereno y la del prendero concordaban perfectamente. Chaqueta, chocolate; chaleco, azul; faja, roja; no era, pues, posible la equivocación.

Semejante circunstancia trastornaba un poco las esperanzas, relativas a la conspiración, de Argamasilla y Covachuelo. La desaparición de Andrés les hubiera convenido más. La cosa tenía el cariz de reducirse a una sencilla intriga amorosa, a una inocente querrela entre rivales, a un puro y simple homicidio, que es lo más insignificante que puede darse en el mundo. Los vecinos habían oído la serenata; todo quedaba explicado.

Covachuelo dijo suspirando:

—Yo no he tenido nunca buena suerte.

Argamasilla, con voz llorosa, repuso:

—Yo he nacido con mala estrella.

¡Pobres amigos! ¡Olfatear una conspiración y verse, de manos a boca, con una despreciable riña seguida solamente de heridas graves! Aquello era desconsolador.

Volvamos a Juancho, a quien hemos abandonado tras de su lucha con Salcedo. Pasada una hora, regresó al teatro de la lucha, cautelosamente, y, lleno de sorpresa, no descubrió el cuerpo de su víctima donde estaba seguro de haberlo visto caer. Su enemigo ¿habíase incorporado, deslizándose más allá, en las convulsiones de la agonía? ¿Fué recogido por los serenos? He aquí lo que ignoraba. ¿Debía él, Juancho, huír o no? Su fuga le denunciaría, y, por otra parte, la idea de alejarse de Militona, dejándola en libertad de acción, no se compaginaba bien con sus celos. La noche era oscura, la calle estaba desierta, nadie los vió. ¿Quién podría denunciarle?

Sin embargo, la riña había durado lo bastante para que su adversario lo reconociese, pues la cara de los toreros, como la de los actores, son conocidas de todos, y si Andrés no había muerto de la cuchillada, como podía suponerse, acaso lo había ya denunciado. Juancho, que, por su espíritu camorrista,

no estaba en muy buenas relaciones con el cuerpo policíaco, corría el riesgo, caso de que lo prendieran, de pasar una larga temporada en las posesiones españolas de África, de Ceuta o de Melilla.

Regresó, pues, a su casa, hizo salir al patio su caballo cordobés, le puso una abigarrada manta sobre los lomos y partió al galope.

Si un pintor hubiese visto pasar por las calles a aquel fornido jinete, apretujando entre sus piernas a aquel hermoso caballo negro, de desmelenadas crines y flameante cola, que arrancaba haces de chispas al desigual empedrado y corría que volaba a lo largo de los blanquecinos muros, trabajosamente seguido por la sombra que se proyectaba en ellos, hubiera conseguido trazar una figura de sin igual efecto; pues aquel desenfrenado galope a través de la silenciosa ciudad, aquel apresuramiento a través de la noche apacible, eran todo un drama; pero los pintores estaban acostados.

Dejados atrás, a poco, el camino de Carabanchel y el puente de Segovia, se lanzó, a carrera abierta, por la sombría hosquedad de los campos.

Hallábase ya a más de cuatro leguas de Madrid, cuando la imagen de Militona ofre-

ciósele a su imaginación tan vivamente, que se sintió sin fuerzas para seguir adelante. Creyó que su navajazo no había sido muy certero y que su rival, posiblemente, sólo tenía una herida ligera, y se lo figuró curado y de rodillas ante la sonriente Militona.

Un frío sudor bañó su frente; apretáronse sus dientes hasta no serle posible separarlos; sus convulsas rodillas estrujaron tan violentamente los flancos del caballo, que el noble bruto, deshechos los ijares y falto de respiración, amainó el paso. Juancho sufría como si le hubiesen hundido en el corazón una aguja hecha ascua.

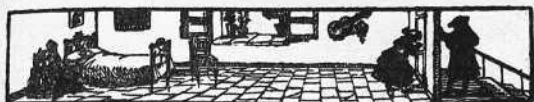
Volvió grupas y penetró nuevamente en la corte como un huracán. A su llegada, su caballo negro estaba blanco de espuma. Acababan de dar las tres de la mañana; Juancho encaminóse a la calle del Povar. La lámpara de Militona relucía aún—casta y temblorosa estrella—en un rincón de la vetusta estancia. El torero quiso derribar la puerta del corredor; pero, a despecho de su prodigiosa fuerza, no pudo conseguirlo. Militona había tenido buen cuidado de colocar las barras por dentro. Juancho volvió a su casa maltrecho, cariacontecido hasta producir lástima y dominado por la más horrible de las incertidumbres, pues había visto, tras las cortinas

del cuarto de ella, dos sombras. ¡Así, pues, se había equivocado de víctima!

Ya en pleno día, el torero, embozado en su capa y con el sombrero metido hasta las cejas, fué a oír las diferentes versiones que corrían, entre aquel vecindario, del acontecimiento de la noche; allí supo que el joven no estaba muerto y que, en la imposibilidad de transportarlo a su domicilio, ocupaba el cuarto de Militona, que lo recogió, acción caritativa por la que las comadres del barrio la elogiaban mucho. No obstante su vigor, el torero sintió que se le doblaban las rodillas y tuvo que apoyarse en la pared. ¡Su rival, en el cuarto y sobre el lecho de Militona! Ni el mismísimo demonio hubiera podido inventar para él una más horrible tortura.

Tomando una suprema resolución, adentróse en la casa y comenzó a subir la escalera con paso torpe y más lúgubrementemente resonante que el de la estatua del Comendador.





VII

LA CABEZA DE MEDUSA

Llegado que hubo al rellano del primer piso, Juancho, vacilante, enloquecido, se detuvo y permaneció como petrificado; tenía miedo de sí mismo y de las terribles cosas que iban a pasar. Un turbión de ideas cruzaron por su mente, en un minuto. ¿Se contentaría con pisotear a su rival y arrancarle el último y aborrecido soplo de su vida? ¿Mataría a Militona y pondría fuego a la casa? Debatíase en un mar de proyectos horribles, insensatos, tumultuosos. En un momento de clarividencia estuvo a punto de descender y hasta había dado ya media vuelta; pero los

celos hundiéronle nuevamente su emponzoñado dardo en el corazón, y reanudó su avance por la ruda escalera.

Seguramente, hubiera sido difícil encontrar una naturaleza más robusta que la de Juancho: un cuello redondo como una columna y macizo como una torre, unía su poderosa testa a sus atléticos hombros; los aceros músculos entrecruzábanse en sus invencibles brazos; su pecho pudiera competir con los marmóreos pectorales de los antiguos gladiadores; a su mano fuérale hacedero arrancar la cornamenta de un toro; y, sin embargo, la violencia del dolor moral abatía toda aquella física fortaleza. El sudor humedecía sus sienes, las piernas se negaban a sostenerle, la sangre irrumpía en su cabeza con enloquecido impulso, sus ojos llameaban. De rato en rato, veíase en la precisión de cogerse a la barandilla para no caer y rodar, como cuerpo inerte, escaleras abajo: tan atroz era el sufrimiento de su alma.

A cada paso repetía, rechinando los dientes como una bestia salvaje:

--¡En su cuarto!... ¡En su cuarto!...

Y, maquinalmente, sacándola de la faja, abría y cerraba su enorme navaja de Albacete.

Llegó, por fin, ante la puerta, y una vez allí, aguantando el resuello, escuchó.

Todo era apacibilidad dentro de la estancia, y Juancho solamente oyó el hervir de su sangre en las venas y los sordos latidos de su corazón.

¿Qué ocurría en aquella silenciosa habitación, tras aquella puerta, débil baluarte que le separaba de su rival? Militona, compasiva y con inquieta ternura, se inclinaba sobre el herido para vigilar su sueño y calmar sus dolores.

—¡Oh!—se dijo—, si hubiera sabido yo que un navajazo en el pecho bastaba para agradarte y enternecerte, no a él, a mí mismo me lo hubiera dado; en la funesta lucha me hubiera dejado herir, de propio intento, para caer moribundo ante tu casa. Pero tú me dejarías retorcerme en el suelo sin socorrer mi agonía. ¡Es claro! ¡Yo no soy un lechuguino de guantes blancos y presuntuosa levita!

Enardecido de nuevo ante aquella idea, llamó violentamente.

Andrés estremeciéndose en el lecho del dolor; Militona, sentada junto a éste, se irguió pálida y como empujada por un resorte; la tía Aldonza se puso livida e hizo el signo de la cruz, besándose el pulgar.

El golpe había sido tan seco, tan fuerte, tan imperativo, que era preciso de todo pun-

to abrir. Con otro parecido a aquél la puerta se vendría abajo.

De semejante modo es como llaman los convidados de piedra, los espectros imposibles de atrapar, todos esos seres ineludibles que se presentan a la hora del desenlace; la venganza con su puñal y la justicia con su espada.

La tía Aldonza abrió el ventanillo y por el cuadrado agujero percibió la cabeza de Juancho.

El semblante de Medusa, descolorido bajo su viperina y verdosa cabellera, no le hubiese producido un más horrible efecto a la pobre anciana; quiso gritar, pero ni el más leve sonido se escapó de su seca garganta y permaneció, rígidas las manos, las pupilas inmóviles, abierta la boca, en la que el grito se había helado, como si se hubiese convertido, en fin, en una estatua.

Cierto, que la cabeza del lidiador, destacándose en aquel marco, no tenía nada de tranquilizadora: una aureola rojiza rodeaba sus ojos; estaba lívido y sus pómulos, exangües, ponían dos manchas blancuzcas en medio de su palidez; sus narices, dilatadas, se estremecían como las de los animales feroces cuando olfatean la presa, y mordíase los labios, inflamados por las mordeduras. Los ce-

los, el furor y la venganza combatían en aquel desencajado semblante.

—Virgen de la Almudena—masculló la anciana—, si nos libras de este peligro te haré una novena y te regalaré una vela rizada con franja de terciopelo.

Andrés, por valeroso que fuese, experimentó ese sentimiento de malestar que hasta los hombres más bravos experimentan cuando se sienten indefensos ante un peligro, y extendió maquinalmente la mano, como si pretendiera apoderarse de un arma.

Viendo que no abrían, Juancho, empujando con el hombro, hizo un esfuerzo; crujieron las maderas, y la pared, en torno de goznes y cerradura, comenzó a desconcharse.

Militona, colocándose delante de Andrés, le dijo a la aterrorizada vieja, con voz tranquila y firme:

—Aldonza, abra; lo quiero así.

Aldonza descorrió el cerrojo, y, pegándose a la pared, atrajo sobre sí la puerta, para guarecerse, como el beluario que lanza un tigre a la arena o el mozo que le abre la puerta del chiquero a un toro de Gaviria o de Colmenar.

Juancho, que esperaba una mayor resistencia, entró lentamente, un poco desconcertado por no haber tenido obstáculos que ven-

cer. Pero al contemplar a Salcedo, tendido en la cama de Militona, toda su cólera reapareció.

Asió el postigo, al que se aferraba con toda su fuerza la tía Aldonza, que creía su último momento llegado, y la cerró a pesar de los esfuerzos que hizo la pobre mujer; luego, apoyando la espalda en la puerta, cruzó los brazos sobre el pecho.

—¡Santo Dios!—musitó la vieja, castañeteando los dientes—, nos va a degollar a los tres. ¿Y si pidiera socorro por la ventana?

Y dió un paso hacia ésta; pero Juancho, adivinando su intención, la cogió por los velos del vestido y, con brusco movimiento, la puso de nuevo junto a la pared, con un trozo menos de falda.

—¡Bruja, no pretendas gritar, o te retuerzo el cuello como a un pollo y te obligo a entregar tu alma al diablo! No te interpongas entre mí y el objeto de mi cólera, o te aplastaré en el camino.

Y diciendo esto, señalaba a Andrés, pálido y alicaído, que pretendía despegar la cabeza de la almohada.

La situación era horrible; la escena transcurrió sin ruido alguno que pudiese alarmar a los vecinos. Además, los vecinos, paralizados por el terror que inspiraba Juancho, an-

tes de ocurrírseles intervenir en semejante asunto, se hubieran apresurado a encerrarse en sus respectivas habitaciones; ir en busca de los polizontes o de la fuerza armada, era cosa que exigía mucho tiempo y el estar de acuerdo con alguien de fuera, pues no había ni que pensar siquiera en escaparse de aquella fatal habitación.

De manera que el pobre Andrés, herido de un navajazo, debilitado por la pérdida de sangre, desprovisto de armas y sin fuerzas para manejarlas, caso de tenerlas, impedido por las vendas y las mantas, hallábase a merced de un energúmeno, borracho de celos y de rabia, y sin medio humano alguno que pudiera defenderle, y todo porque había mirado el lindo perfil de una manola en la plaza de toros. Es de presumir que en aquel momento Andrés echaba de menos el piano, el te y las prosaicas costumbres de la civilización. A pesar de todo, dirigió una suplicante mirada a Militona, como para rogarle que desistiera de una lucha inútil, y la encontró tan espléndidamente hermosa en la palidez de su espanto, que no sintió resquemor alguno de haberla conocido, bien que fuera a semejante precio.

Estaba de pie allí, una mano sobre el borde de la cama, que parecía dispuesta a defen-

der, y la otra extendida hacia la puerta con gesto de suprema majestad.

— ¿A qué viene aquí, homicida?— le dijo a Juancho con voz vibrante—; ¿donde piensa descubrir a un amante no hay más que un herido! Retírese inmediatamente. ¿No teme que la herida sangre en su presencia? ¿No le basta con matar? ¿Necesita aún *asesinar*?

Y acentuó esta palabra de tan singular manera y la acompañó de una tan profunda mirada, que Juancho se turbó, enrojeció, palideció, y su semblante, de furioso, trocóse en inquieto. Tras de un silencio, dijo con voz entrecortada:

— ¡Júrame por las reliquias del Monte Sagrado y por la Virgen del Pilar; por tu padre, que fué un héroe; por tu madre, que fué una santa, que no amas a ese joven, y me retiro inmediatamente!

Andrés aguardó con ansiedad la respuesta de Militona.

Militona nada dijo.

Sus largas y negras pestañas abatiéronse sobre sus mejillas, coloreadas por imperceptible rubor.

Aunque aquel silencio pudiera considerarse como su sentencia de muerte, Andrés, que había aguardado la respuesta de Militona con

ansiedad, sintióse inundado el pecho por una satisfacción inefable.

— Si no quieres jurar—prosiguió Juancho—afirmamelo sencillamente. Te creeré; tú no has mentido nunca; pero no dices nada y es preciso que le mate... — Y avanzó hacia el lecho con la navaja abierta...—¡Tú le amas!

— Pues bien, sí—exclamó la muchacha con resplandecientes ojos y temblándole la voz de sublime cólera—. Si ha de morir por mi causa, que sepa, al menos, que le he amado; que le acompañe a la tumba este consuelo, que será su recompensa y tu suplicio.

Juancho, de un salto, se puso junto a Militona y la cogió vivamente por el brazo.

— No repitas lo que acabo de oírte, o no respondo ya de mí y te arrojó, con el corazón atravesado por mi navaja, sobre el cuerpo de tu preferido.

— ¿Qué me importa? — dijo la valerosa niña —. ¿Crees que viviré si él muere?

Andrés, tras un supremo esfuerzo, pretendió incorporarse y quiso gritar; una espuma sanguinolenta asomó a sus labios: su herida se había abierto otra vez y cayó desvanecido sobre la almohada.

— Si no sales de aquí—dijo Militona al ver a Andrés en aquel estado—creeré que eres un vil, un infame y un cobarde; creeré que tú

pudiste salvar a Domínguez cuando el toro se abalanzó a su pecho, y si no lo hiciste fué porque te sentías envidioso.

— ¡Militona! ¡Militona! Usted puede odiarme, aunque mujer alguna ha sido amada por un hombre como usted por mí; pero no puede menospreciarme. ¡Nada podía salvar a Domínguez de la muerte!

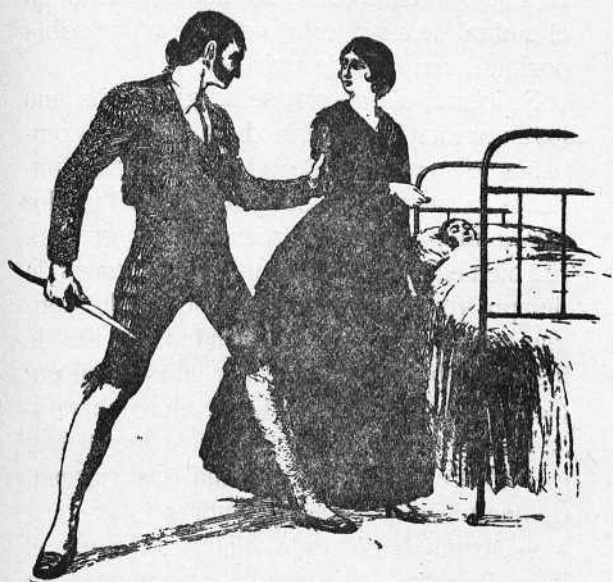
— Si no quiere que le tenga por asesino, retírese en seguida.

— ¡Sí, aguardaré a que se cure—repuso Juancho con acento sombrío—; cuídele bien!.. He jurado que, mientras yo viva, usted no será de nadie.

Durante aquella disputa, la vieja, entreabriendo la puerta, extendió la alarma entre los vecinos y requirió la ayuda de la fuerza pública. Cinco o seis hombres se arrojaron sobre el torero, que salió de la habitación con un racimo de muchachos a la zaga; pero él se los sacudió, arrojándoles contra las paredes, como hace el toro con los perros, sin que ninguno pueda morder ni detenerlo.

Luego se hundió con tranquilo paso por el dédalo de calles que rodean la plaza del Avapiés.

Aquella escena agravó el estado de Andrés, que fué presa de una violenta fiebre y deliró noche y día hasta el siguiente. Milito-



na le veló con la más delicada y amorosa de las solicitudes.

En el entretanto, Argamasilla y Covachuelo, como ya hemos dicho, con sus industrio-

sas pesquisas consiguieron descubrir que el manolo herido en la calle del Povar no era otro que el señor de Salcedo, y el alcalde de barrio le escribió a don Jerónimo participándole que el joven por quien se interesaba fué hallado en casa de una manola del Avapiés que lo había recogido medio muerto en el umbral de su puerta, vestido, no se sabía por qué, con traje de majo.

Feliciana, al saberlo, se preguntó si a una joven prometida le sería dado ver, en compañía de su padre o de algún respetable pariente, a su novio, peligrosamente herido. ¿No tendría nada de particular que una señorita bien educada viera a un hombre, antes de tiempo, en un lecho? Aquel espectáculo, aunque santificado por la enfermedad, ¿no era de los que deben negarse a ver una virgen púdica? Pero ¿y si Andrés, creyéndose abandonado, se moría de pena? Sería cosa muy triste.

— Padre mío— dijo Feliciana—, es necesario que visitemos al pobre Andrés.

— De muy buen grado, hija mía— repuso el buen hombre—. Yo iba a proponerte eso mismo.



VIII

EN PLENO IDILIO

Gracias a su fuerte constitución y a los desvelos de Militona, Andrés se halló a vuelta de poco en vías de curación; pudo hablar y sentarse un poco en el lecho; el sentimiento de su situación ofreciósele de nuevo y se le antojó demasiado embarazante.

Presumía que su desaparición debía tener a Feliciano, a don Jerónimo y a sus demás amigos hundidos en una inquietud que él, aunque reprochándoselo, no hacía por calmar; sin embargo, no se cuidaba apenas de hacerle saber a su novia que se hallaba en la habitación de una muchacha bonita por cau-

sa de la cual había recibido un navajazo. Semejante confesión era difícil de hacer, y, no obstante, no había medio de eludirla.

La aventura tomó proporciones muy diferentes a las que quiso darle en un principio; no se trataba ya de una intriga baladí, y sin consecuencias, con una muchacha. La abnegación y el empuje de Militona placíanle fuera de medida. ¿Qué diría la joven cuando supiese que se hallaba en relaciones con otra? La cólera de Feliciano le importaba menos al joven herido que el dolor de Militona. Tratábase, para la una, de una *impertinencia*, en tanto que para la otra constituía una desesperación.

Aquella confesión amorosa tan noblemente lanzada frente a un peligro supremo, ¿podía tener un recompensa tal? ¿No era de todo punto necesario que, de allí en adelante, protegiese a la joven de la furia de Juancho, que podría volver otra vez a la carga con sus violencias?

Andrés se hacía estos razonamientos y muchos otros, y, reflexionando, contemplaba a Militona, sentada junto a la ventana con una labor entre manos, pues, pasada la turbación de los primeros momentos, entregóse nuevamente a su vida laboriosa.

Una tibia y pura luz la envolvía cariciosa-

mente, deslizándose con azulinos cabrilleos por su magnífica cabellera, trenzada sobre la nuca; junto a la sien, un clavel ponía entre el ébano su roja llamarada. De aquel modo estaba encantadora. Un trozo de cielo azul, en el que se recortaba la maceta de albahaca, sin su compañera, lanzada a la calle el día de la esquelita, servía de fondo a su delicioso semblante.

El grillo y la codorniz lanzaban su nota alternativamente, y una suave brisa, perfumándose en la olorosa maceta, difundía por la habitación un exquisito y vago aroma.

Aquel interior de blancas paredes, con algunos grabados populares de tosca coloración, iluminado por la presencia de Militona, tenía un encanto que impresionaba a Andrés. Aquella casta indigencia, aquella desnudez virginal, placían al alma; la sencilla y orgullosa pobreza tiene su poesía también. ¡Es tan poco lo que se necesita realmente para la vida de un ser encantador!

Al comparar aquella sencillísima estancia con la pretenciosa y de mal gusto de Felicianna, antojáronsele a Andrés el reloj, las cortinas, las estatuítas y los perritos de cristal labrado de su novia más ridículos aún.

Un argentino repiqueteo se oyó en la calle.

Eran las cabras de la leche que pasaban agitando sus campanillas.

— Ya está ahí mi desayuno—dijo alegremente Militona colocandó su labor sobre la mesa—; es preciso que baje para tomarlo al pasar; hoy voy a tomar una vasija más grande, puesto que somos dos y ya que el médico le ha permitido comer algo.

— Usted no tendrá en mí, por lo menos, un convidado difícil de alimentar—repuso Andrés sonriendo.

— ¡Bah!, el apetito se despierta comiendo cuando el pan es blanco y la leche pura, y mi abastecedor no me engaña.

Y dichas estas palabras, desapareció tarareando por lo bajito una vieja copla. Al cabo de algunos minutos, reapareció, arrebolado el rostro, jadeante la respiración de haber subido muy aprisa los escalones de la empinada escalera, y sosteniendo en la palma de la mano el vaso lleno de espumosa leche.

— Me parece que no le he abandonado por mucho tiempo. Son ochenta escalones los que hay que bajar y, sobre todo, que subir.

— Es usted ágil y pronta como un pájaro. Hace poco esa sombría escalera debía parecerse a la escala de Jacob.

— ¿Por qué?—preguntó Militona con la

más completa inocencia y sin sospechar que se le preparaba un piropo.

— Pues porque por ella descendía un ángel—repuso Andrés, llevándose a la boca una de las manos de Militona, que acababa de dividir la leche en dos porciones.

— Vamos, adulador, coma y beba lo que se le antoje; aunque me llamase usted arcángel no por eso aumentaría su ración.

Y le ofreció una taza obscura, medio rebozante, con un trozo de ese delicioso pan mate y apretado, de una blancura deslumbrante, propio de España.

— Su alimentación es insuficiente, amigo mío; mas, y puesto que usted se ha colocado un traje de hijo del pueblo, necesario será que se contente con comer lo mismo que ellos acostumbran; de ese modo aprenderá a disfrazarse.

Y al decir esto, soplaba la ligera espuma que coronaba su tazón y sorbía lentamente. Una blanca y linda señal por encima del labio superior descubría el sitio hasta donde había llegado la leche.

— A propósito — dijo Militona —: dígame ahora, puesto que puede hablar, por qué le vi en la plaza de toros, embutido en una preciosa levita, vestido a la última moda de París, y con traje de manolo después delante de

mi puerta. ¿Cuándo estaba disfrazado, la primera o la segunda vez? Aunque no estoy muy al tanto de las costumbres de la alta sociedad, me parece que su primera indumentaria era la verdadera. La pequeñez y blancura de sus manos, que no han trabajado nunca, lo probarían.

— Está usted en lo firme, Militona; el ansia de verla nuevamente y el temor de atraer sobre usted algún peligro, me obligaron a colocarme esa chaqueta, esa faja y ese sombrero; mi indumentaria habitual me hubiera hecho demasiado visible en este barrio. Con la otra, era uno entre tantos, y podía pasar inadvertido para todas las miradas, menos para la de los celos.

— Y para la del amor—añadió Militona ruborizándose—. Su disfraz no consiguió engañarme por un momento siquiera; pensaba yo que la frase que le dije en la plaza le detendría; lo deseaba así porque preveía lo que no ha dejado de suceder y, no obstante, me hubiera disgustado una obediencia excesiva.

—¿Me permite que le haga unas cuantas preguntas acerca de ese terrible Juancho?

—¿No le he dicho ya, bajo la amenaza de su navaja, que le quería a usted? ¿No he respondido así, de antemano, a todo?—replicó la joven, volviendo hacia Andrés sus ojos

iluminados por la inocencia, su frente radiosa de sinceridad.

Cuantas dudas acertaron a surgir en su espíritu, relativas a los vínculos que pudieran unir al torero con la muchacha, se desvanecieron como vana humareda.

—Por lo demás, si ello puede agradarle, le contaré mi historia y la de él en cuatro palabras. Comencemos por mí. Mi padre, humilde soldado, fué muerto durante la guerra civil, combatiendo como un héroe en pro de la causa que creía más justa. Sus hazañosos hechos hubieran sido cantados por los poetas, si en lugar de tener por escenario cualquier angosto desfiladero en una sierra de Aragón, se realizan en encopetado campo de batalla. Mi digna madre no pudo sobrevivir a la pérdida del esposo amado; así es que me hallé huérfana a los trece años, sin más parientes en el mundo que Aldonza, pobre por su parte, y que no podía prestarme gran ayuda.

Sin embargo, como mis exigencias son pocas, he vivido de mi trabajo manual, bajo este clemente cielo de mi España, que alimenta a sus hijos con sol y con luz; mis mayores gastos consistían en asistir los lunes a las corridas de toros, pues nosotros, que no disponemos, como las señoritas de la alta so-

ciudad, de lecturas, de pianos, de teatros ni de reuniones, gustamos de ese sencillo y grandioso espectáculo, en el que el valor del hombre se sobrepone a la ciega acometividad del bruto. En la plaza, Juancho me vió y concibió por mí un cariño insensato, una pasión frenética. A pesar de su varonil belleza, de sus fulgurantes trajes, de sus hazañas sobrenaturales, nunca me inspiró nada. Cuanto hacía, aunque hubiera debido comoverme, aumentaba mi aversión por él.

Pero era tal su adoración por mí, que, con frecuencia, me tenía por ingrata al no corresponderle; mas el amor es independiente de nuestra voluntad: Dios nos lo envía cuando a Él se le antoja. En vista de que no le amaba, Juancho fué presa de la desconfianza y de los celos, me agobió, asediándome; me vigiló, me espío y buscó por doquiera imaginarios rivales. Tuve que andar alerta con mis ojos y mi boca; una mirada, una palabra, se convertían, para Juancho, en pretextos para armar horribles camorras; hacía el vacío a mi alrededor y me rodeaba de un círculo espantoso que, a vuelta de poco, nadie se atrevía a franquear.

—Y que yo, así lo espero, he roto para siempre, pues no supongo que Juancho vuelva por ahora.

—En seguida, al menos, ya que debe ocultarse para evitar las persecuciones, hasta que usted se halle curado. Pero, a todo esto, ¿quién es usted? Me parece que ya es hora de preguntarlo, ¿no le parece?

—Me llamo Andrés de Salcedo; mi fortuna me permite vivir dignamente, y no tengo a nadie en este mundo.

—¿Y no tiene usted una novia hermosa, alhajada y rica? —dijo Militona con curiosa inquietud.

Andrés hubiera querido no mentir, mas la verdad no era para dicha fácilmente; su respuesta fué vaga.

Militona no quiso insistir, pero se puso un poco pálida, y se quedó pensativa.

—¿Podría proporcionarme una pluma y un trozo de papel? Quisiera escribir a algunos amigos, que deben estar inquietos por mi desaparición, para tranquilizarlos.

La joven acabó por hallar en el fondo de su cajón una vieja hoja de papel de carta, una pluma torcida y un tintero, en el que la tinta, cuajada ya, formaba como una brillante costra.

Algunas gotas de agua devolvieron a la negra mixtura su primitiva fluidez, y Andrés, gracias a ello, pudo garrapatear sobre las rodillas la esquila siguiente, dirigida a don Jerónimo Vázquez de los Ríos.

«Mi futuro suegro:

No le intranquilece mi desaparición; un accidente que no tendrá graves resultas me retiene, por algún tiempo, en la casa donde me han recogido. Aguardo, dentro de algunos días, poder poner mis respetos a los pies de doña Feliciana.

Andrés de Salcedo.»

Aquella carta, un si es no es maquiavélica, no decía la dirección de la casa, ni precisaba nada, dejando al que la había escrito con libertad bastante para darle a la aventura el sesgo que le conviniera; su misión se reducía a calmar los temores del buen hombre y de doña Feliciana, y a hacerle ganar tiempo a Andrés, ignorante de que don Jerónimo, gracias a la sagacidad de Argamasilla y Covachuelo, estuviese tan al tanto de la cosa.

La tía Aldonza llevó la misiva al correo, y Andrés, tranquilo por aquel lado, se abandonó a las poéticas y suaves sensaciones que le inspiraba aquel humilde cuarto, engrandecido por la presencia de Militona.

Experimentaba esa alegría inmensa y pura del amor verdadero, que no es resultante de una convención social, en la que para nada entran los halagos del amor propio, el orgullo de la conquista y las quimeras de la ima-

ginación; de ese amor que nace del dichoso entronque de la juventud, de la belleza y de la inocencia: ¡sublime trinidad!

La brusca confesión de Militona, en sentir de los refinados que prueban el amor a sorbitos, como un sorbete, y aguardan a que se derrita para mejor saborearlo, debió privar a Andrés, con su indómito exteriorizarse, de muchos matices y encantadoras gradaciones. Una mujer de mundo hubiera tardado seis meses en lanzar aquella palabra; pero Militona no era una mujer de mundo.

Don Jerónimo, al recibir la carta de Andrés, se la entregó a su hija, diciéndole con jubiloso talante:

—Toma, Feliciana, una carta de tu novio.



IX

LA MAJA Y LA SEÑORITA

Feliciana cogió con gesto asaz desdeñoso el papel que su padre le ofrecía y, haciendo observar que no estaba satinado, dijo:

—¡Una carta sin sobre y cerrada con una oblea! ¡Qué falta de *savoir vivre*! Lo apurado de la situación exige que se le perdone, en parte. ¡Pobre Andrés! ¡cómo! ¡ni siquiera un pliego de papel de cartas *Victoria*! ¡ni siquiera un sello de lacre de *Alcroft Regents'-quadrant*! ¡Qué desgraciado debe de ser! ¿Puede tenerse idea de una hoja de cebolla semejante, sir Edwards?—añadió, entregándole la carta, una vez leída, al joven *gentleman* del

Prado, asiduo concurrente de la casa desde la desaparición de Andrés.

—¡Oh!—cloqueó trabajosamente el simpático isleño—, los salvajes en Australia lo hacen mejor; eso pertenece a la infancia de la industria; en Londres no querían ese papelucho ni para envolver las bujías de sebo.

—Hable inglés, sir Edwards—dijo Felician—; ya sabe usted que entiendo esa lengua.

—No; prefiero perfeccionarme en el español, que es la lengua de usted.

Aquella galantería hizo sonreír a Felician. Sir Edwards le placía bastante, pues realizaba mucho mejor que Andrés su ideal de comodidades y elegancias. Era, si no el más fino, el más civilizado de los hombres al menos. Cuanto llevaba estaba fabricado según los más recientes y perfeccionados procedimientos. Cada una de sus prendas de vestir, dechado de perfecciones, era de una tela patentada e impenetrable por el agua y el calor. Tenía cortaplumas que eran, a la vez, navajas de afeitar, sacacorchos, cucharas, tenedores y vasos; eslabones en combinación con bujías, tinteros y sellos, de toda suerte, para sellar y lacrar; bastones de los que podían hacerse una silla, un quitasol, un soporte para una tienda de campaña y hasta una cama, en caso de necesidad, y mil otras in-

venciones por el estilo, encerradas en innumerable cantidad de cajas con compartimientos que trasiegan, del uno al otro confín del mundo, los hijos de la pérfida Albión, los hombres de mundo que necesitan para vivir de toda clase de utensilios.

De serle dado contemplar a Feliciano la mesa-tocador del joven inglés, se hubiera quedado pasmada al punto.

De seguro que no se ven, en los estuches reunidos del cirujano, del dentista y del pedicuro, más herramientas de formas alarmantes y extrañas. Andrés, no obstante sus ensayos dentro de la *high-life*, había estado siempre muy lejos de aquella sublimidad.

—Padre mío, si hemos de hacerle una visita a nuestro querido Andrés, sir Edwards debe acompañarnos, para que la cosa resulte más pasadera, pues, aunque yo sea su prometida, la acción de ir a ver a un joven hie-re, o por lo menos lastima, las conveniencias.

—Puesto que yo estaré allí con sir Edwards, ¿qué mal puede haber en ello? —repuso don Jerónimo, que no podía por menos de hallar a su hija un poco mojigata—. Si, por otra parte, no crees pertinente ver a don Andrés en persona, iré solo y te notificaré fielmente lo que haya.

—Es necesario hacer algún sacrificio por los que se aman—repuso Feliciano, a quien no desagradaba la idea de ver las cosas con sus propios ojos.

La señorita Vázquez, por bien educada que estuviese, no era por eso menos mujer, y la idea de que su prometido, por quien, por lo demás, sentía una moderadísima pasión, se encontraba en el domicilio de una manola, con fama de bonita, le inquietaba más de lo que ella hubiera querido confesarse a sí misma. La más seca alma femenina tiene siempre alguna fibra sensible a los pinchazos del amor propio y de los celos.

Sin darse perfecta cuenta, Feliciano se hizo una *toilette* exageradísima y completamente impropia de las circunstancias: presintiendo una lucha, se revistió de pies a cabeza con la más sólida armadura que halló en el arsenal de su ropero, y no es que, en su desdén de burguesa rica, creyese poder ser vencida por una manola, sino que, instintivamente, quería anonadarla con el aparato de su lujo, y tocar a Andrés de amorosa admiración. Escogió un sombrero de gro de Nápoles, color paja, que hacía más desvaído aún el rubio de sus cabellos y su inexpresivo rostro; una manteleta verde manzana con encajes blancos sobre un vestido azul celeste; bo-

tas lilas y guantes de malla negros bordados en azul. Una sombrilla rosa con el borde de encajes y un saquito de mano recargado de bolitas de acero completaban la indumentaria.

Todas las costureras y doncellas del mundo le hubieran dicho: «¡Señorita, está usted a las mil maravillas!»

Así que, cuando se dió la última ojeada ante la movible luna, sonrió con aire satisfechísimo: jamás se había parecido tanto al figurín de un periódico de modas sin suscriptores.

Sir Edwards, que daba el brazo a Feliciano, no iba menos de punta en blanco: su sombrero casi sin borde, su levita de recortados faldones, su chaleco a extraños cuadritos, su cuello de camisa triangular, su corbata de raso *improved Moreen foundation*, hacían digno contraste con las magnificencias que ostentaba la hija de don Jerónimo.

Jamás vióse apareada pareja más acorde; habían nacido el uno para el otro, y se admiraban recíprocamente.

Llegaron a la calle del Povar, no sin un quejarse continuo, por parte de Feliciano, del mal estado de la pavimentación, de la estrechez de las calles, del desagradable aspecto de los edificios, lamentaciones a las que ha-

cía coro el inglés, elogiando las amplias aceras de losas o asfalto, las enormes calles y las correctas construcciones de su ciudad natal.

—¡Cómo! ¿Delante de esta casucha han recogido al señor de Salcedo, disfrazado y herido? ¿Qué podría ocurrírsele hacer en este horrible barrio? —dijo Feliciano con disgustado gesto.

—Estudiar filosóficamente las costumbres del pueblo o probar su habilidad en el manejo de la navaja, así como yo, en Londres, busco camorra en el Temple y en Cheapside, para ejercitarme en los nuevos puñetazos—repuso el joven lord en su jerga hispano-británica.

—Dentro de poco sabremos lo que ha pasado—añadió don Jerónimo.

Los tres personajes se hundieron en el pasillo de la humilde casa tan escarnecida por la soberbia joven, y que, sin embargo, encerraba un tesoro que, con frecuencia, en vano se buscaría en los palacios magníficos.

Feliciano, al penetrar en el pasillo, se recogió su falda cuidadosamente con la mano. De conocer la existencia del *broche Page*, de seguro aprecia, en aquel momento, el mérito de semejante invención.

Una vez ante la escalera, la idea de colocar sobre el lustroso pasamanos su guante de

ideal aspecto la hizo estremecer, y rogó a sir Edwards que le ofreciera de nuevo el apoyo de su brazo.

Con una oficiosa vecina por guía, comenzó la peligrosa ascensión.

Cuando don Jerónimo repuso «gente de paz» al quién vive asustado de la tía Aldonza, siempre sobre ascuas, desde el cipizape que armara Juancho, la puerta se abrió, y Andrés, turbado ya por el timbre de aquella voz conocida, vió entrar, en primer término, a sir Edwards, que iba de avanzada; a don Jerónimo después, y, por último, a Feliciano con su *toilette* inverosímil y despampanante.

Habíase quedado la última, a modo de florón de aquel artificioso fuego de sorpresa, bien por instinto de la gradación de los efectos, bien porque temiese inundar demasiado súbitamente el alma de Andrés de una dicha superior a sus fuerzas, o bien, en fin, porque no creyese oportuno entrar la primera en un cuarto donde había un joven acostado.

Su aparición no produjo el golpe teatral que ella aguardaba. Andrés, no solamente no desvaneci6se, ni aparentó inundarse de la más pura felicidad, ni vertió lágrimas de agradecimiento ante el sobrehumano sacrificio de subir tres pisos, que acababa de hacer, en su honor, una joven tan bien vestida,

sino que, por contra, reflejó en su semblante un demasiado visible sentimiento de contrariedad.

El efecto había fallado en tanto cuanto era posible.

Ante el empaque de aquellas tres personas, Militona se había levantado, ofreciéndole una de sus sillas a don Jerónimo, con la respetuosa deferencia que una joven humilde tiene siempre para un anciano, al par que hacía señas a la tía Aldonza para que le presentara la otra a la señorita Vázquez.

Esta, después de recoger la falda de su mirífico vestido azul celeste, como si temiera ensuciarlo, se dejó caer en la silla de anea, lanzando un suspiro de ahogo y haciéndose aire con el pañuelo.

—¡Qué alto está esto! He llegado a creer que me faltaría la respiración para llegar hasta aquí.

—La señora está muy oprimida, sin duda—dijo Militona con la más perfecta ingenuidad.

Feliciana, que, a pesar de ser enjuta, se apretaba el corsé de lo lindo, contestó con ese tono agridulce que las mujeres saben emplear en parecidas circunstancias:

—Yo no me aprieto nunca.

Decididamente, el asunto se presentaba

mal, y no era la joven de mundo la que llevaba la mejor parte.

Militona, con su negro vestido de seda a la española, sus preciosos brazos al desnudo, su flor a un lado, hacía más ridículos aún el rebuscamiento y el lujoso mal gusto de la *toilette* de Feliciano.

La señora doña Feliciano Vázquez de los Ríos tenía todo el aspecto de una criada inglesa endomingada; Militona, el de una duquesa que quiere conservar el incógnito.

Para reparar su fracaso, la hija de don Jerónimo trató de desconcertar a la manola agobiándola con una mirada de supremo desdén; pero ello fué inútil y acabó por bajar los ojos ante la clara y sencilla mirada de la obrera.

—¿Quién es esta mujer?—se dijo Militona—; ¿la hermana de Andrés? ¡Oh!, no, se le parecería, y no tendría ese aspecto tan insolente.

—¡Qué hay, Andrés!—dijo don Jerónimo con voz afectuosa, aproximándose al lecho; ¡de buena se ha escapado! ¿Cómo se encuentra ahora?

—Bastante bien—repuso Andrés—gracias a los buenos cuidados de esta señorita.

—A la que recompensaremos, como se merece, por sus trabajos—interrumpió Feli-

ciana—, con algún obsequio: un reloj de oro, una sortija o la alhaja que más le guste.

Aquella generosa salida tenía por objeto destronar a la encantadora criatura del pedestal en que su belleza la colocaba.

Militona, ante semejante ataque, adquirió un talante tan naturalmente regio y tuvo una tal fulguración majestuosa, que la señorita Vázquez quedó completamente atónita.

Edwards no pudo por menos que murmurar:—*It is a very pretty girl* (es una lindísima muchacha)—olvidándose de que Felicianita comprendía el inglés.

Andrés repuso secamente:

—Servicios de esa naturaleza no se pagan.

—Oh, sin duda—contestó don Jerónimo—. ¿Quién habla de pagar? Es un sencillo testimonio de gratitud, una prueba de reconocimiento, ni más ni menos.

—Debe usted encontrarse muy mal aquí, querido Andrés—prosiguió la señorita Vázquez tomando nota con los ojos de cuanto faltaba en el humilde aposento.

—El señor ha tenido la bondad de no quejarse—dijo Militona apartándose de junto a la ventana como para dejar el campo libre a la impertinencia de aquella señorita y decirle tácitamente:—Usted se encuentra en mi casa y no puedo hacerla salir, pero trazo una línea

de demarcación entre sus insultos y mi paciencia de huésped.

Feliciana, comenzando a impacientarse por su continencia, golpeaba la punta de su bota con el regatón de marfil de su sombrilla.

Se hizo un momento de silencio.

Don Jerónimo extrajo de su tabaquera un *polvo sevillano*, que llevó a su venerable nariz con gesto de satisfacción que recordaba el buen tiempo ido.

Sir Edwards, para no comprometerse, tomó un aire estúpido, tan perfectamente imitado, que se hubiera podido tomar por verdadero.

La tía Aldonza, los ojos abiertos y el labio caído, admiraba llena de devoción la mareante *toilette* de Feliciana: aquel jaleo de azul celeste, de amarillo, de rosa, de verde manzana, de lila, la hundía en un ingenuo deslumbramiento. Jamás se había visto frente a frente de semejantes esplendores.

En cuanto a Andrés, envolvía en una larga mirada de protección y de amor a Militona, resplandeciente de belleza en el ótro extremo de la habitación, y se asombraba de que se le hubiera alguna vez ocurrido la idea de casarse con Feliciana, a la que apreciaba en su verdadero valor; esto es, como el producto artificial de una maestra y de una modista.

Militona se decía para sus adentros:

— ¡Es singular! Yo, que no he odiado nunca a nadie, desde que esta mujer apareció en mi cuarto he sentido un estremecimiento como si se aproximara un enemigo desconocido. ¿Qué puedo temer? Andrés no la ama, estoy segura de ello, pues lo he leído claramente en sus ojos. Además de no ser bonita, es una fatua. ¿Hubiera venido, si no, emperifollada de ese modo para ver a un herido en una casa humilde? Un vestido azul celeste y una manteleta verde manzana: ¡qué falta de sensibilidad! Detesto a ese palo de escoba... ¿A qué viene por aquí? A cazar nuevamente al novio, pues, sin duda, es una prometida. Andrés no me ha hablado de tal cosa... ¡Oh, si se casara con ella sería yo desgraciadísima! Pero no sucederá eso; es imposible. Tiene unos raquíuticos cabellos rubios y rosetas en la cara, y Andrés me ha dicho que le gusta el pelo negro y el cutis pálido por igual.

Durante este monólogo, Feliciano, a su vez, se hacía otro muy diferente. Analizaba la belleza de Militona con el decidido propósito de descubrir el más mínimo defecto; pero, muy a su pesar, no lo encontró. Las mujeres, como los poetas, se aprecian en su justo valer y reconocen su verdadero mérito, aunque jamás lo exterioricen. Debido a esto, aumen-

tó su mal humor y le dijo, con tono bastante agrio, al pobre Andrés:

—Si el médico no le ha prohibido hablar, cuéntenos algo de su aventura, pues apenas si la conocemos muy por encima.

—Oh, trate de contarnos ese novelesco episodio—añadió el inglés.

—Pretendes tirarle de la lengua y, como claramente ves, está muy débil aún—interrumpió don Jerónimo con paternal sencillez.

—Eso no le fatigará mucho, y, llegado el caso, la señorita podrá prestarle ayuda; ella debe conocer todos los pormenores.

Al verse interpelada de aquel modo, Militona se aproximó al grupo.

—Se me ocurrió el capricho—dijo Andrés—de disfrazarme de manolo para callejear por los barrios castizos y gustar el animado aspecto de las tabernas y los bailes populares, pues, como usted sabe, Feliciano, son de mi agrado, aunque admirador de la civilización, las clásicas costumbres españolas. Al pasar por esta calle, he tropezado con un salvaje rondador que me ha buscado la boca y me ha herido, con su navaja, en combate leal y correcto. Me he desplomado, y esta señorita me ha recogido medio muerto del umbral de su casa.

—¿Sabe usted, Andrés, que eso es muy

romántico y que, poetizándolo un poco, podría servir de asunto para un romance? Dos feroces rivales se encuentran bajo el balcón de una belleza... —Y al decir esto, miraba a Militona, y reía con aviesa y forzada sonrisa...

—Se hacen añicos las respectivas guitarras en la cabeza y se señalan el rostro. Semejante escena, grabada en madera y al frente del romance, sería de un hermosísimo efecto y haría la fortuna de un ciego.

—Señorita —dijo gravemente Militona—, si la navaja se desvía un poco, penetra en el corazón.

—Es verdad; pero, como siempre, ha resbalado para no producir más que una herida interesante.

—Que, de cualquier modo, apenas si le interesa a usted—repuso la muchacha.

—No la han recibido en mi honor y no puedo sentir por ella un tan vivo interés como usted; como ve, sin embargo, vengo a hacerle una visita a su herido, y si quiere nos turnaremos para velarle: resultaría encantador.

—Hasta el presente, sola lo he velado y sola continuaré velándolo —repuso Militona.

—Siento que a su lado puedo parecer fría; pero no está en mis costumbres recoger a los

jóvenes en mi casa, siquiera sea por un ligero arañazo en el pecho.

—¿Lo hubiera dejado morir en la calle por miedo a comprometerse?

—Todo el mundo no es tan libre como usted y tiene ciertos miramientos que guardar; las que gozan de una reputación se miran mucho antes de perderla.

—Vamos, Feliciana, dices cosas que carecen de sentido; te enfurruñas por cualquier bagatela—dijo el conciliador don Jerónimo—. Todo esto es puramente fortuito; Andrés, antes del accidente, no había visto nunca a la señorita; no vayas a sentirte celosa ni a incomodarte sin el menor motivo.

—Una novia no es una querida—prosiguió majestuosamente Feliciana, sin parar mientes en la interrupción de su padre.

Ante este último desprecio, Militona palideció. Una húmeda lucecita brilló en sus ojos, palpité su seno, estremeciéronse sus labios y un sollozo estuvo a punto de escapársele de la garganta; pero se contuvo, limitándose a responder con una mirada soberanamente despreciativa.

—Vámonos de aquí, padre; mi sitio no es éste; no puedo permanecer más tiempo en casa de una muchacha perdida.

—Si no es más que eso lo que la obliga a

salir, no se marche, señorita—dijo Andrés cogiendo a Militona de la mano—. Doña Feliciana Vázquez de los Ríos puede prolongar su visita a la señora de don Andrés de Salcedo, que le presento; sentiría mucho haberle hecho cometer una inconveniencia.

—¡Cómo!—exclamó don Jerónimo—, ¿qué dices, Andrés? ¡Deshacer un matrimonio convalidado desde hace diez años! ¿Estás loco?

—Al contrario, cuerdo y muy cuerdo—repuso el joven—; sé que no hubiera podido hacer la felicidad de su hija.

—Quimeras, fantasías de chiflado. Tú estás enfermo, tienes fiebre—prosiguió don Jerónimo, que se había acostumbrado a la idea de tener a Andrés por yerno.

—Oh, no se inquiete—dijo el inglés tirándole a don Jerónimo de la manga—; no le faltarán yernos: ¡su hija es tan hermosa y se viste de un modo tan admirable!

—¡Se acordaban tan bien sus fortunas!—continuó don Jerónimo...

—Mejor que nuestros corazones—respondió Andrés—. No creo que mi pérdida sea muy sentida por la señorita Vázquez.

—Es usted modesto—replicó Feliciana—; pero para ahorrarle cualquier remordimiento le dejo con esa creencia. Adiós, y que sea dichoso al casarse. Señora, la saludo.

Militona respondió con una reverencia llena de dignidad a la irónica inclinación de cabeza de Feliciano.

—Vamos, padre; sir Edwards, déme el brazo.

El inglés, así interpelado, arqueó graciosamente su brazo en guisa de asa de ánfora.

El joven isleño no cabía en sí de gozo. Aquella escena le hizo alimentar algunas esperanzas que hasta entonces permanecieron alicaídas. ¡Feliciano, por la que ardía en discreto fuego, era libre! Aquel matrimonio, proyectado hacía tanto tiempo, acababa de romperse. —¡Oh!—se decía al sentir en su brazo el ajustado guante de la joven—; casarme con una española era mi sueño! Una española de alma apasionada, de corazón ardiente y que haga el te conforme a mis gustos... Soy de la misma opinión que lord Byron: atrás las pálidas bellezas nortañas; me he jurado a mí mismo no casarme si no es con una indiana, con una italiana o con una española. Prefiero a ésta, por el Romancero y la guerra de la Independencia. He visto a muchas que eran apasionadas, pero no hacían el te como a mí me gusta, cometiendo faltas verdaderamente chocantes. ¡Feliciano, por contra, está tan bien educada! ¡Qué efecto hará en Londres, en los bailes de Almack y en los saraos *fa-*

shionables! Nadie querrá creer que es madrileña. ¡Oh! ¡Seré feliz! Iremos a pasar el estío con nuestros niños a Calcuta o al cabo de Buena Esperanza, en donde tengo un *cottage*. ¡Qué felicidad!

Tales eran los dorados sueños que se hacía, completamente despierto, sir Edwards, mientras conducía de nuevo a la señorita Vázquez a su casa de ella.

Por su parte, Feliciana entregábase a fantasías análogas; sin duda, experimentaba un demasiado vivo enojo por la escena que acababa de ocurrir, no porque echase de menos a Andrés, sí por no habersele anticipado. Hay siempre algo de desagradable en ser abandonada por un hombre, aunque no se esté conforme con él; desde que conocía a sir Edwards, Feliciana tenía en mucha menos consideración los lazos que la unían a Andrés.

El hallazgo de su ideal, en la persona de sir Edwards, hízole percatarse de que jamás había amado a don Andrés.

¡Era tan en absoluto el inglés de sus sueños sir Edwards! ¡El inglés siempre afeitado, arrebolado, lúciente, cepillado, peinado, pulido, de punta en blanco desde la aurora, el inglés de *waterproof* y *mackintosh*! ¡La última palabra de la civilización!

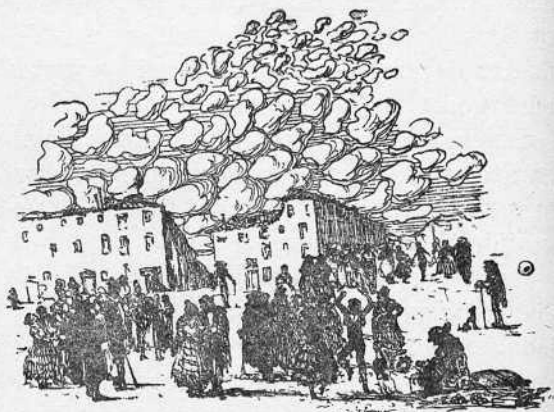
¡Y, por otra parte, era tan puntual, tan

exacto, tan matemáticamente exacto en las citas! ¡Hubiera podido dar lecciones al más fiel de los cronómetros! —¡Qué vida tan dichosa llevaría una mujer con semejante hombre!—se decía para sus adentros la señorita Feliciano Vázquez de los Ríos—. Tendría un servicio de plata inglesa, porcelanas de Wedgwood, alfombras en toda la casa, domésticos empolvados; me pasearía por Hyde-Park, junto a mi marido, guiando su *four in hand*. Por la noche, en el teatro de la Reina, oiría música italiana en mi palco, forrado de damasco amarillo. Gamos domésticos jugarían en el verdeante césped de mi castillo y, acaso también, algunos niños rubios y sonrosados: ¡hacen tan bien los niños en la delantera de una calesa, junto a un *kingcharles* auténtico!

Dejemos a estos dos seres, nacidos el uno para el otro, proseguir su camino, y volvamos a la calle del Povar en busca de Andrés y Militona.

La joven, tras la marcha de Feliciano, de don Jerónimo y de sir Edwards, habíase arrojado, entre sollozos y lágrimas, al cuello de Andrés; pero eran lágrimas de alegría y felicidad que se deslizaban suavemente, en traslúcidas perlas, por sus hermosas mejillas, sin enrojecer sus divinos párpados.

Atardecía, y las rosadas y lindas nubes crepusculares aborregaban el cielo. Oíanse, a lo lejos, el rasguear de las guitarras, el sonar de los panderos bajo los pulgares de los danzarines, el platillear de las panderetas y el repiquetear de las castañuelas. Los ¡ay! y los ¡jole! de los fandanguillos salían en armoniosos borbotones de calles y plazuelas, y todos aquellos jocundos y típicos ruidos envolvían como en un vago epitalamio la felicidad de los dos amantes. Anocheció por completo, y la cabeza de Militona reposaba aún en el hombro de Andrés.





X

UN DESESPERADO Y CUATRO DICHOSOS

Hemos perdido de vista por un momento a nuestro amigo Juancho. Sería conveniente ir en su busca, ya que salió del cuarto de Militona en un estado de desesperación próximo a la demencia. Gruñendo maldiciones y deshaciéndose en gestos insensatos, encontróse, sin saber adónde iba, en la Puerta de Hierro, y sus pies le arrastraron a través del campo.

Los alrededores de Madrid son de una gran aridez y desolación; un matiz terroso reviste la fachada de las miserables construcciones esparcidas a lo largo de las carrete-

ras, construcciones de que se valen esas industrias sospechosas y malsanas que las grandes ciudades arrojan fuera de su seno. Por aquellos descarnados terrenos se ven diseminadas piedras azulosas que van en aumento a medida que uno se acerca a la Sierra del Guadarrama, cuyas cimas, nevadas aún en los comienzos del estío, aparecían en el horizonte a manera de níveas y apelonadas nubecillas. Apenas si se ve, acá y allá, algún rastro de vegetación. Las aguas torrenciales cubren el suelo de horribles cicatrices; las pendientes y colinas carecen de todo verdor y forman un paisaje en armonía con los más tristes sentimientos. La alegría extinguiríase allí; en cambio, la desesperación tropieza con el apropiado elemento.

Al cabo de una hora o dos de marcha, Juancho, cediendo al peso de sus ideas, él, a quien no hubieran agobiado las puertas de Gaza arrancadas por Sansón, se dejó caer boca abajo en la cuneta de un camino, apoyó en el suelo los codos y en las manos la cara, permaneciendo así inmóvil y en el más completo estado de postración.

Miraba desfilar, sin verlos, las carretas, cuyos bueyes, asustados al ver un cuerpo tendido en el borde de la carretera, hacían, al pasar junto a él, un esguince, que les pro-

porcionaba, por parte del boyero, un pinchazo; los borricos, con su carga de paja sujeta con soga; los campesinos, con sus caras de bandoleros, orgullosamente montados en sus caballos, la mano en el muslo y la escopeta en el arzón de la montura; la campesina de hosco talante, arrastrando tras sí a un lloroso mocosuelo; el viejo castellano con su gorro de piel de lobo; el manchego con su negro pantalón y sus medias labradas, y, en fin, toda esa errante caravana que conduce a los mercados, tras un caminar de diez leguas, tres manzanas verdes o una carga de pimientos.

Sufría atrocemente, y las lágrimas, las primeras que vertiera en su vida, rodaban por sus morenas mejillas y caían en la indiferente tierra, que las absorbía como simples gotas de lluvia. Su pecho robusto, al suspirar profundamente, elevaba su cuerpo. Jamás se había sentido tan desgraciado; el mundo se le antojaba próximo a acabar; ya no tenían objeto para él ni el universo ni la vida. ¿Qué iba a hacer en lo sucesivo?

—No me ama; ama a otro—se repetía Juancho para demostrarse aquella fatal verdad que su corazón rehusaba admitir—. ¿Es posible? ¿Es creíble? ¡Ella, tan orgullosa, tan arisca, haber sentido, de pronto, una pasión por un desconocido; mientras que yo, que

sólo para ella vivía, que, desde hace dos años, era su sombra, no he podido conseguir una palabra de piedad, una indulgente sonrisa! Y me quejaba entonces; pero aquello era el paraíso si lo comparo con lo que ahora sufro. Cierto que no me amaba; pero, al menos, no amaba a nadie.

»Podía verla; me decía que me alejara, que no volviera más, que la enojaba, que la fastidiaba, que la importunaba, que no podía sufrir por más tiempo mi tiranía; pero, por lo menos, cuando me iba de allí, se quedaba sola; llegada la noche, discurría bajo su ventana, loco de amor, borracho de deseos; sabía que descansaba castamente en su lecho virginal; no sentía el temor de ver dos sombras en sus visillos; saboreaba aquella amarga dulzura, ya que nadie era mejor tratado que yo. No poseía el tesoro, pero ninguno era dueño de él.

»Y ahora, ¡todo ha concluído; ya no tengo esperanzas! ¡Si me rechazaba cuando no quería a nadie, no digo nada ahora, que, a la repulsión que por mí siente, se une la simpatía que le inspira el otro! ¡Oh, me doy perfecta cuenta! ¡Y para esto alejé a cuantos eran atraídos por su belleza, e hice en torno de ella el vacío! ¡Y quité de en medio a ese pobre Lucas y a ese pobre Ginés, y todo para

nada! ¡En cambio, he dejado acercarse al otro, al verdadero, al peligroso, al que era necesario matar! ¡Mano torpe, esclava, imbecil, que no has sabido cumplir con tu deber, recibe el castigo!»

Y al decir esto, Juancho se mordió con tal furia la mano derecha, que la sangre estuvo a punto de borbotar.

—Cuando se cure, le provocaré por vez segunda y no se me escapará. Pero si le mato, Militona no querrá volver a verme en la vida; de todos modos, la pierdo. Esto es para volverse loco; no hay salida posible. ¡Si muriera naturalmente en una catástrofe imprevista, en un incendio, en el derrumbamiento de una casa, en un terremoto, en una epidemia! Pero no tendré tanta suerte. ¡Rayos y truenos! ¡Cuando pienso que ese alma encantadora, y ese cuerpo tan perfecto, y esos hermosos ojos, y esa divina sonrisa, y esa garganta torneada y flexible, y ese talle tan esbelto, y ese pie de niña, y toda su persona, en fin, es para él! Puede cogerla de la mano sin que ella la retire, y atraer su adorada cabecita sin que desdeñosamente la vuelva. ¿Qué crimen he cometido yo para que así se me atormente? ¡Hay tantas bellas muchachas españolas que nada desearían como verme a sus pies! Cuando aparezco en

el ruedo, más de un corazón se estremece bajo un lindo pecho, más de una blanca mano me hace una cariñosa señal. ¡Cuántas sevillanas, madrileñas y granadinas me han arrojado su abanico, su pañuelo, la flor que lucían en la cabeza, la cadena de oro que ceñían a su garganta, traspuestas de admiración por mis arranques y mi buena facha! Pues bien: las he desdeñado y sólo he querido a la que no me quería. ¡Entre tantos amores he venido a escoger un odio! ¡Atracción invencible! ¡Destino fatal! ¡Pobre Rosaura, tú que me distinguiste con tu ingenua ternura, de la que, insensato de mí, nunca hice caso, cómo has debido padecer! Sin duda, hoy sufro las consecuencias del pesar que te he causado. El mundo anda mal; sería necesario que todo amor fuera correspondido; de este modo no se sufrirían semejantes amarguras. ¡Dios es malo! Acaso sufra tales desgracias porque no he puesto una vela en el altar de la Virgen. ¡Oh Dios mío, Dios mío! ¿Qué hacer? ¡No tendré jamás un minuto tranquilo en mi vida! ¡Domínguez, que amaba también a Militona, es muy feliz con haber sido muerto por un toro! ¡No obstante, hice cuanto pude para salvarlo! ¡Y ella me acusa de que lo abandoné en el peligro! Porque no es ya que me odia, es que me desprecia. ¡Oh

cielos! ¡Esto es para volverse loco de rabia!

Y, apenas dicho esto, se levantó de un brinco y prosiguió su carrera a través de los campos.

Y así vagó durante todo el día, sorbido el seso, hosca la mirada y contraídos los puños; algunas crueles alucinaciones presentábanle a Andrés y Militona, paseándose juntos, cogidos de la mano, abrazándose, mirándose con languidez, de las más punzadoras maneras para un corazón celoso. Y con tan vivos colores se le ofrecían aquellas escenas, y de tan hiriente modo se las representaba, que más de una vez avanzó para despedazar a Salcedo, y, al no hallar otra cosa que el aire, volvía en sí, completamente sorprendido de su visión.

Las formas de los objetos comenzaban a confundirse en sus ojos; sentía apretadas las sienes, un círculo de hierro oprímale la cabeza, ardíanle los ojos, y, no obstante el sudor que cubría su rostro y los rayos de un sol de junio, temblaba de frío.

Un boyero, cuya carreta había volcado, al pasar la rueda por encima de un peñón, le tocó en el hombro y le dijo:

—Buen hombre, usted me parece robusto: ¿quiere ayudarme a levantar mi carreta? Estas pobres bestias se esfuerzan en vano.

Aproximóse Juancho y, sin decir palabra, comenzó a levantar la carreta; pero las manos le temblaban, flaqueábanle las piernas y sus invencibles músculos no le obedecían. Levantábala un poco, dejándola caer, agotado, jadeante.

—Por la facha le hubiera creído más fuerte —dijo el boyero, asombrado del poco éxito conseguido por los esfuerzos de Juancho.

Era que no tenía ya fuerza, que estaba enfermo.

Sin embargo, picado en su amor propio por la observación del carretero, y orgulloso de sus músculos, como gladiador que era, reunió, por un horrible esfuerzo de su voluntad, cuantas fuerzas le quedaban, y tuvo un furioso arranque.

La carreta, como por encantamiento, asentóse sobre sus ruedas, sin que ayudara el boyero. Fué tan violento el empujón, que el vehículo estuvo a punto de caer del otro lado.

—¡Vaya un modo de empujar, mi amo!— exclamó maravillado el boyero—. Desde los tiempos del hércules de Ocaña, que arranca las rejas de las ventanas, y Bernardo del Carpio, que detenía con el dedo las muelas de un molino, no se ha visto un hombre tan forzado.

Pero Juancho no dijo nada y cayó al suelo cuan largo era, como cae un cuerpo muerto, valiéndonos de la frase dantesca.

—Acaso se le haya roto alguna venilla— dijo el boyero completamente asustado—. No importa; puesto que el accidente le ha ocurrido por culpa mía, lo meteré en mi carreta para llevarlo a San Agustín o a cualquier posada de Alcobendas.

El desvanecimiento de Juancho duró poco, y no porque se emplearan sales ni menjurjes, cosas de las que, por lo general, carecen los carreteros; pero el lidiador no era una damisela.

El boyero lo cubrió con su manta. Juancho tenía fiebre y experimentaba una sensación —la de enfermedad— desconocida hasta entonces para su acerada naturaleza.

Una vez en la posada de San Agustín, pidió un lecho y se acostó.

Durmió con sueño de plomo, con ese sueño que se apodera de los prisioneros indios en medio de las torturas que les inflige la ingeniosa perversidad de los vencedores, y hace cerrar los párpados a los condenados a muerte la mañana del día de la ejecución.

Los doloridos órganos le niegan al alma los medios para que pueda sufrir.

Aquel reposo de doce horas salvó a Juan-

cho de la locura; se levantó sin fiebre y sin dolor de cabeza, pero débil como si hubiera pasado una enfermedad de seis meses. Faltábale el suelo bajo los pies, la luz deslumbraba sus ojos, aturdíale el más leve ruido: sentía hueco el entendimiento y vacía el alma. Un gran derrumbamiento había tenido lugar dentro de él. En el sitio que otras veces se elevara su amor, había un abismo que en lo sucesivo con nada podría llenarse.

Permaneció un día en aquel albergue, y sintiéndose mejor, pues recobraba sus fuerzas gracias a su enérgica contextura, proporcionóse un caballo y en él se dirigió a Madrid, llamado por ese extraño instinto que empuja a los espectáculos dolorosos: experimentaba la necesidad de verter veneno en sus heridas, de ensancharlas y de remover con su propia mano la navaja en el corazón; hallábase demasiado lejos de su desgracia; quería aproximarse a ella, llevar su martirio hasta lo último, emborracharse con aquella bebida, dar al olvido, por exceso de sufrimiento, la causa del mal.

Mientras Juancho arrastraba su dolor, los alguaciles le buscaban por todas partes, pues la voz pública le señalaba como autor del navajazo a don Andrés de Salcedo. Este, como se puede suponer, no lo denunció; tras

quitarle a Juancho lo que amaba, no iba también a desposeerlo de la libertad; Andrés hasta desconocía las persecuciones de que era objeto el torero.

Argamasilla y Covachuelo, Pilades y Orestes policíacos, pusieron en campaña para descubrir y detener a Juancho; pero procedían con mucha delicadeza en vista de las costumbres notoriamente feroces del amiguito; hasta podía creerse, y los que envidiaban la posición de los dos amigos así lo decían en alta voz, que Covachuelo y Argamasilla tomaban las debidas precauciones para no tropezarse con el tal; pero un espía inhábil les dijo que se le había visto entrar al perseguido en la plaza de toros con el tranquilo continente del que no tiene por qué temer.

Fué preciso, pues, ir en su busca. Mientras se dirigían al lugar señalado, decíale Argamasilla a su amigo:

—Te pido por favor, Covachuelo, que no cometas ninguna imprudencia; modera tus impulsos; ya sabes que el buen mozo es listo de manos; no expongas la piel del más grande policía de todos los tiempos a la furia de un energúmeno.

—Pierde cuidado —repuso Covachuelo—, haré lo indecible para que no pierdas a tu amigo. Sólo en un caso extremo y cuando

haya apurado ya todos los medios diplomáticos, me mostraré valiente.

Juancho, con efecto, había penetrado en la plaza a fin de ver los toros que acababan de enchiquerar para la corrida del día siguiente, más bien por la fuerza de la costumbre que por decidido propósito.

Allí estaba aún, y atravesaba el redondel, cuando llegaron Argamasilla y Covachuelo con sus satélites.

Covachuelo, con la mayor cortesía y las más ceremoniosas maneras, le dijo a Juancho que se diese preso.

Juancho se encogió desdeñosamente de hombros y prosiguió su camino.

A una señal del policía, dos agentes se arrojaron sobre el torero, que se los sacudió como si se tratara del polvo de la chaqueta.

Entonces cayeron todos impetuosamente sobre Juancho, que hizo caer a tres o cuatro, patas arriba, a unos quince pasos de distancia; pero como el número acaba siempre por imponerse a la fuerza individual y como cien pigmeos pueden dar cuenta de un gigante, Juancho, bramando, se había acercado poco a poco al chiquero, y una vez allí, desembarazándose con brusca sacudida de las manos que se engarfiaban a sus ropas, abrió la puerta de aquél, precipitóse en el peligroso para-

je y en él se encerró, sobre poco más o menos, como el domador que, perseguido por los empleados del Fisco, se refugió en la jaula de los tigres.

Los perseguidores trataron de acosarle en aquella guarida; pero la puerta que trataban de derribar se abrió de improviso, y un toro, puesto en libertad por Juancho, se lanzó, humillando la cabeza, contra el asustado pelotón.

Los pobres diablos sólo tuvieron el tiempo justo para saltar la barrera, pero uno de ellos no pudo evitar un rasgón en las bragas.

—¡Demonio!—dijeron Argamasilla y Covachuelo—, esto va a convertirse en un verdadero sitio.

—Intentemos un nuevo asalto.

Esta vez salieron juntos dos toros y dispersaron a los perseguidores, y como desaparecieron con la ligereza que el miedo proporciona, los feroces brutos, al verse sin enemigos humanos, se lanzaron uno sobre otro, entrecruzáronse sus cuernos y, con el hocico en tierra, hicieron prodigiosos esfuerzos para derribarse.

Covachuelo, sujetando con precaución la puerta, le gritó a Juancho:

—Camarada, aun le quedan cinco toros: como ve, conocemos sus municiones. Cuan-

do deje escapar al último tendrá que rendirse, y que rendirse sin condiciones. Salga por propio impulso y le acompañaré a la cárcel con todos los miramientos posibles, sin esposas ni empulgueras, en un calesín, a sus anchas, y no daré parte de la resistencia opuesta a los agentes de la autoridad, cosa que agravaría su situación: ¿soy o no complaciente?

Juancho, no queriendo defender por más tiempo una libertad que le era indiferente, se puso en manos de Covachuelo y Argamasilla, que se lo llevaron a chirona con todos los honores de la guerra.

Cuando las llaves acabaron de rechinar en las cerraduras, se tendió en su camaranchón y se dijo: —¡Si la matase!—sin pensar que se encontraba en el calabozo—. Sí, es lo que debí hacer el día que descubrí a Andrés en casa de ella. Mi venganza hubiera sido completa; ¡oh! que horrible angustia la suya al ver a su amante apuñalada ante sus ojos; débil, clavado en el lecho y sin poder defenderla, pues yo no lo hubiera matado a él, no hubiera caído en semejante falta. Me hallaría a salvo en la sierra o libre de la justicia; de un modo o de otro estaría tranquilo. Para que yo pueda vivir es preciso que ella muera, y para que ella viva es necesario que

desaparezca yo; yo estaba con mi navaja en la mano: un *viaje*, y se acabó todo; pero había en sus ojos una luz tan resplandeciente, estaba tan desmesuradamente hermosa, que no he tenido fuerza, ni voluntad, ni valor; yo que hago bajar la vista a los leones cuando los contemplo en sus jaulas y arrastrarse, como perros, a los toros.

¡Cómo hubiera desgarrado su seno divino y hecho sentir en su corazón el frío del acero, y resbalar por su blancura su hermosa y bermeja sangre! ¡Oh! no, yo no cometeré semejante barbaridad. Preferible fuera ahogarla con su almohada como hace el negro con la joven de Venecia, en la función que he visto en el teatro del Circo. Pero, no obstante, ella no me ha engañado, ni me ha hecho falsos juramentos; siempre se ha portado conmigo con una frialdad desesperante. Me es lo mismo; la amo lo bastante para poder disponer de su vida.

Tales eran, sobre poco más o menos, las ideas que acariciaba Juancho en su encierro.

Andrés recobraba la salud a ojos vistas; habíase levantado y, apoyándose en el brazo de Militona, le fué posible dar una vuelta por la habitación y llegarse a la ventana para aspirar el aire; a poco, sus fuerzas permitiéron-

le bajar a la calle y dirigirse a su casa a fin de disponer lo necesario para su próximo matrimonio.

Sir Edwards, por su parte, se declaró y pidió, como es uso, la mano de Feliciano Vázquez de los Ríos a don Jerónimo, que apresuróse a concedérsela. Ocupábase de sus regalos de boda y hacía venir de Londres vestidos y aderezos de una riqueza fabulosa y de un gusto despampanante. Los chales de cachemiras, escogidos entre los amarillos, escarlatas y verdes manzana, hubiesen provocado las investigaciones de M. Biétry. Fueron traídos de Lohore, la metrópoli de los chales, por el mismísimo sir Edwards, que poseía, en los contornos, una o dos fincas, y se fabricaron con la piel de sus propias cabras: el alma de Feliciano nadaba en la más pura alegría.

Militona, aunque muy dichosa también, no dejaba de sentir ciertas aprensiones; tenía miedo de hallarse fuera de lugar en el nuevo medio que le aguardaba por su casamiento con Andrés. La maestra no había logrado destruir lo que ella tenía de ingénito ni reemplazar el instinto con la educación; se daba en su alma el sentimiento del bien, de la belleza, de los encantos todos de la naturaleza y el arte; pero nada más que el senti-

miento. Sus hermosas manos jamás se deslizaron por un teclado; no solfeaba, aunque cantase con voz pura y conveniente; sus conocimientos literarios limitábanse a la lectura de algunas novelas, y si no cometía faltas al escribir, debíase ello a la simplicidad de la ortografía castellana.

—¡Oh!—se decía—, no quiero que Andrés se avergüence de mí. Estudiaré, aprenderé, me haré digna de ser suya. En cuanto a hermosa, no hay que dudar que lo soy, sus ojos me lo dicen, y por lo que hace a la indumentaria, pruebas he dado de saberla llevar como las señoronas. Nos iremos a algún rincón en donde permaneceremos hasta que la pobre crisálida tenga tiempo para desplegar sus alas y convertirse en mariposa. ¡Con tal que no me ocurra nada malo! Este cielo demasiado azul me espanta. Y Juancho, ¿qué habrá sido de él? ¿No se le ocurrirá aún alguna tentativa insensata?

—No tengas cuidado—repuso la tía Aldonza a la última reflexión de su sobrina, hecha en voz alta—. Juancho está en la cárcel, acusado de homicidio en la persona del señor de Salcedo, y, teniendo en cuenta los antecedentes del buen mozo, su asunto podría adquirir un mal sesgo.

—¡Pobre Juancho! Lo compadezco ahora.

¡Si no me amara Andrés, sería yo tan desgraciada!

El proceso de Juancho adquiría mal cariz. El fiscal calificaba los hechos de homicidio con alevosía, y si no hubo muerte fué por causa independiente de la voluntad de Juancho. La cosa, juzgada así, se ponía grave.

Afortunadamente, Andrés, con sus declaraciones y el trabajo que se dió, redujo el asesinato a simple desafío, con un arma, es cierto, que no era la usada por la gente de mundo; pero que él podía aceptar porque conocía su manejo. La herida, por lo demás, no tenía nada de grave; estaba ya completamente curado; por último, en la cuestión aquélla él había tenido, en cierto modo, la culpa. Las consecuencias fueron demasiado afortunadas para creer que las había pagado a muy alto precio con un rasguño.

Una acusación de asesinato en la que la víctima se muestra favorable y defiende al agresor, no puede ser sostenida durante mucho tiempo ni aun por el fiscal más deseoso de servir a la vindicta pública.

Así, pues, Juancho fué puesto en libertad al cabo de algún tiempo, con el pesar de deberle el favor al hombre que más odiaba en este mundo y del que por nada hubiera querido recibir un semejante beneficio.

Fuera ya de la cárcel, dijo con aire sombrío:

—Heme aquí, ahora, miserablemente atado por ese favor. Ese hombre, en lo sucesivo, tiene que ser sagrado para mí, o, de lo contrario, soy un cobarde y un infame. Hubiera preferido ir a presidio, y así, una vez en libertad, a la vuelta de diez años, me habría vengado.

A partir de aquel día, Juancho desapareció. Algunas personas pretendieron haberle visto galopar, por tierras de Andalucía, a lomos de su caballo negro. Lo cierto es que no volvió a encontrársele por Madrid.

Militona respiró a sus anchas; conocía lo bastante a Juancho para no temer ya nada de él.

Los dos matrimonios se celebraron al mismo tiempo y en la misma iglesia. Militona quiso hacerse, por sí misma, su vestido de novia; resultó su obra maestra; dijérase confeccionado con las hojas de un lirio, y estaba tan bien hecho, que nadie lo advirtió.

Feliciana vestía un traje de extravagante riqueza.

Al salir del templo, todo el mundo decía de Feliciana: —¡Qué hermoso vestido!—y de Militona: —¡Qué encantadora criatura!



XI

LA MUERTE DEL JAGUAR

No lejos del antiguo convento de Santo Domingo, en el barrio granadino de la Antequeruela, en la falda de la colina, elevábase una casa de resplandeciente blancura, que relucía como argentado bloque entre el intenso verdor de los árboles que la rodeaban.

Por encima de las tapias del jardín desbordábanse, como de abarrotado jarrón, desgrenadas guirnaldas de viña y plantas trepadoras que caían en amplios cortinones del lado de la calle.

A través de la enverjada puerta descubriase, en primer lugar, una especie de pe-

ristilo, adornado con un mosaico de piedras multicolores, y después un patio, para servirnos de la expresión propia, de arquitectura claramente morisca.

Rodeaban el patio en cuestión esbeltas, blancas y marmóreas columnas de una sola pieza y graciosamente proporcionadas, en cuyos capiteles, de caprichoso corintio, veíanse, entremezcladas con las volutas, algunas inscripciones en claros caracteres árabes, o brillaban aún algunos restos de dorados.

Los dichos capiteles servían de sostén a una serie de arcos, en forma de corazón, semejantes a los de la Alhambra, que formaban en los cuatro frentes del patio sendas galerías cubiertas.

En el centro, en una fuente rodeada de enflorecidas macetas y de macetones con arbutos, murmuraba sutil y cristalino chorro que cubría de perlas las brillantes hojas, y parecía musitar, con su transparente voz, algún amoroso secreto en el oído de los mirtos y adelfos.

Un toldo de tela entechaba el patio, y hacía de él como un salón exterior en el que reinaban una sombra transparente y una deliciosa frescura.

De la pared pendía una guitarra, y en un canapé de mimbre veíase un amplio sombrero de paja con lazos verdes,

Cualquier persona que pasara por aquella calle y tuviera una ojeada para el dicho interior, por mal observador que fuese, se vería obligado a declarar: «Aquí vive gente dichosa.» La dicha ilumina las casas y les proporciona un cariz que no tienen las demás. Las paredes saben llorar y reír; se divierten y se enojan; son hostiles u hospitalarias, según el carácter del morador que les sirve de alma; las que nos ocupan sólo podían estar animadas por amantes jóvenes o recién casados.

Puesto que la verja no está cerrada, empujémosla y penetremos en el interior.

En el fondo del patio una segunda puerta, abierta también, nos dará acceso a un jardín que no es francés ni inglés, y con un sello especial exclusivo de Granada: una verdadera selva virgen de mirtos, naranjos, granados, adelfos, limoneros, alfónsigos, sicomoros, terebintos, señoreada por algún que otro centenario ciprés que silenciosamente se erguía sobre el cielo azul, a modo de melancólico pensamiento en medio de aquella alegría.

A través de tal enjambre de flores y perfumes, discurrían en argentados hilos las aguas del Darro, conducidas desde la cumbre de la montaña por los maravillosos trabajos hidráulicos de los árabes.

Algunas plantas extrañas se abrían en haces en antiguos y morunos tiestos, de acusados contornos y esbelto perfil, adornados con versículos del Corán.

Pero lo más notable de cuanto allí se veía era una avenida de laureles, de pulimentados troncos y hojas metálicas, a lo largo de la cual percibíanse dos bancos con espaldares y asientos de mármol, y corrían dos arroyuelos de relucientes aguas por sendos y alabastriños cauces.

Al final de dicha avenida, en cuyo suelo el pródigo sol andaluz apenas si podía dejar caer algunos ducados de oro por entre la compacta urdimbre de las hojas, alzábase un pequeño edificio de elegante traza, una especie de pabellón de los que en Granada se conocen con el nombre de *tocador* o *mirador*, y desde los que se goza de un extenso y pintoresco panorama.

El interior del mirador era una cincelada joya moruna. La bóveda, de esas que los españoles llaman de *media naranja*, ofrecía una tan prodigiosa trabazón de arabescos y adornos, que semejaba más bien una madrépora o un panal de abejas que la obra de la paciencia humana; únicamente en las grutas se ve una tal abundancia de esculpidas estalactitas.

En el fondo, encuadrado por el marmóreo marco de la ventana que se abría sobre un abismo, resplandecía el más maravilloso paisaje que le sea dado contemplar a la pupila humana.

En primer término, por entre un bosque de gigantescos laureles y de las rocas de mármol y pórvido, discurría el Genil brincando y saltando desde la sierra, y apresurábase por encontrar a Granada y al Darro; más allá se extendía la rica vega con su opulenta vegetación, y en lo último, pero tan cerca que dijérase al alcance de la mano, emergían las montañas de Sierra Nevada.

En aquel momento declinaba el sol y teñía las nevadas cumbres de un incomparable rosa, de un rosa delicado y fresco, luminoso y palpitante; rosa ideal, divino, de un matiz que sólo se puede hallar en el Paraíso o en Granada; un rosa de mejilla de virgen que por primera vez escuchara una amorosa declaración.

Un joven y una joven, acodados en la ventana uno junto a otro, admiraban juntos aquel sublime espectáculo; el brazo del mozo ceñía la cintura de la mujer con el casto abandono de un amor correspondido.

Tras algunos minutos de contemplación silenciosa irguióse la joven, descubriendo un

rostro encantador, que no era otro, como nuestros lectores habrán adivinado seguramente, que el de la señora de don Andrés de Salcedo, o Militona, si este nombre, con el que antaño la conocieron, resulta más de su gusto.

No hay para qué decir que el joven en cuestión era Andrés.

Apenas casados, Andrés y Militona salieron para Granada, donde él poseía una finca que acababa de heredar de uno de sus tíos. Feliciano se había marchado con sir Edwards a Londres. De este modo cada pareja cedía a su instinto: la primera buscaba el sol y la poesía; la segunda, la civilización y la bruma.

Cumpliendo lo que dijera, Militona no había querido presentarse inmediatamente en la sociedad que, por su casamiento con Andrés, le ofrecía un puesto, temerosa de avergonzar a su marido con cualquier deliciosa ignorancia, retirándose a aquel dichoso rincón para desprenderse de los ingenuos asombros de la pobreza.

Mejoróse, de manera extraordinaria, en lo físico y en lo moral. Su hermosura, que creyérse perfecta, había aumentado. Algunas veces, en el estudio de un gran escultor, vemos una estatua admirable que se nos antoja terminada; pero el artista encuentra la mane-

ra de añadir nuevas perfecciones a lo que creíamos acabado.

Tal ocurrió con la belleza de Militona: la felicidad le había dado el supremo toque; mil detalles deliciosos alcanzaron una exquisita delicadeza merced al cuidadoso esmero que proporciona la fortuna. Sus manos, de tan correcta forma, tornáronse más blancas; las marchiteces producidas por el trabajo y la inquietud del mañana desaparecieron. Las líneas de su hermoso cuerpo ondulaban con un más acordado ritmo, con el aplomo de la mujer y de la mujer rica. Su afortunada naturaleza manifestábase en todo su esplendor, y daba sus flores, sus perfumes y sus frutos; su inteligencia se lo apropiaba todo, asimilándosele con extrema facilidad. Andrés gozaba la dicha de ver nacer, por así decirlo, en la mujer que amaba, una mujer superior a la primera.

En lugar del desencanto que la posesión proporciona, cada día vislumbraba en la señora de Salcedo una nueva cualidad, un desconocido encanto, y se aplaudía por haber tenido el valor de hacer eso que la sociedad califica de tontería; es decir, de casarse, siendo rico, con una muchacha virtuosa, estupidamente bella y apasionadamente enamorada de él.

¿No debía ser para las gentes de fortuna algo así como una obligación el sacar de la sombra y la miseria a las muchachas bonitas y virtuosas, a las reinas sin reino de la belleza, y entronizarlas en el dorado trono que se merecen?

La felicidad de Andrés y Militona era completa. Únicamente ella pensaba algunas veces en el pobre Juancho, del que no se había vuelto a hablar más; ella hubiera querido que su dicha no constituyese la desesperación de nadie, y la idea de los sufrimientos experimentados por aquel infeliz la turbaba en medio de su alegría. «Sin duda me habrá olvidado—decíase para dar al traste con su malestar—; se habrá ido a algún país extranjero, lejos, muy lejos.»

¿Había Juancho, efectivamente, olvidado a Militona? No es de creer. No se hallaba tan lejos como pensaba la joven, pues en el momento de ocurrírsele tal idea, si mira a lo alto de la tapia, del lado del precipicio, hubiese visto, por entre el ramaje, fulgurar una pupila inmóvil, fosforescente como la de un tigre, que hubiera reconocido por su resplandor.

— ¿Quieres venir a dar nuestro paseo por el Generalife — dijo Andrés a Militona —, a respirar los ásperos perfumes de las adelfas y a oír el graznar de los pavos reales sobre

los cipreses de Zoraida y de la Cadena de los Corazones?

—Hace mucho calor aún, querido, y no estoy vestida—repuso la joven.

—¡Cómo! Estás encantadora con tu vestido blanco, tu brazalete de coral y la flor de granado que detona junto a tu sien. Ponte una mantilla, y los reyes moros serán capaces de resucitar cuando atraveses por la Alhambra.

Militona sonrió, se colocó la mantilla, tomó su abanico, ese inseparable compañero de la mujer española, y los dos esposos dirigieron-se camino del Generalife, situado, como todos saben, en una eminencia unida a la que coronan las rojas torres de la Alhambra, por un barranco lo más pintoresco que pueda imaginarse, por el que serpentea un sendero bordeado de una lujuriente vegetación, por el que nos adelantaremos unos pasos a los señores de Salcedo, que avanzan lentamente, bajo la verde bóveda, cogidos de la mano y balanceando los brazos como niños juguetones.

Aquello que se vislumbra tras el tronco de esa higuera, cuyo sombrío y verde ramaje finge como una noche en el sendero que se angosta, ¿es una ilusión? Nos parece haber visto relucir algo así como el cañón de un

arma de fuego, como el metálico resplandecer de un trabuco que se abate.

Un hombre está tendido boca abajo entre los lentiscos y los acerolos como el jaguar al acecho de la presa, y que mide en su interior el salto que ha de dar para caer sobre ella; es Juancho, que, desde hace dos meses, vive en Granada oculto en las cuevas de los gitanos, abiertas a lo largo de las vertientes del Sacro Monte, en donde se hallan las grutas de los mártires. Aquellos dos meses lo han envejecido en diez años; tiene el rostro ennegrecido, las mejillas hundidas y ardientes los ojos, como el hombre a quien devora un solo pensamiento: era éste matar a Militona.

Veinte veces ya, pues ronda de continuo en torno de ella, invisible y desfigurado, espiando la ocasión, hubiera podido poner en práctica su proyecto; pero en el momento preciso le había faltado valor.

En camino para emboscarse, pues había observado que todos los días, y a la misma hora, aproximadamente, Andrés y Militona cruzaban por aquel camino, se juró, con los más terribles juramentos, cumplir su funesta resolución y acabar de una vez para siempre.

Hallábase, pues, allí con el arma cargada junto a él, espiando, escuchando el rumor de los pasos que se acercaban, y diciéndose



como razón suprema que le animara a la acción:

— ¡Puesto que ha matado mi alma, puedo matar su cuerpo!

Un rumor de voces risueñas y claras se oyó al final de la senda.

Juancho se estremeció y se puso lívido; luego armó el trabuco.

—Cualquiera creyera—decía Militona a su marido—que este sendero conduce al paraíso terrenal, ¿no?; no hay más que flores y perfumes, trinos de pájaros y rayos de sol... Por semejante camino nos desagradaría llegar incluso al más bello paraje.

Al pronunciar estas palabras, había llegado casi junto a la fatal higuera.

— ¡Qué tiempo más hermoso y qué fresco hace aquí! Me siento a gusto y completamente dichosa.

La boca del invisible trabuco encañonaba perfectamente la cabeza de la joven, que jamás estuvo ni más sonrosada ni más risueña.

— ¡Vamos! ¡Fuera debilidad! — murmuró Juancho, poniendo el dedo en el gatillo del arma—. Puesto que es dichosa, así acaba de decirlo, ningún momento más favorable. ¡Muera, pues, ahora mismo!—No había salvación para Militona; la boca del trabuco casi le rozaba la oreja; un segundo más, y aquella encantadora cabeza volaría en pedazos, y toda aquella hermosura no sería más que un montón de sangre, de carne y de huesos triturados.

En el instante de destrozar a su ídolo, apretósele a Juancho el corazón, y una nube cruzó por sus ojos; aquella duda, aunque breve como un relámpago, salvó a la señora de Salcedo, que no supo jamás el peligro que había corrido, y que acabó su paseo por el Generalife con la más perfecta tranquilidad de ánimo.

—Nada, está visto, soy un cobarde—dijo Juancho deslizándose por entre las malezas—; sólo soy valiente con los toros y los hombres.

Algún tiempo después extendióse la fama de un torero que realizaba prodigios de destreza y valor; nunca se había presenciado semejante temeridad; venía, según él afirmaba, de América, de Lima, y en aquel momento hallábase actuando en el Puerto de Santa María.

Andrés, que se encontraba en Cádiz con Militona, adonde fué para despedir a un camarada que se iba a Manila, sintió el deseo, muy natural en un aficionado como él, de ver al héroe taurino; Militona, aunque de temperamento suave y sensible, no era mujer que rechazara semejante proposición; dirigiéronse pues, los dos al muelle, a fin de embarcarse en el vapor que hacía la travesía de Cádiz al Puerto, o bien, a falta de aquél, en una de

esas pequeñas embarcaciones que llevan pintados, de cada lado del tajamar, sendos ojos abiertos, con lo que la proa adquiere las apariencias de un singularísimo rostro humano.

En el muelle reinaba una actividad y un ajetreo extraordinarios; los patrones de las barcas disputábanse la clientela, pasando alternativamente de las bromas a las amenazas; los gritos, las maldiciones, los dicharachos se cruzaban en graneado fuego, y, de vez en vez, una embarcación, desplegando al viento su latina vela, deslizábase, como pluma de cisne, por el azul cristal de la rada.

Andrés y Militona acomodáronse en la popa de una de aquéllas, cuyo patrón canturreaba alegremente, a punto de ofrecerle el codo a la joven para que saltara dentro, el verso de la copla de los toros del Puerto:

«¡Levanta un poco tu piececito!»

Cádiz ofrece un maravilloso aspecto del lado de la mar, y merece por completo los elogios que Byron le dirige en sus estrofas. Diríase una ciudad de plata entre dos bóvedas de zafiro; siendo, como es, la patria de las mujeres bellas, no es menudo elogio decir que fué mirada y seguida en la alameda por varios curiosos.

Verdad es que estaba encantadora con su

mantilla blanca, su rosa en el pelo, su pañoleta prendida de las hombreras con dos camafeos, su cuerpecillo guarnecido de pasamanerías, y con volantes en los puños y en las sisas de los hombros, su falda de amplios faralaes, sus transparentes medias de tejido sutil como tela de araña, que cubrían una pantorrilla de torneado perfil, y sus preciosos zapatos de raso, en los que se encerraba el pie más pequeño, y del que hubiera podido decirse, como en la copla española: «Si la pierna es una realidad, el pie es una ilusión.»

Al mejorar de fortuna, Militona conservó su apego a las modas y usos españoles; no se afrancesó ni ainglesó, y aunque pudo tener emperifollados sombreros como la primera, no abusaba de esta facilidad. La indumentaria que acabamos de describir prueba que se inquietaba bastante poco de las modas parisienses.

Aquella muchedumbre vestida de colores brillantes, pues lo negro no se ha extendido completamente aún por Andalucía, que hormigueaba en la plaza o se sentaba alrededor de las mesas en la venta de Vista-Alegre o en las tabernas de por allí, aguardando la hora de la corrida, formaba un espectáculo de los más animados y alegres.

Con las mantillas se mezclaban esos rojos

chales que cubren la cabeza y encuadran tan bien los mates y empalidecidos rostros de las mujeres del Puerto de Santa María y de Jerez de la Frontera.

Los majos, dejando asomar un pañuelo por cada uno de los bolsillos superiores de su chaqueta, se contoneaban y tomaban posturas, apoyándose en su vara, especie de bastón bifurcado, o se dirigían andaluzadas en su descoyuntada jerga, casi por completo compuesta de vocales.

Aproximábase la hora de la corrida, y cada cual se encaminaba hacia la plaza contando maravillas del torero, el cual, si continuaba como hasta allí y no era cogido de pronto, no tardaría en sobrepasar al mismísimo Montes, pues no cabía duda de que llevaba a todos los diablos en el cuerpo.

Andrés y Militona sentáronse en su palco, y comenzó la corrida.

El famoso torero en cuestión vestía de negro; su traje, guarnecido de azabache y con adornos de seda, era de una riqueza sombría en consonancia con el rostro feroz y casi siniestro del dueño; una faja amarilla se enroscaba a su enjuto talle; en aquella armazón no había más que huesos y músculos.

Su rostro moreno veíase surcado por dos o tres arrugas, más bien trazadas por la ta-

jante uña de una inquietud que por la reja de los años; pues aunque la juventud hubiese desaparecido de aquella fisonomía, la madurez no había dejado su rastro en ella.

Aquel rostro, aquel talante, no eran desconocidos para Andrés; sin embargo, no acertó a reconocerle.

Militona no dudó un solo momento: a pesar de lo muy cambiado que estaba, había inmediatamente reconocido a Juancho.

Aquel profundo trastrueque operado en tan poco tiempo la espantó, descubriéndole lo terrible de la pasión que hasta tal punto había destruído a aquel hombre de bronce y acero.

Abrió precipitadamente su abanico y, ocultándose el rostro con él, se hizo atrás para decirle a su marido en voz baja: —Es Juancho.

Mas por pronto que tal hiciera, fué vista por el torero, que le hizo con la mano una especie de saludo.

—¡Calla!, si es Juancho—insistió Salcedo—; está cambiadísimo el pobre hombre; tiene diez años más. ¿Conque es él el nuevo espada de quien se habla tanto? Por lo visto, ha vuelto a la profesión.

— Querido, vámonos de aquí—dijo a su marido Militona—; no sé por qué me siento turbadísima; se me antoja que va a ocurrir algo terrible.

—¿Qué quieres que ocurra—repuso Andrés—, aparte los batacazos de los picadores y los consabidos destripamientos de los jacos?

—Temo que Juancho cometa alguna extravagancia o se deje arrastrar por algún furioso impulso.

—No se aparta de tu memoria aquel mal navajazo. Si supieras latín—afortunadamente lo ignoras—te diría que eso no puede ocurrir por aquello de que *non bis in idem*. Además, ese buen muchacho ha debido tener tiempo para tranquilizarse.

Juancho hizo prodigios; procedía como si hubiera sido invulnerable a la manera de Aquiles y de Rolando; coleaba a los toros, llevándolos de acá para allá; daba el salto del trascuerno; les arrancaba las divisas, se erguía ante ellos, y burlaba las acometidas con audacia sin ejemplo, recortándolos peligrosamente.

El pueblo, entusiasmado, aplaudía con frenesí, afirmando que, desde los tiempos del Cid Campeador, jamás se había visto una semejante corrida.

La cuadrilla, electrizada con el ejemplo, parecía desconocer todo peligro. Los picadores salían a los medios; los banderilleros ponían las banderillas sin que se cayera una.

Juancho estaba siempre al quite, distrayendo a la bestia feroz y atrayéndola sobre él. Un chulo resbaló en la arena, y de seguro lo ensartara por el vientre de no acudir Juancho al quite con peligro de su vida.

Sus estocadas, todas en su sitio y hasta el puño, hacían rodar a los toros a sus pies, como heridos por el rayo, y sin el auxilio del puntillero.

—¡Caramba!—decía Andrés—. Montes, el Chiclanero, Arjona, el Labi y los demás deben andarse con cuidado; Juancho los sobrepujará a todos, si es que ya no lo ha conseguido.

Pero semejante fiesta no volvería a verse; Juancho llegó aquella vez a las más altas sublimidades del arte, e hizo tales prodigios, que no se volverán a ver. La misma Militona no pudo por menos que aplaudir; Andrés pateaba de entusiasmo; el delirio llegaba a su límite, y las frenéticas aclamaciones acogían cualquier movimiento de Juancho.

Salió el sexto toro.

Ocurrió entonces una cosa extraordinaria, inaudita: tras de torear superiormente al toro y de pasarlo de muleta a las mil maravillas, cogió su estoque, y en lugar de hundirlo en el morrillo del animal, como era de esperar, lo lanzó al aire con tanta fuerza, que fué a cla-

varse en el suelo, voltejando a veinte pasos de él.

—¿Qué piensa hacer?—gritaron de todas partes—. ¡Eso no es valor! ¡Eso es una locura! ¿Qué nueva suerte es ésa? ¿Va a matar al toro dándole un capirotazo en el hocico?

Juancho, lanzando al palco donde Militona se hallaba una mirada inefable, en la que se fundían todo su amor y todas sus pesadumbres, se quedó inmóvil ante el toro.

Humilló la cabeza el animal, y el asta penetró completamente en el pecho del hombre y salió ensangrentada hasta la cepa.

Un colosal grito de horror, compuesto de diez mil voces, se elevó hasta el cielo.

Militona, pálida como una muerta, se desplomó sobre su silla. En aquel supremo minuto sintió amor por Juancho.

F I N

Í N D I C E

<u>Capítulos</u>	<u>Páginas</u>
I. Un día de toros en Madrid.....	9
II. En la plaza.....	33
III. Preludios de tragedia.....	57
IV. Serenata y desafío.....	77
V. El nido de la paloma.....	101
VI. Un argos de mil ojos.....	113
VII. La cabeza de Medusa.....	135
VIII. En pleno idilio.....	147
IX. La maja y la señorita.....	159
X. Un desesperado y cuatro dichosos.	179
XI. La muerte del jaguar.....	199

Precio: 4,50 ptas.

CAUTIER

LA
MAJA
EL
MORE-
RO



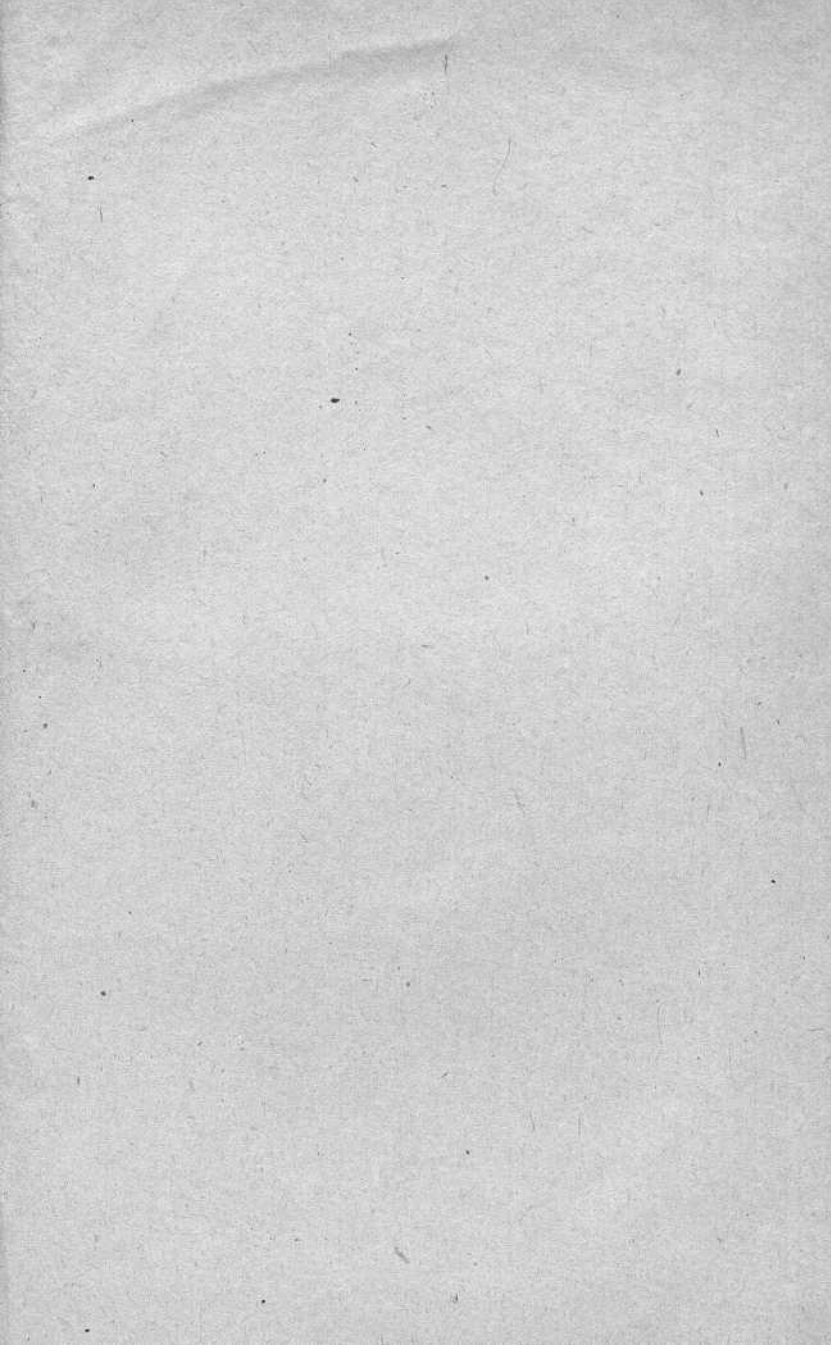
Sección

BEJA

-Fraud

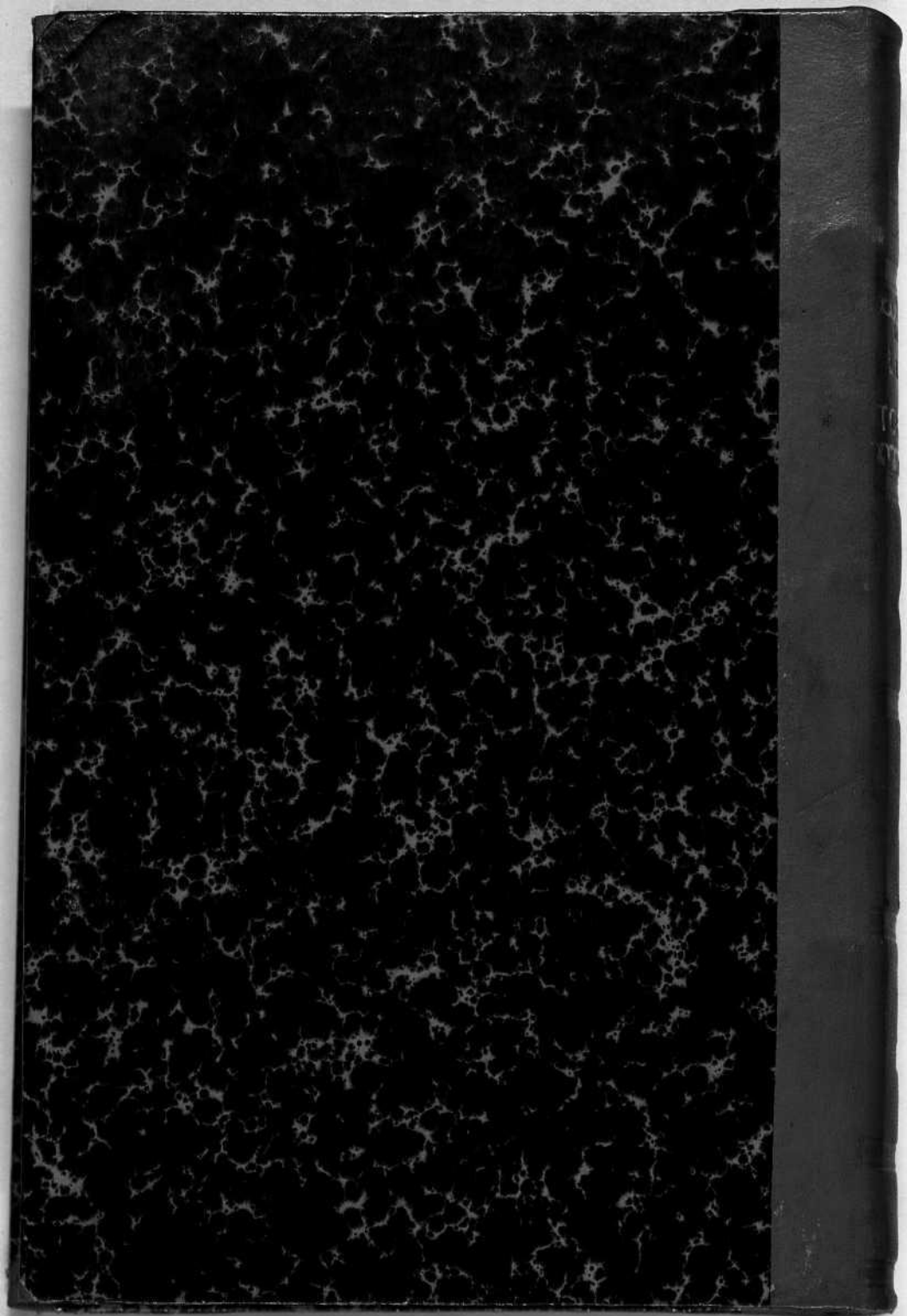
DITOR





Est. 2

GA



GAUTHIER

La Maja

Y EL

FORERO

GAUTHIER